El Misterio de la Encarnación

Orado y Proclamado



"Y aquel Verbo fue hecho carne"
(Juan 1:14)

Obispo José Antonio Rios

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN ORADO Y PROCLAMADO

POR EL OBISPO JOSÉ ANTONIO RIOS

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA
CARTAGENA,
22 DE DICIEMBRE DE 2025

CONTENIDO:

Pág.

EL VERBO SE ENCARNÓ Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS: 9
INTRODUCCIÓN A LA ESTACIÓN DE NAVIDAD EN EL LIBRO DE ORACIÓN COMÚN.

EL VERBO HECHO CARNE: DEVOCIÓN ENTORNO AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR. 15
DEVOCIÓN - FIESTA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (25 de diciembre).

LA LUZ VERDADERA QUE VINO AL MUNDO: CRISTO EN LA NATIVIDAD. 19
SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR (25 DE DICIEMBRE).

ALEGRAOS: HOY OS HA NACIDO UN SALVADOR. 32
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO 25 DE DICIEMBRE.

HOY OS HA NACIDO UN SALVADOR: GLORIA, PAZ Y GOZO EN LA HUMILDAD DEL SEÑOR. 36
SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR (25 DE DICIEMBRE).

MIRANDO AL CIELO DESDE EL PADECIMIENTO. 49
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE SAN ESTEBAN, DIÁCONO Y MÁRTIR (26 DE DICIEMBRE).

LA NAVIDAD DE LA SANGRE FIEL: EL TESTIGO QUE JERUSALÉN NO QUISO ESCUCHAR. 52
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE SAN ESTEBAN, DIÁCONO Y MÁRTIR (26 de diciembre).

CAMINAR EN LA LUZ DEL VERBO ENCARNADO. 63
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA (27 DE DICIEMBRE).

PERMANECER HASTA QUE ÉL VENGA: EL TESTIMONIO DEL DISCÍPULO AMADO EN LA LUZ DE LA NAVIDAD. 67

UN SERMÓN PARA EL DÍA DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA (27 DE DICIEMBRE).

LA NAVIDAD HERIDA: INOCENCIA, MARTIRIO Y ESPERANZA. 78
DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES (28 DE DICIEMBRE).

BAJO EL LLANTO DE RAQUEL, NACE LA ESPERANZA DEL PACTO. 82
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES (28 DE DICIEMBRE).

HIJOS POR GRACIA, RENOVADOS POR EL ESPÍRITU 94
UNA DEVOCIÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

EMMANUEL PROMETIDO Y CUMPLIDO: OBEDIENCIA Y REDENCIÓN EN EL NACIMIENTO DEL SALVADOR 98
UN SERMÓN PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA NATIVIDAD

LA CIRCUNCISIÓN DEL CORAZÓN Y LA OBEDIENCIA DEL HIJO, 111
UNA DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO (1 de enero).

DEL PESEBRE A LA LEY: LA HUMILDAD Y MISIÓN DE JESÚS. 115
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO (1 de enero).

LA LUZ ENCENDIDA QUE RESPLANDECE EN LA VIDA 130
UNA DEVOCIÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DESPUÉS DE NAVIDAD

LA LUZ QUE REGRESA DEL EXILIO: OBEDIENCIA, PROVIDENCIA Y ESPERANZA EN EL CRISTO HUMILDE. 133
SERMÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA NATIVIDAD.

CANTO EN BELÉN, CANTO EN LAS TRINCHERAS: LA ADORACIÓN QUE VENCE LA HOSTILIDAD 142



"*Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel*" (Isaías 7:14).

"*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos*" (2 Corintios 8:9).

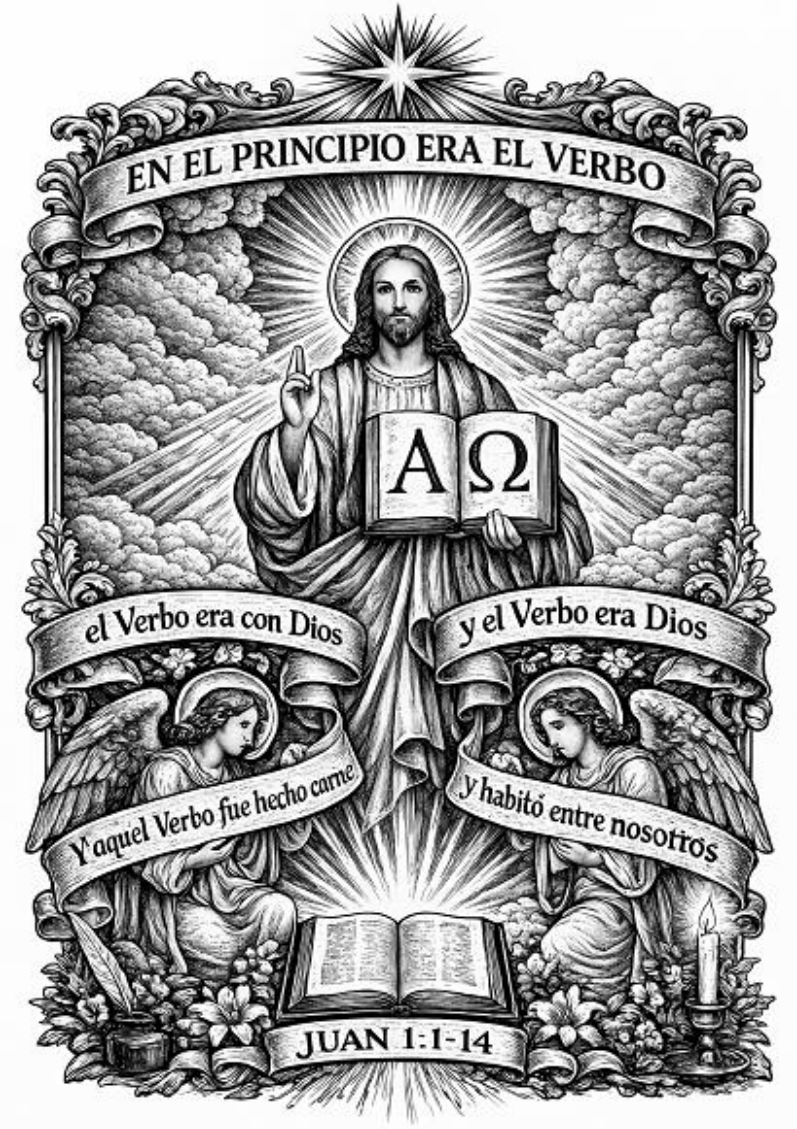
Estación de Navidad

El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo



Estación de Navidad

El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo o Fiesta de la Natividad.
(25 de diciembre)



Juan 1:1-14

EL VERBO SE ENCARNÓ Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS: *INTRODUCCIÓN A LA ESTACIÓN DE NAVIDAD EN EL LIBRO DE ORACIÓN COMÚN.*

"He aquí un misterio nuevo y admirable: el Sol de justicia ha nacido de una Virgen, y el que es incontenible se deja envolver en pañales" — *San Juan Crisóstomo, Homilía sobre la Natividad*

En la reflexión teológica sobre la relación entre la Iglesia y la cultura suelen distinguirse tres enfoques principales: **Cristo contra la cultura**, **Cristo es la cultura** y **Cristo como redentor de la cultura**. El primer enfoque entiende la cultura como esencialmente caída y opuesta al Reino de Dios, por lo que llama a una separación marcada y a una actitud de resistencia frente a las prácticas culturales; el segundo identifica sin suficiente discernimiento la fe cristiana con una cultura particular, **corriendo el riesgo de absolutizar expresiones humanas y confundir el Evangelio con tradiciones históricas o nacionales**; el tercero, asumido de modo significativo por la tradición cristiana histórica, **afirma que aunque la cultura está afectada por el pecado, no es irredimible, pues Cristo, Señor de toda la creación, entra en ella para purificarla, transformarla y orientarla hacia la gloria de Dios**. Este último enfoque ayuda a comprender el desarrollo histórico de la Navidad: es innegable que, en el contexto del Imperio romano, la fecha del 25 de diciembre coincidía con festividades de origen pagano relacionadas con el solsticio de invierno y el culto al *Sol Invictus*, celebraciones centradas en la luz, la renovación y la victoria sobre la oscuridad. Sin embargo, lejos de adoptar sin más estos significados, el cristianismo primitivo resignificó radicalmente la fecha, proclamando que la verdadera Luz no es el sol creado, sino Cristo, el Sol de justicia anunciado por los profetas (Malaquías 4:2). De este modo, la Iglesia no negó la cultura ni se sometió a ella, sino que la redimió: **desplazó el centro de la celebración desde los ciclos naturales y los mitos paganos hacia la Encarnación del Hijo de Dios, transformando la Navidad en una confesión teológica profunda de que en Cristo Dios entra en la historia para vencer las tinieblas del pecado y traer salvación**. Así, la Navidad se convierte en un ejemplo paradigmático de cómo el cristianismo, al hacer de Cristo el centro, no destruye la cultura, sino que la purifica, la reorienta y la llena de un sentido nuevo y verdaderamente redentor.

La **estación de Navidad**, tal como es recibida y ordenada en el **Libro de Oración Común**, no se reduce a un solo día de celebración, sino que se despliega como un **tiempo santo** en el que la Iglesia contempla, proclama y vive el misterio central de la fe cristiana: **la Encarnación del Hijo eterno de Dios**.

Desde la **Fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo (25 de diciembre)**, la Iglesia se detiene reverente ante el asombro del Evangelio: *"el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros"*. En esta solemnidad, el pueblo de Dios es

convocado no sólo a recordar el nacimiento de Cristo, sino a adorar al Señor que, sin dejar de ser Dios, asumió plenamente nuestra naturaleza humana para redimirla. Inmediatamente, el calendario navideño del Libro de Oración Común sitúa ante nosotros el testimonio de quienes respondieron al misterio de Cristo con fidelidad y entrega. **San Esteban, diácono y mártir (26 de diciembre)**, nos recuerda que el Niño del pesebre es también el Señor crucificado, y que seguirle implica, desde el comienzo, el camino del testimonio y la cruz. **San Juan, apóstol y evangelista (27 de diciembre)**, el teólogo del Verbo eterno, nos conduce a contemplar con profundidad espiritual al Cristo encarnado, lleno de gracia y de verdad. **Los Santos Inocentes (28 de diciembre)** nos confrontan con la realidad del sufrimiento humano y nos enseñan que incluso en medio de la violencia y el dolor, Dios cumple silenciosamente su propósito redentor.

La **Primera Domínica después de la Natividad**, cuyo Evangelio es *San Mateo 1:18–25*, conduce a la Iglesia a contemplar el misterio del nacimiento del Señor desde la perspectiva de la obediencia fiel y silenciosa. El relato de san Mateo pone en el centro la figura de José, hijo de David, quien recibe en sueños la revelación del misterio: el niño concebido en María es obra del Espíritu Santo y será llamado **Jesús**, "porque Él salvará a su pueblo de sus pecados". Así, la Iglesia reconoce que la Encarnación no es un acontecimiento simplemente emotivo o pasajero, sino el cumplimiento de las promesas proféticas —"**He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel**"— y el inicio visible de la obra redentora.

En esta Domínica, la contemplación del pesebre se profundiza al comprender que el Verbo hecho carne entra verdaderamente en la historia humana, en una genealogía concreta, en una familia concreta y bajo las exigencias reales de la Ley. La obediencia de José, que acoge a María y pone nombre al Niño conforme al mandato divino, anticipa la obediencia perfecta de Cristo mismo. La Encarnación, por tanto, transforma la vida cotidiana del creyente, **así como José respondió con fe activa, la Iglesia es llamada a recibir a Cristo no sólo en la celebración litúrgica, sino en la práctica diaria de la justicia, la fidelidad y la confianza en la Palabra de Dios**.

Esta reflexión encuentra su continuidad inmediata en la **Fiesta del Día de la Circuncisión de Cristo (1 de enero)**, cuyo Evangelio, según *San Lucas 2:15–21*, muestra al Niño sometido al rito de la circuncisión al octavo día y oficialmente llamado Jesús, el nombre anunciado por el ángel antes de su concepción. Aquí la Iglesia contempla al Hijo eterno de Dios sometiéndose humildemente a la Ley mosaica, no por necesidad propia, sino en solidaridad con su pueblo y como preludio de la obediencia que lo llevará hasta la cruz. La circuncisión señala el derramamiento anticipado de su sangre y manifiesta que la salvación prometida en su Nombre comienza a realizarse en la historia.

Así, la Primera Domínica después de la Natividad y la Fiesta de la Circuncisión forman una unidad teológica y espiritual, **del anuncio del nacimiento y la obediencia de José se pasa al sometimiento del Niño a la Ley y a la proclamación solemne de su Nombre salvador**. Al comenzar un nuevo año cristiano bajo el señorío de Cristo, la Iglesia ora para que, así como el Verbo asumió nuestra naturaleza y se sujetó a la Ley por nuestra redención, también nosotros renovemos nuestra obediencia, consagremos nuestro tiempo al servicio de Dios y caminemos en la esperanza de aquel que es Emanuel, Dios con nosotros.

Finalmente, la **Segunda Domínica después de la Natividad**, cuyo Evangelio es *San Mateo 2:19–23*, presenta el retorno de la Sagrada Familia desde Egipto y su establecimiento en Nazaret. En este pasaje contemplamos que el misterio de la Encarnación no transcurre en un ambiente de estabilidad triunfal, sino en medio de peligros, exilio y obediencia constante a la dirección providente de Dios. José, nuevamente advertido en sueños, responde con prontitud y fidelidad, **se levanta, toma al Niño y a su madre, y regresa a la tierra de Israel; y, temiendo por la vida del Niño, se establece en Galilea, en la ciudad llamada Nazaret, para que se cumpla lo dicho por los profetas**.

La luz que brilló en Belén no se extingue tras el anuncio angélico ni se limita a un gozo estático en el pesebre; esa luz guía ahora los pasos de una familia peregrina. Cristo, el Emmanuel, participa desde su infancia en la condición del pueblo de Dios, **exiliado, llamado de Egipto, establecido en humildad.** La mención de Nazaret —lugar pequeño y sin prestigio— subraya que la obra redentora se despliega en lo oculto, en la vida ordinaria, en la obediencia silenciosa. Así, la Iglesia aprende que la gloria divina se manifiesta también en la perseverancia cotidiana y en la fidelidad en tiempos inciertos.

Esta Domínica reafirma que la Navidad no es un episodio aislado, sino el inicio de un camino histórico y salvífico. El Niño nacido en Belén es el mismo que será llamado Nazareno, identificado con los humildes y obediente al designio del Padre desde su más temprana edad. La fe a la que somos convocados, por tanto, no es meramente afectiva o estacional, sino madura y arraigada en la verdad del Verbo eterno que, habiendo asumido nuestra carne, santifica también nuestras migraciones, nuestras pruebas y nuestras decisiones diarias.

Según la enseñanza del **Libro de Oración Común**, el tiempo de Navidad se convierte así en un período de adoración profunda, formación espiritual, meditación elevada y renovación fiel. A través de la proclamación continua de la Encarnación y de la contemplación de la obediencia del Señor en su infancia, la Iglesia aprende a confesar con gozo reverente que Dios está verdaderamente con nosotros. Y al contemplar al Cristo que crece en humildad y permanece bajo la guía providente del Padre, los fieles son exhortados a vivir como hijos de Dios, **renovados por su**

Espíritu, fortalecidos en la esperanza y sostenidos constantemente por su gracia en el peregrinar de cada día.

La estación de Navidad, tal como es recibida y orada por la Iglesia en la **tradición anglicana**, nos conduce a un silencio reverente y a una confesión gozosa, **Dios ha venido a nosotros en la humildad de la carne para elevarnos a la dignidad de hijos**. A lo largo de este tiempo santo, la Iglesia no sólo contempla un acontecimiento del pasado, sino que vive una realidad presente y transformadora. El Niño nacido en Belén es el Señor eterno; el Verbo hecho carne continúa habitando en medio de su pueblo por su Palabra y su Espíritu.

Las fiestas y conmemoraciones que rodean la Natividad —el martirio de San Esteban, primer testigo que sella con su sangre la fe en el Verbo encarnado; el testimonio contemplativo de San Juan, que proclama con claridad teológica que "el Verbo se hizo carne"; el clamor silencioso de los Santos Inocentes, cuya muerte anticipa la oposición del mundo a la Luz verdadera; y la humilde obediencia del Cristo circuncidado, sometido a la Ley para cumplir toda justicia— manifiestan que la Encarnación no es un misterio aislado del dolor humano, sino la asunción plena de nuestra condición en todas sus dimensiones, **gozo y sufrimiento, fe y martirio, humildad y esperanza**. En el tejido litúrgico de estos días santos, la Iglesia contempla cómo la gloria divina resplandece tanto en la adoración jubilosa como en la fidelidad probada por la persecución, aprendiendo que adorar a Cristo implica también seguirle en el camino de la entrega. Así, la luz que brilló en Belén proyecta su resplandor sobre el sendero de la cruz y abre ante los fieles la firme promesa de la gloria eterna.

De esta manera, la Navidad se convierte en escuela de vida cristiana, **nos enseña a recibir con humildad el don de Dios, a vivir renovados por el Espíritu Santo, y a perseverar en la fe con la mirada puesta en aquel que es el mismo ayer, hoy y por los siglos**. Al concluir esta estación, la Iglesia no se despide del misterio celebrado, sino que lo lleva consigo, confesando con gratitud que el Dios que se hizo hombre permanece fiel a su promesa de morar con los suyos.

Que en esta santa Estación de Navidad, aceptemos como iglesia el llamado a levantar nuestra mirada y a dirigir nuestra adoración no a luces pasajeras ni a símbolos vacíos, sino al verdadero **Sol de justicia** anunciado por los profetas, aquel que "nacerá trayendo salvación en sus alas" (Malaquías 4:2). En el resplandor humilde del pesebre contemplamos el cumplimiento de la esperanza antigua: **la Luz verdadera que no procede de los ciclos de la naturaleza ni del poder humano, sino del Dios eterno que se hace carne por amor a su pueblo**. En la Encarnación del Hijo, la gloria divina irrumpe en la historia para disipar las tinieblas del pecado y de la muerte, iluminando a los que habitaban en sombra y en temor. Adorar en Navidad es, por tanto, confesar con fe y reverencia que Jesucristo es la luz definitiva del mundo, el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento

y la fuente de vida nueva para toda la humanidad. Ante Él, el verdadero Sol que no se oculta ni declina, la Iglesia se postra con gozo y gratitud, proclamando que en su nacimiento ha amanecido para nosotros el día de la salvación.

En palabras de **San Agustín**, que resumen con profundidad pastoral y teológica el misterio que la Iglesia celebra:

"El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre, para que los hijos de los hombres llegaran a ser hijos de Dios." — *San Agustín, Sermón 192, 1*

Que esta verdad sostenga la fe de la Iglesia y renueve nuestros corazones, ahora y siempre.

Amén.

Estación de Navidad

El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo o Fiesta de la Natividad
(25 de diciembre)



Juan 1:1-14

EL VERBO HECHO CARNE: DEVOCIÓN ENTORNO AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

DEVOCIÓN - FIESTA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(25 de diciembre)

Oración Inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que en esta santa solemnidad nos llamas a contemplar el misterio de tu amor manifestado en la Encarnación de tu Hijo, concede que, al acercarnos reverente y humildemente a tu Palabra, nuestros corazones sean iluminados, nuestras voluntades fortalecidas y nuestras vidas conformadas a Cristo, el Verbo hecho carne. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

OMNIPOTENTE Dios, que nos diste a tu unigénito Hijo para que tomase sobre sí nuestra naturaleza, y naciese en un tiempo como éste de una virgen pura; **Concede**, que siendo regenerados y hechos tus hijos por adopción y gracia, seamos cada día renovados con tu Santo Espíritu; **mediante el mismo nuestro Señor Jesucristo**, que vive y reina contigo y el mismo Espíritu siempre, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Natividad nos conduce al corazón mismo del Evangelio: Dios ha tomado nuestra naturaleza para hacernos partícipes de la suya por gracia. En esta santa oración, la Iglesia confiesa que el misterio de la Navidad no se agota en la ternura del pesebre ni en la conmoción de un acontecimiento histórico, sino que **apunta al designio eterno de Dios para la redención del mundo**. El nacimiento de Cristo es la manifestación visible de un propósito divino establecido desde antes de la fundación del mundo: **que el Hijo eterno asuma nuestra humanidad caída para restaurarla, santificarla y conducirla a la gloria**.

En la Encarnación, Dios no actúa de manera simbólica ni distante. El Hijo no "parece" humano, sino que **verdaderamente se hace carne, compartiendo nuestra condición en todo, excepto en el pecado**. Al asumir nuestra naturaleza, Cristo entra plenamente en nuestra fragilidad, en nuestro sufrimiento y en nuestra historia marcada por la corrupción del pecado. De este modo, la salvación no se realiza desde fuera, sino desde dentro de la condición humana. Aquello que el Hijo no asume no puede ser redimido; pero **aquello que Él asume es sanado, elevado**

y reconciliado con Dios. La Navidad proclama, así, la dignidad restaurada de la humanidad en Cristo.

Las lecturas del día confirman esta verdad desde dos perspectivas absolutamente complementarias. En la Epístola a los Hebreos, **se nos presenta al Hijo como la revelación definitiva de Dios**: Aquel por quien Dios habló "en estos postreros días". Él no es simplemente un mensajero más, sino el resplandor de la gloria divina y la imagen misma de su sustancia. El texto nos recuerda que este Hijo eterno es superior a los profetas y a los ángeles, que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder y que permanece inmutable a través de los siglos. **El Niño recostado en el pesebre es, paradójicamente, el mismo Señor del cual se dice: "Tú eres el mismo, y tus años no acabarán"**. En esta tensión santa entre humildad y majestad, la fe cristiana aprende a adorar con reverencia y asombro.

Por su parte, el Evangelio según san Juan nos introduce en el misterio más profundo y contemplativo de la Encarnación: "el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros". Aquí no se enfatiza el escenario del nacimiento, sino su significado eterno. El Verbo que estaba con Dios y que era Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, entra en el tiempo y en el espacio. Al "habitar" entre nosotros —**literalmente, al "poner su tienda"**— Dios se acerca a su pueblo de manera definitiva, cumpliendo las promesas del Antiguo Pacto y revelando su gloria llena de gracia y de verdad. En Cristo, la luz verdadera resplandece en las tinieblas, ofreciendo vida, revelación y la maravillosa dádiva de la adopción: **llegar a ser hijos de Dios por gracia**.

A la luz de estas lecturas, comprendemos que la Colecta no sólo nos invita a adorar al Dios encarnado, sino también a suplicar una obra continua de su gracia en nosotros. La Encarnación no es un acontecimiento aislado del pasado, sino el fundamento permanente de la vida cristiana. **Aquellos que hemos sido regenerados en Cristo estamos llamados a vivir conforme a esta nueva realidad, no según la carne antigua, sino según la vida nueva recibida por el Espíritu**. La oración de la Iglesia pide, implícitamente, que la gracia que nos fue dada en el nacimiento de Cristo siga obrando en nosotros día tras día, renovando nuestra mente, purificando nuestro corazón y conformándonos a la imagen del Hijo.

Así, la Navidad se convierte en una escuela espiritual permanente. Al contemplar al Verbo hecho carne, aprendemos humildad, obediencia y confianza. Al adorar al Hijo eterno nacido en nuestra humanidad, somos llamados a vivir como hijos adoptivos de Dios, reflejando en nuestra vida la luz que ha venido al mundo. **La Colecta nos enseña que la obra iniciada en Belén debe continuar en nosotros hasta que Cristo sea plenamente formado en su pueblo, para gloria de Dios Padre, por el poder del Espíritu Santo**.

Lectura Orante de la Palabra:

Sentido de la Epístola (Hebreos 1:1–12).

La Epístola proclama con solemne claridad **la supremacía absoluta del Hijo eterno, por medio de quien Dios ha hablado de manera final, perfecta e irrevocable a la humanidad**. En Él no sólo recibimos un mensaje, sino la plena revelación del ser y del propósito divinos, pues es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen misma de su sustancia. Aunque el Hijo, por amor inefable, ha asumido nuestra carne y ha entrado en la fragilidad de nuestra condición humana, su gloria divina no ha sido disminuida ni velada en su esencia, sino manifestada de un modo nuevo y admirable. Aquel que yace en la humildad del pesebre es el mismo por quien todas las cosas fueron creadas, el que sostiene el universo con la palabra de su poder y **el Señor eterno ante quien toda criatura rinde obediencia**. Su obra redentora no descansa en una dignidad adquirida, sino en su identidad divina eterna, que garantiza la eficacia y la plenitud de la salvación que ofrece. Así, la Navidad no rebaja la majestad de Dios ni la somete a la debilidad humana, sino que la revela en una humildad redentora, donde el poder infinito se expresa en amor sacrificial y la gloria eterna se manifiesta en gracia salvadora para la vida del mundo.

Sentido del Evangelio (Juan 1:1–14)

El santo Evangelio según san Juan nos introduce, con profundidad contemplativa y lenguaje sacro, en el misterio de la Encarnación desde la perspectiva de la eternidad divina. Antes de todo tiempo y de toda creación, el Verbo existía con Dios y era Dios, participando plenamente de su gloria, de su vida y de su obra creadora. **Este mismo Verbo eterno, por un designio insondable de amor, entra en el tiempo y en la historia humana sin dejar de ser lo que eternamente es**. Al hacerse carne y habitar entre nosotros, no sólo asume nuestra naturaleza, sino que se convierte en la revelación perfecta del Padre, haciéndolo visible y accesible a una humanidad golpeada por el pecado y sumida en la ignorancia espiritual. En Él contemplamos la gloria del Dios invisible, llena de gracia y de verdad, y por medio de Él recibimos el inefable privilegio de **ser hechos hijos de Dios, no por mérito humano ni por voluntad de carne**, sino por la gracia soberana que engendra vida nueva. Así, la luz verdadera que alumbra a todo hombre ha venido al mundo, resplandeciendo en medio de las tinieblas del pecado y de la muerte; y aunque la oscuridad se resista, no puede sofocarla ni vencerla, pues la luz de Cristo permanece victoriosa, eterna e invencible para salvación de todos los que creen.

Preguntas para Reflexionar:

Desde la Colecta:

1. ¿De qué manera reconozco que Cristo ha tomado mi naturaleza para redimirla y transformarla? ¿Procuro ser imitador de Cristo cada día para así ser conformado a Él durante mi peregrinaje en este mundo?
2. ¿Vivo conscientemente como hijo de Dios por adopción y gracia?
3. ¿Busco cada día ser renovado cada día por el Espíritu Santo?

Desde la Epístola:

4. ¿Cómo influye en mi fe el saber que el Cristo nacido en Belén es eterno e inmutable?

Desde el Evangelio:

5. ¿De qué manera estoy respondiendo a la luz del Verbo hecho carne que ha venido a morar entre nosotros? ¿Le acojo en el trono de mi corazón o actúo con indiferencia, frialdad o cinismo?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:** Vivamos la Navidad como hijos adoptivos, agradecidos por la gracia recibida y dependientes del obrar diario del Espíritu Santo.
2. **Desde la Epístola:** Adoremos al Niño de Belén con reverencia, reconociendo en Él al Señor eterno que sostiene todas las cosas.
3. **Desde el Evangelio:** Caminemos en la luz de Cristo, recibiendo con fe al Verbo encarnado y dando testimonio de su gracia y verdad.

Oración Final

Dios omnipotente y eterno, te damos gracias porque en el nacimiento de tu Hijo nos has revelado tu gloria y tu amor inefable. Concede que, habiendo recibido la gracia de ser hechos tus hijos por adopción, seamos renovados cada día por tu Santo Espíritu, para vivir en la luz de Cristo, el Verbo hecho carne, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

LA LUZ VERDADERA QUE VINO AL MUNDO: CRISTO EN LA NATIVIDAD
SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

(25 DE DICIEMBRE)

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. **2** Este era en el principio con Dios. **3** Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. **4** En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. **5** La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. **6** Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. **7** Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. **8** No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. **9** Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. **10** En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. **11** A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. **12** Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; **13** los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. **14** Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:1-14).

Introducción:

Amados hermanos en Cristo,

En la solemnidad gozosa de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia se congrega con reverente gratitud para contemplar el misterio central y luminoso de nuestra fe, **que el Verbo eterno de Dios, consustancial al Padre y glorioso desde antes de todos los siglos, se ha hecho verdadera carne y ha habitado entre nosotros**. El prólogo del santo Evangelio según san Juan no nos conduce al pesebre por medio de los detalles históricos que nos ofrecen los evangelistas sinópticos, sino que, movido por la inspiración del Espíritu Santo, eleva primero nuestra mirada a la eternidad insondable de Dios, "**En el principio era el Verbo**". Desde esa altura divina, Juan nos guía hacia el abajamiento inefable del Hijo, quien, sin dejar de ser lo que eternamente es, asumió plenamente nuestra naturaleza humana. Así, la liturgia de la Natividad nos invita no sólo a recordar un acontecimiento pasado, sino a adorar el misterio del Dios que desciende, que se acerca y que, en su infinita misericordia, entra en nuestra historia para redimirla desde dentro.

Juan 1:1–14 nos ofrece, por tanto, una cristología de incomparable profundidad y una teología de la encarnación que han ocupado un lugar central en la tradición anglicana, la cual proclama con firmeza la supremacía absoluta de Cristo como Señor, la autoridad normativa de las Sagradas Escrituras como Palabra escrita de Dios, y la gracia soberana que se manifiesta en el Evangelio para la salvación de los

pecadores. En este pasaje contemplamos al Verbo eterno en su relación con el Padre, su obra creadora en el origen de todas las cosas, su luz que resplandece en medio de las tinieblas y su encarnación real y tangible en Jesucristo. En este día santo, la Iglesia no se limita a una reflexión intelectual, sino que es conducida a la adoración humilde, a la fe viva y a la obediencia agradecida. Meditaremos este texto a la luz de tres grandes afirmaciones teológicas que estructuran el pasaje y que nos llaman a confesar con gozo que aquel que estaba con Dios y era Dios, ahora habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad.

1. El Verbo eterno: Cristo en su divinidad (Juan 1:1–3). "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. [2] Este era en el principio con Dios. [3] Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho".

El prólogo joánico nos sitúa deliberadamente en el mismo umbral con el que se abre la Escritura: «En el principio» evoca de inmediato Génesis 1:1. El texto griego comienza con la expresión **Ἐν ἀρχῇ** (*En archē*), donde *archē* significa "principio", "origen" o incluso "fundamento". No se trata simplemente de un punto cronológico inicial, sino del ámbito donde todo tiene su causa y razón de ser. Juan, por tanto, no introduce a Cristo en la historia como una figura tardía, sino que lo presenta en el mismo horizonte en el que Moisés habló del acto creador de Dios. Antes de la creación, antes del tiempo mensurable, antes de toda criatura, ya era el Verbo.

El verbo utilizado es **ἦν** (*ēn*), imperfecto del verbo *eimí* ("ser" o "existir"), que indica existencia continua en el pasado. Juan no dice que el Verbo "llegó a ser" (*egeneto*), sino que "era". Este matiz gramatical es decisivo, **el Verbo no comenzó en el principio; ya existía cuando el principio comenzó**. Aquí resuena la revelación del Nombre divino en Éxodo 3:14 —«Yo soy el que soy»— pues el Hijo participa de esa misma eternidad inmutable.

El término **λὸγος** (*lógos*) posee una riqueza teológica profunda. En el Antiguo Testamento, la "palabra" de Dios no es un mero sonido, sino su acción eficaz: «Por la palabra de YHWH fueron hechos los cielos» (Salmo 33:6). Asimismo, en Isaías 55:11, la palabra que sale de la boca de Dios no vuelve vacía, sino que cumple aquello para lo cual fue enviada. Juan identifica a Jesucristo con esa Palabra creadora, reveladora y poderosa. No es simplemente un mensajero de Dios; es la autoexpresión personal y eterna del Padre.

La afirmación culminante —**καὶ Θεὸς ἦν ὁ λὸγος** (*kai Theòs ēn ho lógos*)— debe leerse con atención. La ausencia de artículo en *Theòs* subraya la naturaleza del Verbo, **no se trata de confundir las personas, sino de afirmar que el Verbo posee plenamente la esencia divina**. Juan distingue sin separar y afirma sin diluir, **el Verbo es Dios en cuanto a su naturaleza, y distinto del Padre en**

cuanto a su persona. Así queda establecido el fundamento de la fe trinitaria que la Iglesia ha confesado a lo largo de los siglos.

Antes, entonces, de contemplar la humildad del pesebre, somos conducidos a adorar la gloria eterna del Hijo. El Niño de Belén no es una criatura elevada por Dios, sino el Creador eterno que, por gracia soberana, asume nuestra humanidad para redimirla.

1.1. El Verbo es eterno y distinto del Padre

"Y el Verbo era con Dios" —**καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν** (*kai ho lógos ēn pròs ton Theón*). La preposición **πρὸς** (*prós*) no indica mera proximidad espacial; sugiere dirección, relación viva, comunión cara a cara. Podría traducirse "orientado hacia Dios" o "en íntima comunión con Dios". El Hijo no es una emanación impersonal, sino alguien que vive eternamente en relación con el Padre.

Aquí encontramos una conexión profunda con Proverbios 8, donde la Sabiduría personificada declara estar junto a Dios como arquitecto en la creación. Aunque ese pasaje es poético, prepara el lenguaje para comprender la revelación plena en Cristo. Asimismo, el Salmo 110:1 —"Dijo YHWH a mi Señor"— insinúa una distinción personal en el seno de la divinidad que el Nuevo Testamento ilumina con claridad.

La eternidad del Verbo significa que el amor precede a la creación. Dios no necesitó crear para amar; el Padre y el Hijo viven desde siempre en perfecta comunión. Esta verdad transforma nuestra comprensión de la encarnación, **el Hijo no viene al mundo por carencia, sino por libre gracia**. La Navidad es la manifestación histórica del amor eterno.

Pastoralmente, esta doctrina sostiene la fe de la Iglesia. El Cristo en quien confiamos no es contingente ni mutable. El mismo que estaba *prós ton Theón* antes de los siglos es quien intercede ahora por nosotros. Su divinidad garantiza la firmeza de sus promesas y la suficiencia de su obra redentora. Al unirnos a Cristo por la fe, somos introducidos en esa comunión eterna que constituye la vida misma de Dios.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco a Jesucristo no solo como Salvador personal, sino como Dios eterno?
- ¿Mi fe descansa en un Cristo glorioso o en una imagen reducida y funcional de Él?

Aplicación práctica:

La Navidad nos llama a **adorar**, no solo a celebrar. Nuestra devoción debe nacer del reconocimiento de que el Niño en el pesebre es el **Señor del cielo y de la tierra**. Esto transforma nuestra oración, nuestra obediencia y nuestra reverencia.

1.2. El Verbo es el agente de la creación. "Todas las cosas por Él fueron hechas…"

"Todas las cosas por Él fueron hechas" —**πάντα δι' αὐτοῦ ἐγένετο** (*pánta di' autoû egéneto*). El verbo **ἐγένετο** (*egéneto*) —aoristo de *gígnomai*, "llegar a ser", "venir a la existencia"— contrasta intencionalmente con el **ἦν** aplicado al Verbo. Todo lo creado "llegó a ser"; el Verbo simplemente "era". Así se establece una línea clara entre el Creador y la criatura.

La expresión **δι' αὐτοῦ** (*di' autoû*) indica mediación activa, el Padre crea por medio del Hijo. Este lenguaje armoniza con Génesis 1, donde Dios crea por su palabra ("Y dijo Dios…"), y con textos como Colosenses 1:16 y Hebreos 1:2, que afirman que el universo fue hecho por medio del Hijo. La luz primordial, la vida que anima a las criaturas y el orden del cosmos tienen su origen en Él.

La cláusula negativa refuerza el argumento, "sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho". Juan excluye cualquier excepción. Nada en el ámbito de lo creado existe independientemente del Verbo. Él no pertenece al conjunto de lo que fue hecho; es la causa de todo cuanto existe.

Esta verdad tiene profundas implicaciones teológicas y pastorales. Si Cristo es el agente de la creación, entonces la redención no es una intervención externa, sino la restauración de su propia obra. El Creador que formó al hombre del polvo es quien asume carne para renovarlo. La encarnación no contradice la creación; la lleva a su cumplimiento.

Además, reconocer a Cristo como Señor creador fundamenta nuestra mayordomía. El mundo no es autónomo ni caótico; pertenece a aquel por quien fue hecho. Nuestra vocación, nuestro cuidado de la creación y nuestra esperanza futura descansan en esta certeza, **el Verbo eterno sostiene lo que creó y llevará su propósito a consumación**.

En la contemplación de Juan 1:1–3, la Iglesia es llamada a una adoración informada y reverente. Antes de mirar al pesebre, levantamos la vista a la eternidad; antes de cantar villancicos, confesamos la divinidad del Hijo. Solo así comprendemos que la humillación de Belén es, en realidad, la condescendencia gloriosa del Señor eterno que vino a salvarnos.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo consciente de que toda mi vida está bajo el señorío de Cristo?
- ¿Reconozco su autoridad en cada área de mi existencia? ¿Entiendo que el Señor de la creación vino y me llamó para restaurar su imagen original en nosotros?

Aplicación práctica:

Celebrar la Navidad es confesar que **Cristo es Señor de todo**, no solo de lo espiritual. Nuestro trabajo, familia, decisiones y vocación deben ser ofrecidos a Él como acto de mayordomía y obediencia fiel.

2. El Verbo revelador: Cristo como luz y vida (Juan 1:4–13). **".** 4 En él estaba
la vida, y la vida era la luz de los hombres. 5 La luz en las tinieblas resplandece, y
las tinieblas no prevalecieron contra ella. 6 Hubo un hombre enviado de Dios, el cual
se llamaba Juan. 7 Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a
fin de que todos creyesen por él. 8 No era él la luz, sino para que diese testimonio
de la luz. 9 Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este
mundo. 10 En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le
conoció. 11 A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. 12 Mas a todos los que le
recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de
Dios; 13 los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de
voluntad de varón, sino de Dios".

Después de afirmar la eternidad y el señorío creador del Verbo, el prólogo joánico avanza hacia su manifestación en la historia humana. El que era desde el principio no permanece inaccesible, sino que se da a conocer. En estos versículos, Juan presenta a Cristo como **vida** y **luz**, categorías profundamente enraizadas en el Antiguo Testamento y cargadas de significado redentor.

El texto griego declara: **ἐν αὐτῷ ζωὴ ἦν** (*en autō̧ zōē̂ ēn*), "en Él estaba la vida". El término **ζωή** (*zōē̂*) no designa simplemente existencia biológica —para la cual el griego emplea con frecuencia *bíos*—, sino vida en su plenitud cualitativa, vida que procede de Dios y participa de su comunión. Esta afirmación remite a Génesis 2:7, donde el aliento divino comunica vida al hombre, y al Salmo 36:9, "Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz". Juan identifica esa fuente con el Verbo mismo.

A continuación añade, **καὶ ἡ ζωὴ ἦν τὸ φῶς τῶν ἀνθρώπων** (*kai hē zōē̂ ēn to phōs tōn anthrṓpōn*), "y la vida era la luz de los hombres". El sustantivo **φῶς** (*phōs*) evoca la primera palabra creadora de Génesis 1:3 —«Sea la luz»— y las promesas mesiánicas de Isaías 9:2: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz". La vida que reside en el Verbo no es oculta ni abstracta; se manifiesta como iluminación, revelando la verdad de Dios y desenmascarando la oscuridad moral.

El versículo 5 afirma: **καὶ τὸ φῶς ἐν τῇ σκοτίᾳ φαίνει** (*kai to phōs en tē skotíā phaínei*), "la luz resplandece en las tinieblas". El verbo **φαίνει** (*phaínei*) está en presente, indicando acción continua, la luz sigue brillando. Las tinieblas —**σκοτία** (*skotía*)— representan no solo ignorancia, sino oposición activa a Dios. Sin embargo, «las tinieblas no la **κατέλαβεν** (*katélaben*)». Este verbo puede significar "apoderarse", "dominar" o "comprender". El sentido probable abarca ambos matices, **la oscuridad ni logró extinguir la luz ni alcanzó a entenderla plenamente**. Aquí resuena la esperanza profética, la victoria final pertenece a la luz divina.

La introducción de Juan el Bautista —**ἄνθρωπος ἀπεσταλμένος παρὰ Θεοῦ** (*ánthrōpos apestalmenos para Theou*)— subraya el carácter histórico de la revelación. Dios actúa en la historia enviando testigos. El Bautista no es la luz, sino **μαρτυρία** (*martyría*), testimonio. En consonancia con Deuteronomio 19:15, donde se establece la necesidad de testigos para confirmar la verdad, el evangelista muestra que la revelación divina no es irracional ni secreta, sino públicamente atestiguada.

El versículo 9 describe a Cristo como **τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν** (*to phōs to alēthinón*), "la luz verdadera". El adjetivo **ἀληθινός** (*alēthinós*) no significa meramente "veraz", sino "genuino", "definitivo". Todas las luces previas —la ley, los profetas, la sabiduría— eran anticipaciones; en Cristo resplandece la realidad plena.

Este movimiento del prólogo nos confronta con una verdad pastoral, la revelación no es neutral. La luz revela, pero también divide; vivifica, pero también expone. La gracia que ilumina es la misma que desenmascara el pecado y llama al arrepentimiento.

2.1. Cristo es la vida y la luz de los hombres. "En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres".

La unión entre vida y luz expresa una teología integral. La vida que está en el Verbo no solo sostiene la existencia creada, sino que restaura la comunión quebrantada. En el Antiguo Testamento, la luz simboliza la presencia salvadora de Dios, "YHWH es mi luz y mi salvación" (Salmo 27:1). Asimismo, la columna de fuego que guiaba a Israel en el desierto (Éxodo 13:21) anticipa la guía divina que ahora se cumple en Cristo.

Cuando Juan afirma que esta luz "alumbra a todo hombre" —**ὃ φωτίζει πάντα ἄνθρωπον** (*ho phōtízei panta ánthrōpon*)— señala el alcance universal de la revelación. El verbo **φωτίζει** (*phōtízei*) implica iluminar, hacer visible. No significa que todos respondan con fe, sino que nadie queda fuera del radio de su resplandor. La venida del Verbo constituye un acontecimiento cósmico y definitivo.

Devocionalmente, esta verdad confronta nuestras falsas fuentes de plenitud. La cultura ofrece múltiples promesas de realización, pero ninguna comunica la **ζωή** que procede de Dios. La Navidad proclama que la vida eterna no es una idea abstracta, sino una persona viva. Recibir a Cristo es entrar en esa vida; permanecer en Él es caminar en la luz.

Además, la luz no depende de la ausencia de oscuridad para brillar. El presente **φαίνει** subraya que, aun en contextos de incredulidad o sufrimiento, la luz sigue activa. La Iglesia, unida a Cristo, participa de esa misión luminosa, reflejando su claridad en medio del mundo.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Permito que la luz de Cristo confronte mis tinieblas personales? ¿Me acerco a Cristo para que mis tinieblas se disipen ante su presencia?
- ¿Busco vida en Cristo o en sustitutos pasajeros?

Aplicación práctica:

- En Navidad somos llamados al **arrepentimiento y a la renovación**. La luz de Cristo nos invita a caminar en verdad, abandonar el pecado y vivir como hijos de la luz en medio de un mundo oscuro.

2.2. La respuesta humana: rechazo o fe. "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron…"

El prólogo no idealiza la reacción humana. "En el mundo estaba… pero el mundo no le conoció". El verbo **ἔγνω** (*égnō*, de *ginōskō*, "conocer") implica reconocimiento relacional. La creación, aunque hecha por medio de Él, no reconoció a su Creador. Aquí se percibe el eco de Isaías 1:3: "El buey conoce a su dueño… pero Israel no entiende".

"A lo suyo vino" —**εἰς τὰ ἴδια ἦλθεν** (*eis ta ídia ēlthen*)— puede aludir tanto a su propia creación como, de modo particular, a Israel, el pueblo del pacto. Sin embargo, «los suyos no le recibieron» —**οἱ ἴδιοι αὐτὸν οὐ παρέλαβον** (*hoi ídioi auton ou parélabon*). El verbo **παραλαμβάνω** (*paralambánō*) sugiere acoger, aceptar con disposición favorable. La tragedia del rechazo no anula la fidelidad divina, pero revela la profundidad de la condición humana.

No obstante, el texto se abre hacia la gracia, "Mas a todos los que le recibieron… les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". El término **ἐξουσία** (*exousía*) indica autoridad o derecho concedido. La filiación no es logro natural, sino don soberano. Juan especifica que estos hijos "no son engendrados" —**οὐκ ἐξ αἱμάτων… ἀλλ' ἐκ**

Θεοῦ (*ouk ex haimatōn… all′ ek Theou*)—, excluyendo todo origen meramente humano. El nuevo nacimiento proviene de Dios mismo.

Este lenguaje evoca promesas como Ezequiel 36:26 —"Os daré corazón nuevo"— y Oseas 1:10 —"Se dirá: hijos del Dios viviente"—. La adopción no es improvisada; está arraigada en el propósito redentor revelado desde antiguo.

Pastoralmente, el pasaje llama a una respuesta personal. La luz ha venido; la vida ha sido ofrecida. El rechazo conduce a permanecer en la oscuridad, pero la fe introduce en una nueva identidad. En la celebración de la Natividad, la Iglesia no solo recuerda un hecho histórico, sino que renueva su acogida al Verbo. Recibirle es creer en su nombre —es decir, confiar en su persona y obra— y descansar en la gracia que nos hace partícipes de la familia de Dios.

Así, el prólogo nos sitúa ante una decisión decisiva y esperanzadora, **caminar en la luz que resplandece o volver a las sombras**. A quienes creen, el Verbo les concede vida verdadera y una filiación que trasciende el tiempo, fundada en la iniciativa soberana de Dios.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿He recibido verdaderamente a Cristo por la fe?
- ¿Mi fe se evidencia en una vida transformada?

Aplicación práctica:

La Navidad no es solo memoria histórica, sino **llamado presente**. Somos exhortados a recibir a Cristo diariamente, confiando en su gracia y viviendo como hijos de Dios, no por mérito humano, sino por adopción divina.

3. El Verbo encarnado: Cristo entre nosotros (Juan 1:14). 14 Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad".

Con este versículo alcanzamos la cumbre teológica del prólogo y el corazón mismo de la celebración de la Natividad. El movimiento iniciado en la eternidad (vv. 1–3) y desplegado en la revelación como vida y luz (vv. 4–13) culmina ahora en un acontecimiento histórico y concreto, **el Verbo eterno entra en la condición humana**. El texto griego declara: **Καὶ ὁ λόγος σὰρξ ἐγένετο** (*Kai ho lógos sarx egéneto*).

El verbo **ἐγένετο** (*egéneto*, "llegó a ser", "vino a ser") contrasta deliberadamente con el **ἦν** (*ēn*, "era") de los versículos iniciales. El que eternamente "era" Dios, ahora "llega a ser" carne. No deja de ser lo que es; asume lo que no era. El sustantivo

σάρξ (*sarx*, "carne") no designa meramente cuerpo físico, sino la humanidad en su condición histórica, vulnerable y sujeta a sufrimiento. Juan evita cualquier lenguaje que suavice el escándalo, **el Verbo no aparentó humanidad, sino que entró plenamente en ella**.

Este anuncio evoca múltiples promesas del Antiguo Testamento. Isaías 7:14 anticipa al Emanuel, "Dios con nosotros". Miqueas 5:2 habla del gobernante cuyos orígenes son "desde los días de la eternidad". El Dios que en Éxodo 40 llenó el tabernáculo con su gloria ahora manifiesta su presencia de modo definitivo en una persona. La encarnación no es ruptura con la historia de Israel, sino su cumplimiento.

Juan añade: **καὶ ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν** (*kai eskḗnōsen en hēmín*), literalmente, "y puso su tienda entre nosotros". El verbo **σκηνόω** (*skēnóō*) deriva de *skēnḗ*, "tienda" o "tabernáculo". La elección de este término no es casual, **remite al tabernáculo del desierto, donde la gloria de YHWH habitaba en medio de su pueblo (Éxodo 25:8)**. En Cristo, Dios no visita fugazmente; establece su morada. La presencia que antes estaba velada tras el velo del santuario ahora se hace visible en la humanidad del Hijo.

«Y vimos su gloria» —**καὶ ἐθεασάμεθα τὴν δόξαν αὐτοῦ** (*kai etheasámetha tēn dóxan autoû*)— emplea el verbo **θεάομαι** (*theáomai*), que implica contemplación atenta. La **δόξα** (*dóxa*, "gloria") en el Antiguo Testamento traduce frecuentemente el hebreo *kabod*, el peso o la majestad de Dios. Moisés pidió ver esa gloria (Éxodo 33:18), pero le fue mostrada solo parcialmente. Ahora, afirma Juan, esa gloria ha sido contemplada en el Hijo.

Se trata de «gloria como del **μονογενοῦς** (*monogenoûs*) del Padre». El término *monogenḗs* no significa simplemente "único" en sentido numérico, sino "único en su clase", "Hijo singular". Subraya la relación eterna y exclusiva entre el Padre y el Hijo. Así, la encarnación no es un episodio accesorio, sino el acto central mediante el cual Dios se da a conocer y ejecuta su propósito redentor. El Señor de la gloria comparte nuestra condición para restaurarla desde dentro.

3.1. El misterio glorioso de la encarnación

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros…"

La afirmación joánica sostiene una tensión teológica que la Iglesia ha custodiado cuidadosamente, **verdadera divinidad y verdadera humanidad en una sola persona**. La encarnación no implica transformación de la divinidad en humanidad ni mezcla confusa de naturalezas, sino la asunción real de nuestra condición por el Hijo eterno.

El uso de **σάρξ** (*sarx*) intensifica el realismo del anuncio. En el Antiguo Testamento, "carne" puede expresar fragilidad (Isaías 40:6: «toda carne es hierba»). Juan declara que el Verbo asumió precisamente esa condición frágil. El Creador entra en la esfera de lo creado; el Santo se acerca a un mundo herido por el pecado.

Esta verdad ilumina la figura del Siervo sufriente de Isaías 53. El que es gloria eterna se hace varón de dolores. Asimismo, el Hijo prometido a David (2 Samuel 7) se manifiesta no en poder político inmediato, sino en humildad encarnada. La encarnación redefine nuestras expectativas acerca del modo en que Dios obra, **su grandeza se revela en condescendencia redentora**.

Pastoralmente, este misterio ofrece consuelo sólido. En Cristo, Dios conoce la experiencia humana no solo por omnisciencia, sino por participación histórica. El hambre, el cansancio, el dolor y la tentación forman parte de su vivencia terrenal. Por ello, nuestra oración se dirige a un Señor que comprende desde dentro nuestra condición.

Al asumir la humanidad, el Hijo no la degrada, sino que la dignifica. La vida cotidiana —trabajo, familia, sufrimiento y gozo— se convierte en ámbito visitado por Dios. La encarnación afirma el valor de la existencia humana y anticipa su restauración final.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Valoro profundamente el costo de la encarnación?
- ¿Veo en Cristo un Salvador cercano y compasivo?

Aplicación práctica:

Cristo habitó entre nosotros; por tanto, estamos llamados a una fe **encarnada**: cercana al prójimo, sensible al dolor humano y comprometida con la justicia, la misericordia y el amor cristiano.

3.2. La gloria llena de gracia y verdad. "Lleno de gracia y de verdad".

Juan concluye describiendo al Verbo encarnado como **πλήρης χάριτος καὶ ἀληθείας** (*plḗrēs cháritos kai alētheías*), "lleno de gracia y de verdad". El adjetivo **πλήρης** (*plḗrēs*) indica plenitud constante. No se trata de cualidades ocasionales, sino de la expresión completa del carácter divino.

La fórmula "gracia y verdad" evoca Éxodo 34:6, donde Dios se revela a Moisés como «misericordioso y clemente… grande en misericordia y verdad». La expresión hebrea *ḥéṣed we'emet* (amor fiel y verdad) encuentra aquí su cumplimiento definitivo. Lo que en el Sinaí fue proclamado, en Cristo es encarnado.

χάρις (*cháris*, "gracia") señala el favor inmerecido de Dios, su inclinación benevolente hacia el pecador. **ἀλήθεια** (*alḗtheia*, "verdad") no alude solo a exactitud doctrinal, sino a fidelidad, realidad última conforme al carácter divino. En Jesús, la misericordia no relativiza la santidad, y la verdad no anula la compasión. Ambas convergen armónicamente.

La gloria contemplada por los discípulos no fue solo la de los milagros, sino la del carácter revelado, perdón ofrecido a pecadores, confrontación justa de la hipocresía, obediencia perfecta al Padre hasta la cruz. Allí, paradójicamente, la gloria alcanza su máxima manifestación.

Eclesialmente, esta plenitud define la vocación de la Iglesia. Anunciar a Cristo implica proclamar una gracia que rescata y una verdad que transforma. Separarlas distorsiona el Evangelio; mantenerlas unidas refleja el rostro del Hijo.

En la contemplación del Verbo encarnado, la Navidad se revela como más que una memoria emotiva: es la proclamación de que la gloria divina ha tomado forma humana, que la fidelidad prometida en el Antiguo Testamento ha llegado a su cumplimiento, y que en Jesucristo Dios ha venido a morar con su pueblo para comunicarle vida, restauración y esperanza eterna.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo cotidianamente según la gracia y la verdad de Cristo? ¿Descanso en la gracia y esta me mueve a perseverar en mi santificación? ¿Me apropio y conformo mi pensamiento de acuerdo a la verdad de Cristo que se encuentra en la Sagrada Escritura?
- ¿Mi testimonio es fiel al Evangelio que confieso?

Aplicación práctica:

La Iglesia, como cuerpo de Cristo, está llamada a manifestar esta misma plenitud. En Navidad renovamos nuestro compromiso de vivir y proclamar el Evangelio con fidelidad doctrinal y amor pastoral.

Conclusión:

En esta santa solemnidad de la Natividad, el prólogo del Evangelio según san Juan nos ha elevado desde el misterio eterno de Dios hasta la humildad del pesebre, mostrándonos que la historia humana ha sido visitada y transformada por la iniciativa soberana del Señor. Hemos contemplado al Verbo que es desde el principio, distinto del Padre y, sin embargo, uno con Él; al Verbo por quien todas las cosas fueron hechas; a la Luz verdadera que resplandece en medio de las tinieblas; y, finalmente, al Verbo que asumió nuestra carne para habitar entre nosotros.

Este recorrido no es simplemente doctrinal, sino profundamente espiritual. La eternidad ha tocado el tiempo; la gloria se ha revestido de humildad; la plenitud divina se ha manifestado en una vida humana concreta. En Cristo, el Creador se acerca a su creación sin dejar de ser Señor, y la humanidad es elevada sin perder su condición. La encarnación no disminuye la majestad de Dios, sino que la revela de manera más admirable, **su poder se manifiesta en misericordia, su santidad en gracia, su verdad en amor fiel.**

Al celebrar este misterio, la Iglesia no solo recuerda un acontecimiento pasado, sino que proclama una realidad viva. El Hijo eterno continúa siendo el Mediador perfecto, el único que puede reconciliar al mundo con el Padre, porque es verdadero Dios y verdadero hombre. En Él recibimos adopción, luz para el entendimiento, consuelo para el corazón y dirección para la vida.

Que esta Navidad renueve en nosotros una adoración reverente, una confianza firme y una obediencia gozosa. Que la contemplación del Verbo hecho carne purifique nuestra esperanza, fortalezca nuestra perseverancia y nos impulse a vivir como hijos de la luz.

Y que, unidos a la Iglesia de todos los tiempos, podamos confesar con humilde gratitud:

"Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". A Él, que vino, que viene y que vendrá, sea toda honra, toda alabanza y todo dominio, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

Estación de Navidad.

El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo o Fiesta de la Natividad.
(25 de diciembre)



Lucas 2:1-14

ALEGRAOS: HOY OS HA NACIDO UN SALVADOR
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

25 DE DICIEMBRE

Oración inicial:

Dios todopoderoso y eterno, que en la plenitud de los tiempos enviaste a tu Hijo al mundo, para que la luz verdadera resplandeciera en medio de las tinieblas: dispón nuestros corazones en esta santa solemnidad, para que, **al contemplar con fe el misterio de la Encarnación, seamos renovados en esperanza, fortalecidos en caridad y conducidos a una obediencia gozosa a tu santa voluntad**. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

Oh Dios, que haces que nos regocijemos con el recuerdo anual del nacimiento de tu Hijo único Jesucristo; Concede que como alegremente lo recibamos por nuestro Redentor, **así también lo recibamos con segura confianza cuando venga a ser nuestro Juez**, quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos, de los siglos. Amén.

Meditación:

La Segunda Colecta para la Fiesta de la Natividad, tal como la recibimos en el Libro de Oración Común, nos sitúa en el centro mismo del misterio cristiano, revelando con sobriedad y profundidad la obra de Dios en Cristo **desde la Encarnación hasta la consumación final**. No se trata únicamente de recordar un acontecimiento piadoso, sino de participar espiritualmente en una verdad eterna que transforma la vida del creyente y orienta toda la economía de la salvación.

La oración comienza reconociendo que es Dios mismo quien "hace que nos regocijemos" con el recuerdo anual del nacimiento de su Hijo único. La alegría de la Navidad no surge de la iniciativa humana, ni del auge del comercio, ni del consumismo, ni de una emoción pasajera, sino del don divino que despierta en nosotros **la memoria viva de su intervención salvífica**. En la tradición cristiana, y particularmente en la anglicana, el "recordar" no es un ejercicio meramente intelectual, sino una actualización espiritual del acto redentor de Dios. Al recordar el nacimiento de Cristo, la Iglesia confiesa que el Verbo eterno asumió nuestra naturaleza para redimirla, y que este misterio sigue siendo eficaz para nuestra salvación hoy.

Este regocijo se fundamenta en el reconocimiento de Jesucristo como el Hijo único de Dios. La Navidad proclama que la salvación no proviene de un mensajero cualquiera, ni de un profeta más, sino del mismo Dios hecho carne. La humildad del pesebre no disminuye su divinidad, sino que la expone cubierta por el velo del amor. Aquí contemplamos el profundo contraste del Evangelio: el Todopoderoso se hace Niño; el Sustentador del universo depende del cuidado humano; el Santo de gloria inmarchitable nace en la pobreza. Esta condescendencia divina es motivo de adoración reverente y de profunda y sentida gratitud.

La Colecta continúa con una súplica central: que así como recibimos a Cristo "alegremente" como nuestro Redentor, también lo recibamos con "segura confianza" cuando venga como Juez. **Esta petición une inseparablemente el misterio de la Encarnación con el de la Segunda Venida**. El Cristo que yace en el pesebre es el mismo que reinará en gloria; el Niño indefenso es el Señor soberano de la historia. La fe cristiana no permite separar la ternura de la Navidad de la seriedad del juicio venidero. Ambos aspectos pertenecen al mismo Señor y a la misma obra redentora, por tanto, ambos aspectos deben ser considerados por nosotros con igual seriedad y compromiso.

Recibir a Cristo como Redentor implica más que una aceptación intelectual de su obra salvadora; supone una entrega confiada a su señorío. La alegría que brota de esta recepción es fruto del perdón, de la reconciliación y de la restauración de nuestra relación con Dios. Sin embargo, la Colecta nos exhorta a mirar más allá del presente: nuestra alegría actual debe transformarse en una esperanza firme y serena ante el futuro. La confianza con la que esperamos al Juez se basa en el hecho de que Él ya se ha entregado por nosotros. El juicio no es, para el creyente, una amenaza terrorífica y paralizante, sino la consumación de la justicia y de la misericordia ya manifestadas en la cruz.

Esta estructura teológica encuentra eco profundo en las lecturas del día. La Epístola a Tito nos recuerda que la gracia que se manifestó en la Encarnación no solo salva, sino que forma y disciplina al pueblo de Dios. Vivimos entre dos manifestaciones: la venida humilde de Cristo en carne y su gloriosa aparición futura. **En este "entretiempo", la vida cristiana está marcada por la santificación, por una espera activa y obediente**. Así, la Navidad no nos invita a una contemplación pasiva, sino a una transformación piadosa de la vida.

El Evangelio según san Lucas nos muestra cómo esta gracia se manifiesta históricamente: en la sencillez, en el silencio, en la pobreza, y en la revelación hecha a los humildes. Los pastores reciben la noticia con asombro y obediencia, y se convierten en testigos del acontecimiento. **La gloria de Dios resplandece no en los palacios imperiales, sino en los campos y en el pesebre**. Esta paradoja ilumina el sentido de la Colecta: el Redentor que recibimos con alegría es también el Señor glorioso, y su reino se establece no por la fuerza, sino por el amor.

Así, la Meditación de la Natividad nos llama a vivir la Navidad en contemplación espiritual y escritural, a alegrarnos en el don del Hijo, a renovar nuestra fe en su obra redentora, **y a afirmar nuestra esperanza en su retorno glorioso**. En el Niño nacido en Belén contemplamos el principio de nuestra salvación y la promesa de su cumplimiento final. Celebrar la Navidad es, por tanto, confesar con gozo y reverencia que "Jesucristo es el Señor", ayer, hoy y por los siglos.

Lectura Orante de la Palabra:

La Epístola a Tito (2:11-15) proclama que "la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres". Esta manifestación no es abstracta: se hace visible y concreta en la Encarnación que celebramos hoy. La gracia no solo perdona, sino que educa; nos enseña a renunciar a la impiedad y a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo, **mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo**. El Niño de Belén es también el Señor glorioso que se entregó por nosotros para purificar un pueblo celoso de buenas obras.

El Evangelio según san Lucas (2:1-14) nos sitúa en el acontecimiento histórico y humilde del nacimiento del Salvador. En medio del poder imperial y de la aparente insignificancia de Belén, Dios actúa silenciosamente, ***no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*** (Zacarías 4:6). Los pastores, pobres y vigilantes, son los primeros en recibir la buena nueva: "**Hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor**". El cántico de los ángeles une cielo y tierra, proclamando la gloria de Dios y la paz ofrecida a los hombres. Así, el Evangelio nos muestra que la salvación se revela a los sencillos y que la verdadera paz nace del favor divino manifestado en Cristo.

Preguntas para Reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿De qué manera estoy recibiendo a Cristo con alegría como mi Redentor, y cómo esta fe sostiene mi confianza ante su futura venida como Juez?
2. **Desde la Epístola (Tito 2:11-15):** ¿Qué aspectos de mi vida necesitan ser moldeados y transformados por la gracia que se ha manifestado en Cristo?
3. **Desde el Evangelio (Lucas 2:1-14):** ¿Escucho hoy la voz de Dios con la humildad y disponibilidad de los pastores, o me distraigo con los ruidos del mundo?

Aplicaciones Devocionales:

1. **Desde la Colecta:** Cultivar diariamente una esperanza vigilante: recibir a Cristo con gozo hoy, viviendo cada jornada con la conciencia de que Él vendrá nuevamente, ordenando nuestras decisiones a la luz de la eternidad.

2. **Desde la Epístola:** Practicar una vida de santidad concreta: renunciar conscientemente a actitudes y hábitos contrarios al Evangelio, y comprometernos activamente en buenas obras como respuesta agradecida a la gracia recibida.
3. **Desde el Evangelio:** Anunciar con sencillez la buena nueva: imitar a los pastores compartiendo con otros, mediante palabras y acciones, la alegría del Salvador que ha nacido para todos.

Oración Final.

Oh Dios de gracia y de gloria, te expresamos nuestra gratitud porque en el santo nacimiento de tu Hijo has manifestado tu amor salvador al mundo. Concédenos recibirlo siempre con fe viva y corazón gozoso, ser transformados por su misericordia en una vida santa, y esperar con firme confianza el día de su gloriosa venida. Que toda nuestra vida proclame tu gloria y sea instrumento de tu paz. Por Jesucristo nuestro Señor, quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre.

Amén.

HOY OS HA NACIDO UN SALVADOR: GLORIA, PAZ Y GOZO EN LA HUMILDAD DEL SEÑOR

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

(25 DE DICIEMBRE)

"Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. **2** Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. **3** E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad. **4** Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; **5** para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. **6** Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. **7** Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. **8** Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. **9** Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. **10** Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: **11** que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. **12** Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. **13** Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían:
14 ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" (*Lucas 2:1–14).*

Introducción:

En esta santa y gloriosa solemnidad de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia se reúne para proclamar con gozo reverente el cumplimiento de las promesas eternas de Dios. Si en la primera lección evangélica de este día (Juan 1:1–14) fuimos elevados a contemplar al Verbo eterno en el seno del Padre, ahora el santo Evangelio según san Lucas nos conduce al escenario humilde y concreto donde ese Verbo se hace visible en la carne. La eternidad irrumpe en el tiempo; el Creador entra en su creación; el Señor de la gloria se manifiesta en la fragilidad de un niño.

El relato de Lucas 2:1–14 no es una fábula piadosa ni un mito religioso desligado de la historia. Está cuidadosamente anclado en coordenadas reales, **un decreto imperial, nombres de gobernantes, ciudades identificables, caminos polvorientos y noches frías en los campos de Belén**. Bajo el dominio de Augusto César, cuando el poder de Roma parecía absoluto, Dios estaba ejecutando silenciosamente su designio soberano. Mientras los hombres contaban ciudadanos para fortalecer su imperio, el Señor estaba dando al mundo al verdadero Rey, cuyo Reino no tendría fin.

Este contraste es profundamente teológico. El anuncio del ángel no acontece en palacios ni ante magistrados, sino ante pastores que velan en la noche. La gloria divina no se despliega en esplendores terrenales, sino en la pobreza de un pesebre. Y, sin embargo, en esa humildad se revela la mayor de las grandezas: **"os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor"**. En una sola proclamación convergen tres títulos cargados de significado redentor, Salvador, Cristo, Señor.

Desde la tradición anglicana, que confiesa la centralidad de Cristo, la autoridad de las Escrituras y la primacía de la gracia, este pasaje nos llama a una contemplación adorante y a una fe obediente. Aquí se manifiesta la gracia soberana de Dios que toma la iniciativa; aquí resplandece la fidelidad divina a sus pactos; aquí comienza, en forma visible, la obra de reconciliación prometida desde antiguo.

La Navidad, por tanto, no es simple evocación sentimental de un nacimiento tierno, sino proclamación teológica del acto decisivo de Dios para la redención del mundo. En Belén se unen cielo y tierra, gloria y humildad, majestad y mansedumbre. Escuchemos, pues, con oídos atentos el anuncio celestial, para que el "gran gozo" que fue para todo el pueblo renueve hoy nuestra fe, fortalezca nuestra esperanza y encienda nuestra adoración.

1. El Dios soberano que actúa en la historia humana (Lucas 2:1–3). "Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. 2 Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. 3 E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad".

El relato lucano se abre con una fórmula característica: **Ἐγένετο δὲ ἐν ταῖς ἡμέραις ἐκείναις** (*Egéneto dè en tais hēmérais ekeínais*), "y aconteció en aquellos días". El verbo **ἐγένετο** (*egéneto*, "sucedió", "vino a acontecer") no solo introduce una transición narrativa, sino que subraya la irrupción de un acontecimiento que forma parte del desarrollo histórico real. El Evangelio no comienza en el ámbito de la alegoría, sino en el terreno concreto del tiempo y el espacio.

Lucas menciona a **Καῖσαρ Αὔγουστος** (*Kaîsar Aúgoustos*) y el **δόγμα** (*dógma*, "edicto", "decreto oficial") que ordena el empadronamiento de "toda la tierra habitada" —**πᾶσαν τὴν οἰκουμένην** (*pâsan tēn oikouménēn*). Este término, *oikouménē*, designaba el mundo bajo dominio romano. Desde la perspectiva imperial, el César parecía ejercer autoridad universal. Sin embargo, la teología bíblica nos enseña que el Altísimo "quita reyes y pone reyes" (Daniel 2:21). Lo que Roma entendía como consolidación de poder era, en realidad, instrumento de un designio mayor.

El Antiguo Testamento había anunciado que el gobernante prometido nacería en Belén (Miqueas 5:2). No obstante, José y María residían en Nazaret. El decreto

imperial se convierte, providencialmente, en el medio por el cual la palabra profética alcanza su cumplimiento. Aquí se manifiesta una verdad central de la revelación bíblica, **la soberanía divina no anula los procesos históricos, sino que los dirige.** Como en el caso de José en Egipto —"vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien" (Génesis 50:20)— así también el censo romano sirve a un propósito redentor que trasciende las intenciones humanas.

El hecho de que cada uno fuese "a su ciudad" refleja la estructura genealógica de Israel y conecta con las promesas davídicas (2 Samuel 7:12–16). La historia no es una sucesión caótica de eventos; es el escenario donde Dios ejecuta su pacto. El Señor que condujo a su pueblo por el desierto y lo estableció en la tierra prometida ahora dirige los movimientos de un imperio para cumplir su palabra.

Desde el inicio del relato navideño, aprendemos que la Encarnación no ocurre al margen de la historia, sino en su centro. La providencia divina obra con silenciosa firmeza, recordándonos que ningún decreto humano puede frustrar el consejo eterno del Señor.

1.1. Dios cumple su propósito aun en medio del poder humano.

Es significativo que el nacimiento del Mesías esté situado bajo la autoridad de Augusto. A los ojos del mundo antiguo, el emperador representaba la cúspide del poder político y militar. Él promulgaba el **δόγμα** (*dógma*); las naciones obedecían. Sin embargo, el Evangelio revela una paradoja, **mientras el César organiza un censo para afirmar su dominio, Dios está preparando el escenario para la manifestación del verdadero Rey**.

El contraste evoca el Salmo 2, donde las naciones conspiran y los reyes se levantan, pero el Señor establece a su Ungido. La historia de la redención demuestra repetidamente que la autoridad humana, aun cuando pretende autonomía absoluta, permanece subordinada a la voluntad divina. Faraón, Nabucodonosor y Ciro fueron instrumentos involuntarios en el despliegue del plan de Dios (cf. Isaías 45:1). De igual manera, Augusto sirve, sin saberlo, al cumplimiento de la promesa mesiánica. La referencia al censo —acto administrativo destinado a controlar población y tributos— adquiere así una dimensión teológica. El instrumento de registro imperial conduce a José, descendiente de David, a Belén. El poder que busca contar súbditos termina facilitando el nacimiento del Pastor prometido (Ezequiel 34:23), aquel que no domina por imposición fiscal, sino que entrega su vida por las ovejas.

Esta perspectiva sostiene una enseñanza pastoral de gran profundidad. El pueblo de Dios no está sometido al azar ni abandonado a la arbitrariedad de los sistemas políticos. La Escritura afirma que el Señor gobierna con sabiduría perfecta, incluso cuando su acción no es inmediatamente visible. La Navidad proclama que la

providencia divina opera en medio de desplazamientos, incertidumbres y contextos adversos.

Así, al contemplar el inicio del relato lucano, somos llamados a una confianza madura y reverente. El mismo Dios que movió imperios para cumplir su promesa continúa dirigiendo la historia hacia la consumación de su Reino. Su fidelidad no depende de circunstancias favorables, y su propósito redentor avanza con firmeza hasta alcanzar su plenitud en Cristo.

Preguntas escudriñadoras:

– ¿Reconozco la mano de Dios obrando en los acontecimientos ordinarios y aun difíciles de mi vida?

– ¿Confío verdaderamente en la soberanía divina cuando las circunstancias parecen gobernadas por fuerzas ajenas a la fe?

Aplicación práctica:

– Practicar una oración diaria de entrega, reconociendo explícitamente la soberanía de Dios sobre los eventos concretos de la jornada.

– Leer la Escritura con atención a la providencia divina, identificando cómo Dios obra a través de medios aparentemente comunes.

2. La humildad del nacimiento del Salvador (Lucas 2:4–7). 4 Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; 5 para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. 6 Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. 7 Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

El relato avanza desde los decretos imperiales hacia la obediencia silenciosa de José y María. "José subió" —**ἀνέβη** (*anébē*, "ascendió")— desde Galilea hasta Judea. El verbo no es meramente geográfico; evoca también la subida tradicional a la tierra de las promesas. Belén se encuentra en la región montañosa, pero la Escritura sugiere algo más profundo, **el cumplimiento de la historia davídica**. Lucas subraya que José era "de la casa y familia de David" —**ἐξ οἴκου καὶ πατριᾶς Δαυὶδ** (*ex oíkou kai patriâs Dauíd*). Esta precisión conecta directamente con 2 Samuel 7:12–16, donde el Señor promete establecer para siempre el trono de la descendencia de David.

Belén, llamada "ciudad de David", no es una mención decorativa. El profeta Miqueas había anunciado, "**Pero tú, Belén Efrata... de ti me saldrá el que será Señor en Israel**" (Miqueas 5:2). La geografía se convierte en teología, **el lugar humilde señalado siglos antes es ahora escenario del cumplimiento**. La fidelidad divina no se limita al contenido de la promesa, sino que abarca también sus detalles concretos.

Lucas añade que María estaba "desposada" —**μεμνηστευμένη** (*memnēsteuménē*, "comprometida formalmente en matrimonio")— y "encinta". La referencia subraya tanto la legitimidad davídica del niño como la realidad tangible de la Encarnación. No se trata de una aparición simbólica, sino de un nacimiento verdadero en el seno de una familia concreta.

Cuando el texto afirma: "se cumplieron los días de su alumbramiento" —**ἐπλήσθησαν αἱ ἡμέραι** (*eplḗsthēsan hai hēmérai*, "fueron completados los días")— resuena un eco de la plenitud del tiempo anunciada en la economía de la salvación (cf. Gálatas 4:4). No es un momento fortuito, sino el tiempo determinado por Dios desde la antigüedad.

El versículo culmina con una imagen de profunda sencillez, María "dio a luz a su hijo primogénito" —**τὸν υἱὸν αὐτῆς τὸν πρωτότοκον** (*tòn huión autēs tòn prōtótokon*). El término *prōtótokos* no implica necesariamente posteriores hijos, sino que en el contexto bíblico posee connotaciones de dignidad y herencia (cf. Éxodo 4:22; Salmo 89:27). El "Primogénito" es el heredero legítimo, el portador de la promesa.

Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre —**ἐν φάτνῃ** (*en phátnē*, "comedero de animales")— porque no había lugar para ellos en el "mesón" —**κατάλυμα** (*katályma*, "lugar de alojamiento", "aposento"). El contraste es elocuente, el descendiente real no encuentra espacio en la hospitalidad humana. Sin embargo, esta exclusión no frustra el plan divino; lo revela en su forma más pura.
El Antiguo Testamento había descrito al Siervo del Señor como "sin atractivo" (Isaías 53:2) y al Rey justo como humilde (Zacarías 9:9). La forma del nacimiento armoniza con estas profecías, **la gloria prometida se manifiesta en mansedumbre**. Así, la fidelidad del pacto se expresa no mediante ostentación, sino mediante una obediencia que abraza la pequeñez como instrumento redentor.

2.1. El Rey eterno nace en pobreza y sencillez.

El pesebre constituye una proclamación silenciosa acerca del carácter del Reino de Dios. El heredero del trono davídico es depositado en un comedero; el Señor de la creación entra en el mundo sin privilegios visibles. Esta escena encarna la lógica divina ya anticipada en la Escritura, **Dios escoge lo débil para avergonzar lo fuerte (cf. 1 Samuel 16:7)**.

El término **φάτνη** (*phátnē*) subraya la crudeza del entorno. No es una cuna adornada, sino un recipiente destinado a alimentar animales. En esta imagen convergen humildad y provisión, aquel que es puesto en un pesebre será el Pan de vida para el mundo (cf. Juan 6:35). Incluso el lugar de su reposo anticipa su misión. La ausencia de lugar en el **κατάλυμα** (*katályma*) recuerda cómo Israel, en diversas etapas de su historia, experimentó rechazo y desplazamiento. Desde la hospitalidad negada en tiempos de los jueces (Jueces 19) hasta el exilio babilónico, el pueblo conoció la condición de forastero. Ahora el Hijo de David comparte esa vulnerabilidad desde su nacimiento. El Emanuel prometido (Isaías 7:14) se identifica con los que no tienen espacio.

La afirmación paulina de 2 Corintios 8:9 ilumina esta escena con claridad teológica, "**siendo rico, se hizo pobre**". La riqueza eterna del Hijo —gloria, comunión con el Padre, majestad sin límite— no fue abandonada, sino velada en la condición humana. La pobreza del pesebre no es accidente circunstancial, sino expresión coherente de una misión que culminará en la cruz.

De este modo, la Natividad revela que la salvación no brota del esplendor humano, sino de la gracia que desciende. El Rey eterno inaugura su reinado no desde un trono visible, sino desde la entrega. En su humillación comienza nuestra exaltación; en su sencillez se inaugura la abundancia de la vida nueva.

Contemplar el nacimiento del Salvador es aprender a discernir la verdadera gloria, no la que se impone, sino la que se ofrece; no la que domina, sino la que redime. Así, el pesebre se convierte en el primer púlpito del Evangelio, proclamando que el Reino de Dios se manifiesta en humildad, fidelidad y amor sacrificial.

Preguntas escudriñadoras:

– ¿Busco a Dios únicamente en lo grandioso y extraordinario, o soy capaz de reconocer su presencia en la sencillez?

– ¿Estoy dispuesto a acoger a Cristo aun cuando Él no responde a mis expectativas humanas?

Aplicación práctica:

– Ejercitar la humildad cristiana mediante actos concretos de servicio oculto y desinteresado.

– Simplificar voluntariamente algún aspecto de la vida cotidiana para recordar que Cristo se revela en lo sencillo.

3. La buena noticia anunciada a los humildes (Lucas 2:8–12). 8 Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. 9 Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. 10 Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: 11 que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. 12 Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

El relato lucano alcanza ahora una de sus cumbres teológicas al presentar el anuncio celestial a los pastores. "Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño" (Lc 2:8). El texto griego describe su actividad con la expresión *ἀγραυλοῦντες* (*agraulountes*), "viviendo al raso", y *φυλάσσοντες φυλακάς* (*phylássontes phylakás*), literalmente "guardando guardias", construcción enfática que subraya su vigilancia constante. En medio de la oscuridad, símbolo frecuente en la Escritura de fragilidad e incertidumbre (cf. Is 9:2), irrumpe la iniciativa soberana de Dios.

"Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor" (v. 9). La frase *δόξα Κυρίου* (*dóxa Kyríou*) evoca la manifestación visible de la presencia divina en el Antiguo Testamento, la gloria que llenó el tabernáculo (Ex 40:34) y el templo de Salomón (1 R 8:11). No se trata de un simple fulgor celestial, sino de la *Shekiná*, la presencia activa y majestuosa del Dios del pacto. El temor que sobrecoge a los pastores —*ἐφοβήθησαν φόβον μέγαν* (*ephobḗthēsan phóbon mégan*), "temieron con gran temor"— reproduce la reacción típica ante una teofanía (cf. Jue 6:22–23), recordándonos que la revelación divina despierta conciencia de pequeñez y dependencia.

Sin embargo, la primera palabra del mensajero es gracia, *μὴ φοβεῖσθε* (*mē phobeísthe*), "no temáis". Esta fórmula, frecuente en las intervenciones salvíficas de Dios (cf. Is 41:10), introduce el contenido del anuncio, *εὐαγγελίζομαι ὑμῖν χαρὰν μεγάλην* (*euangelízomai hymin charán megálēn*), "os anuncio buenas nuevas de gran gozo". El verbo *εὐαγγελίζομαι* da origen al término "Evangelio" y señala una proclamación pública de victoria o liberación. Aquí el gozo no es simplemente una emoción pasajera, sino la alegría escatológica prometida por los profetas (Is 52:7; 61:1), vinculada al advenimiento del reinado de Dios.

El contenido del anuncio concentra la esperanza de Israel, "os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor" (v. 11). El adverbio *σήμερον* (*sḗmeron*, "hoy") indica el cumplimiento presente de las promesas; el tiempo esperado ha irrumpido. El título *Σωτήρ* (*Sōtḗr*, "Salvador") recuerda a Dios mismo como libertador de su pueblo (Is 43:11); *Χριστός* (*Christós*, "Ungido") remite a la expectativa mesiánica fundada en la promesa davídica (2 S 7:12–16; Sal 2); y *Κύριος* (*Kýrios*, "Señor") —término empleado en la Septuaginta para traducir el Nombre

divino— sugiere una dignidad que trasciende la realeza terrenal. En una sola afirmación, Lucas une soteriología, mesianismo y señorío divino.

La señal ofrecida confirma la paradoja del obrar de Dios: "**Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre**" (v. 12). El término *σημεῖον* (*sēmeíon*, "señal") no apunta a lo espectacular, sino a un indicio que requiere discernimiento. La gloria prometida se oculta bajo la humildad; la presencia divina se reconoce en lo ordinario. Así se cumple la lógica profética según la cual el Siervo del Señor aparece sin apariencia majestuosa (Is 53:2), y el Pastor prometido por Ezequiel (Ez 34:23) comienza su misión identificado con los más pequeños.

En esta escena, el Antiguo Testamento no solo encuentra cumplimiento temático, sino también tipológico, **los pastores evocan a David, el rey pastor** (1 S 16:11–13), y anticipan la revelación posterior de **Jesús como el Buen Pastor** (cf. Jn 10:11). La buena noticia anunciada en la noche de Belén es, por tanto, la proclamación inaugural del Reino mesiánico, destinado "a todo el pueblo", expresión que abre la salvación más allá de Israel hacia una dimensión universal.

3.1. El Evangelio es proclamado primero a los pastores

El hecho de que los primeros destinatarios del anuncio sean pastores posee una profunda coherencia bíblica y teológica. En el contexto del siglo I, su oficio era socialmente modesto; sin embargo, en la historia de la revelación, el pastorado había sido imagen privilegiada del cuidado divino (Sal 23:1) y figura del liderazgo escogido por Dios. Al revelarse a estos hombres vigilantes, el Señor confirma el principio que recorre toda la Escritura: **Él mira la humildad y resiste la autosuficiencia** (cf. 1 S 2:7–8).

El núcleo del anuncio —"Hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor"— concentra la identidad del Niño en tres títulos inseparables. *Σωτήρ* proclama su misión redentora; *Χριστός* afirma que es el Ungido esperado; *Κύριος* declara su autoridad soberana. Esta tríada no es acumulación retórica, sino confesión cristológica temprana, **el Niño del pesebre comparte la obra salvadora de Dios, cumple las promesas davídicas y participa del señorío divino**. La fe es llamada a reconocer en la debilidad visible la majestad invisible.

La señal —un recién nacido en un pesebre— exige una mirada transformada por la confianza. Dios no ofrece un prodigio deslumbrante, sino un indicio humilde que invita a la obediencia creyente. Así, el Evangelio se dirige primero a quienes, libres de pretensiones, pueden acogerlo con sencillez. Este patrón corresponde al obrar divino revelado en la historia de Israel, **el Señor escogió a David cuando era el menor de su casa (1 S 16:7), levantó a los pobres del polvo (Sal 113:7) y prometió consolar a los afligidos (Is 61:1)**.

La proclamación a los pastores anticipa, además, la dinámica misionera del cristianismo naciente, **quienes reciben la revelación se convierten en testigos**. La gracia no se concede para alimentar orgullo, sino para suscitar alabanza y anuncio. De este modo, la Natividad enseña que la salvación es don soberano y gratuito; desarraiga toda jactancia humana y establece un Reino cimentado en la dependencia confiada del Señor. La Iglesia, heredera de esta buena noticia, es llamada a vivir con humildad vigilante, proclamando que el Salvador prometido ha venido y que su señorío se manifiesta en la misericordia que alcanza a los pequeños.

Preguntas escudriñadoras:

– ¿Me acerco al Evangelio con la sencillez de los pastores o con la autosuficiencia del orgullo?

– ¿Reconozco verdaderamente a Jesús como Señor de mi vida y no solo como un consuelo espiritual?

Aplicación práctica:

– Leer el Evangelio diariamente con una actitud de docilidad, pidiendo a Dios un corazón sencillo.

– Confesar explícitamente a Cristo como Señor mediante decisiones concretas de obediencia en la vida diaria.

4. Gloria a Dios y paz a los hombres (Lucas 2:13–14). 13 Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: 14 ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

El relato alcanza su clímax cuando la revelación individual del ángel se transforma en una manifestación coral del cielo. "Repentinamente" —**ἐξαίφνης** (*exaíphnēs*, "de manera súbita, inesperada")— aparece con el mensajero "una multitud de las huestes celestiales" —**πλῆθος στρατιᾶς οὐρανίου** (*plēthos stratiâs ouraníou*). El término *στρατιά* (*stratiá*) designa un ejército o compañía militar; aquí evoca el ejército celestial del Señor de los ejércitos (*YHWH Sabaot*), tan frecuente en el Antiguo Testamento (cf. 1 R 22:19). El nacimiento del Niño no es un acontecimiento marginal, **convoca la adoración del ejército del cielo**.

Estas huestes "alababan" —**αἰνούντων** (*ainóuntōn*, "proclamando con alabanza")— a Dios. El verbo subraya una proclamación jubilosa y pública. La Encarnación provoca una doxología cósmica, el cielo responde con adoración porque reconoce en el pesebre el cumplimiento del designio eterno.

El cántico que entonan condensa la teología de la redención: **Δόξα ἐν ὑψίστοις Θεῷ** (*Dóxa en hypsístois Theō*), "Gloria a Dios en las alturas". La *δόξα* (*dóxa*) no es mera fama, sino el resplandor de la presencia divina, la manifestación visible de su majestad. "En las alturas" —*ἐν ὑψίστοις* (*en hypsístois*)— señala el ámbito celestial, el lugar propio de la gloria eterna. Sin embargo, esa gloria no permanece distante, **se revela en la humillación del Hijo. Así se cumple Isaías 40:5: "Y se manifestará la gloria del Señor".**

La segunda línea proclama:

καὶ ἐπὶ γῆς εἰρήνη (*kai epì gēs eirḗnē*), "y en la tierra paz". El término *εἰρήνη* (*eirḗnē*) traduce el hebreo *shalom*, que implica plenitud, reconciliación y restauración integral. No se trata de una tregua política —contraste significativo en tiempos de la llamada *Pax Romana*—, sino de la paz que brota de la intervención salvadora de Dios. Esta promesa enlaza con Isaías 9:6–7, donde el Niño prometido es llamado "Príncipe de Paz", cuyo gobierno traerá justicia duradera.

El texto concluye con una expresión cuya riqueza merece atención: **ἐν ἀνθρώποις εὐδοκίας** (*en anthrṓpois eudokías*). La forma *εὐδοκίας* (genitivo) puede entenderse como "entre los hombres de [su] buena voluntad" o "entre los hombres en quienes Él se complace". *Εὐδοκία* (*eudokía*) significa favor, beneplácito, complacencia soberana. La paz proclamada no es fruto del mérito humano, sino resultado del favor divino. La iniciativa pertenece enteramente a Dios, conforme a su propósito eterno (cf. Is 26:12).

Este himno angélico une cielo y tierra, gloria y reconciliación. La Encarnación no disminuye la gloria divina; la manifiesta de modo supremo. Dios es glorificado precisamente al otorgar paz mediante la obra del Mesías. En Belén comienza a cumplirse la esperanza profética de una restauración universal, donde la comunión quebrantada por el pecado es sanada por la gracia.

4.1. La alabanza celestial y el don de la paz verdadera.

El cántico de los ángeles establece una relación inseparable entre la gloria de Dios y la paz concedida al ser humano. La redención no es un acto secundario en la economía divina; es el escenario donde resplandece su majestad. La doxología precede y fundamenta la experiencia humana, **primero la gloria en lo alto, luego la paz en la tierra**. Este orden revela que la reconciliación fluye de la iniciativa soberana del Padre.

La promesa de paz encuentra su raíz en las expectativas mesiánicas del Antiguo Testamento. Isaías 9:6–7 anuncia un reino donde el principado descansa sobre los hombros del Niño prometido y cuya paz no tendrá fin. Miqueas 5:5 declara acerca

del gobernante nacido en Belén: "Y él será nuestra paz". El cántico angélico confirma que tales anuncios no eran aspiraciones poéticas, sino compromisos irrevocables del Dios de la alianza.

La paz proclamada en Belén implica reconciliación objetiva con Dios. El pecado había introducido enemistad (Gn 3), pero ahora el favor divino —*εὐδοκία*— se manifiesta en Cristo. Esta paz no depende de circunstancias externas, sino de la restauración de la relación con el Creador. En términos paulinos, Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (cf. 2 Co 5:19).

Asimismo, la referencia a las "huestes celestiales" recuerda que el Señor es soberano sobre todo poder visible e invisible. El verdadero Reino no se establece por legiones romanas, sino por el beneplácito del Altísimo. Así, la Natividad confronta las pretensiones de cualquier imperio, **mientras Roma proclamaba su paz mediante la fuerza, el cielo anuncia una paz que nace del sacrificio redentor**.

En consecuencia, la Iglesia escucha este himno no como eco distante, sino como fundamento permanente de su fe. La gloria de Dios se revela en la gracia; la paz del creyente descansa en el favor soberano otorgado en el Hijo. En el Niño de Belén convergen la esperanza de Israel y la restauración del mundo. La alabanza celestial inaugura la era mesiánica, recordándonos que la historia culmina no en la violencia de los poderes humanos, sino en la gloria del Señor y en la paz que Él concede a quienes reciben su gracia.

Preguntas escudriñadoras:

– ¿Vivo de tal manera que mi vida glorifique a Dios? ¿Busco glorificar a Dios no sólo con palabras sino también con mis acciones?

– ¿He recibido y experimento la paz que Cristo vino a traer? ¿Es navidad para mí un tiempo de descanso, gozo y paz o está marcada por el afán, la ansiedad y el ruido del mundo?

Aplicación práctica:

– Incorporar la alabanza consciente y agradecida en la oración diaria.

– Buscar activamente la reconciliación y la paz en las relaciones personales, como testimonio del Evangelio (Romanos 12:18-19).

Conclusión:

El relato de Lucas 2:1–14 nos ha conducido, paso a paso, al corazón del misterio de la fe cristiana, **el Dios eterno ha entrado en nuestra historia para cumplir su pacto y consumar su propósito redentor**. Hemos contemplado su soberanía actuando en medio de decretos imperiales; su fidelidad, guiando silenciosamente los acontecimientos hacia Belén; su humildad, revelada en el pesebre; su gracia, manifestada en el anuncio a los pastores; y su gloria, proclamada por las huestes celestiales que celebran la paz inaugurada en Cristo. Todo converge en esta verdad: **Dios ha visitado a su pueblo**.

La Navidad, por tanto, no es evasión piadosa ni recuerdo sentimental de una escena entrañable. Es revelación histórica y teológica. Es la proclamación de que el Señor cumple sus promesas, que su Reino avanza aun cuando no es reconocido, que su gloria se manifiesta en la humildad y que su paz desciende como don inmerecido sobre quienes reciben su favor. En el Niño de Belén se unen la esperanza de Israel, la promesa hecha a David, el anuncio profético del Siervo y el clamor universal por reconciliación.

"Hoy os ha nacido un Salvador." Este *hoy* no pertenece solo al pasado; es la actualidad permanente del Evangelio. La Encarnación no es un hecho aislado, sino el inicio de una obra que culmina en la cruz y la resurrección, y que continúa aplicándose por el Espíritu a cada generación. El anuncio exige respuesta, **fe que confía en la gracia soberana de Dios, adoración que reconoce su gloria, obediencia que brota de corazones reconciliados**.

Recibir al Cristo nacido en Belén implica reconocer nuestra necesidad de salvación, abandonar toda autosuficiencia y acoger con gratitud el favor divino. Implica también vivir como pueblo de paz en medio de un mundo herido, reflejando en nuestras palabras y obras la reconciliación que hemos recibido. La Iglesia, al celebrar la Natividad, no solo contempla el misterio; lo proclama y lo encarna en su testimonio.

Que, al acercarnos al pesebre con reverencia, podamos unirnos al cántico de los ángeles y a la adoración de los pastores. Que la gloria de Dios sea el fin supremo de nuestras vidas y que la paz de Cristo gobierne nuestros corazones, sosteniéndonos en esperanza firme hasta el día en que la fe se torne visión.

Como expresó san Juan Crisóstomo: "**Hoy el cielo y la tierra se han unido; hoy Dios ha venido a la tierra y el hombre ha subido al cielo**" (*Homilía sobre la Natividad*, PG 49, 351). En esta santa unión descansa nuestra salvación, nuestro gozo y nuestra eterna confianza. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Estación de Navidad

San Esteban Diacono y Mártir
(26 de diciembre)



Mateo 23:34-39

MIRANDO AL CIELO DESDE EL PADECIMIENTO
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE SAN ESTEBAN, DIÁCONO Y MÁRTIR

(26 DE DICIEMBRE)

Oración Inicial

Dios eterno y misericordioso, que llamas a tu Iglesia a dar testimonio fiel de tu verdad en medio de un mundo herido, dispón nuestros corazones en esta hora para escuchar tu santa Palabra. Concede que, iluminados por el Espíritu Santo, aprendamos del ejemplo de tu siervo San Esteban a contemplar tu gloria, a perseverar en la fe y a amar incluso en medio del sufrimiento. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

CONCEDE, oh Señor, que, en todos nuestros padecimientos aquí en la tierra por atestiguar tu verdad, **fijemos nuestra vista en el Cielo, y por medio de la fe contemplemos la gloria que nos ha de ser revelada**; y que, llenos del Espíritu Santo, aprendamos a amar y bendecir a nuestros perseguidores, según el ejemplo de tu primer Mártir San Esteban, quien te rogó por sus verdugos, oh bendito Jesús, Tú que estás a la diestra de Dios para socorrer a todos los que sufren por ti, nuestro solo Mediador y Abogado. Amén.

Meditación:

La Fiesta de San Esteban se celebra en el resplandor inmediato de la Navidad, cuando la Iglesia aún contempla el misterio de la Encarnación del Verbo eterno. No es casual que el primer mártir sea conmemorado tan cerca del pesebre, el Niño nacido en Belén es el mismo Señor glorificado que reina a la diestra del Padre y que fortalece a sus testigos en medio del rechazo y la persecución. Así, la Iglesia aprende que el gozo de la Navidad no excluye el sufrimiento del discipulado, sino que lo ilumina y lo redime, mostrando que la gloria de Dios se manifiesta tanto en la humildad del nacimiento como en la fidelidad hasta la muerte.

La Colecta del día ordena nuestra vida espiritual mediante tres movimientos que se corresponden estrechamente con el testimonio de San Esteban y con la enseñanza del Evangelio. En primer lugar, suplicamos que, en nuestros padecimientos por atestiguar la verdad, fijemos nuestra vista en el Cielo. Esta mirada elevada no es evasión del dolor, sino orientación de la esperanza. Esteban, rodeado por la violencia de sus acusadores, no queda atrapado por el odio ni por el temor, sino que contempla los cielos abiertos. Su visión revela que la verdadera realidad no está determinada por el juicio humano, sino por la presencia viva de Cristo, quien permanece de pie para recibir y sostener a su siervo fiel.

En segundo lugar, la Colecta nos llama a contemplar por la fe la gloria que ha de ser revelada. Esta gloria no es aún plenamente visible, pero es real y eficaz para quienes viven por la fe. En la Epístola, Esteban ve anticipadamente aquello que la Iglesia confiesa y espera, **al Hijo del Hombre glorificado, vencedor de la muerte**. De este modo, su martirio no es mera tragedia, sino participación en la victoria pascual de Cristo. La fe permite a la Iglesia peregrina vivir orientada hacia esa gloria futura, aun cuando el presente esté marcado por la contradicción y el sufrimiento.

Finalmente, la Colecta culmina en una súplica radical, que, **llenos del Espíritu Santo, aprendamos a amar y bendecir a nuestros perseguidores**. Aquí se revela el corazón del testimonio cristiano. El Espíritu que abrió los cielos ante los ojos de Esteban es el mismo que conformó su corazón al de Cristo. Por ello, sus últimas palabras no son de reproche, sino de intercesión. Esta caridad no nace del esfuerzo humano, sino de la obra del Espíritu que hace posible reproducir en los santos la misericordia del Señor crucificado. Así, la vida y muerte de San Esteban se convierten en una parábola viva del Evangelio proclamado por Cristo, quien lamenta el rechazo de Jerusalén y, sin embargo, continúa extendiendo sus brazos para congregar a sus hijos bajo sus alas.

De este modo, la Fiesta de San Esteban exhorta a la Iglesia a vivir una fe que mira al Cielo, espera la gloria venidera y ama con el amor de Cristo en medio de un mundo que, muchas veces, rechaza el testimonio de la verdad.

Lectura Orante de la Palabra:

En la Epístola (Hechos 7:55-60), San Esteban, lleno del Espíritu Santo, contempla los cielos abiertos y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Esta visión no lo aparta del sufrimiento, pero lo sostiene en él. Su muerte no es una derrota, sino un testimonio supremo de fe, esperanza y caridad. En su último aliento, Esteban encomienda su espíritu al Señor Jesús y ruega por quienes lo apedrean, reflejando el mismo amor redentor de su Maestro, siendo imitador de Él en el sufrimiento.

El Evangelio (Mateo 23:34-39) nos sitúa ante las palabras solemnes de Cristo sobre Jerusalén, ciudad que persigue y mata a los profetas. Jesús anuncia la persecución que vendrá sobre sus enviados, pero también revela su corazón pastoral, un lamento lleno de amor por un pueblo que rehúsa ser congregado bajo sus alas. Así, el Evangelio ilumina el martirio de Esteban como parte del rechazo continuo al testimonio de Dios, y a la vez como participación en la compasión sufriente de Cristo por su pueblo.

Preguntas para Reflexionar:

1. **Desde la Colecta:**

¿Dónde fijo mi mirada cuando doy testimonio de la verdad en medio del sufrimiento: en la dificultad presente o en la gloria que ha de ser revelada?

2. **Desde la Colecta:**
   ¿De qué manera necesito hoy ser llenado del Espíritu Santo para aprender a amar y bendecir en lugar de responder con temor o resentimiento?

3. **Desde la Colecta:**
   ¿Reconozco a Cristo como mi Mediador y Abogado que intercede por mí cuando padezco por causa de su nombre?

4. **Desde la Epístola (Hechos 7):**
   ¿Cómo me interpela el ejemplo de San Esteban al encomendar su espíritu al Señor y orar por sus verdugos?

5. **Desde el Evangelio (Mateo 23):**
   ¿Escucho hoy el llamado de Cristo que desea congregarme bajo sus alas, o resisto su voz con dureza de corazón?

Aplicaciones Devocionales:

1. **Desde la Colecta:**
   Practica diariamente levantar tu mirada al Cielo en oración, recordando que la gloria futura da sentido y esperanza a los padecimientos presentes.

2. **Desde la Epístola:**
   Aprende a enfrentar la oposición con una fe llena del Espíritu, confiando tu vida al Señor Jesús y respondiendo con intercesión en lugar de venganza.

3. **Desde el Evangelio:**
   Permanece dócil a la voz pastoral de Cristo, dejándote congregar por su amor, para no rechazar el testimonio que Él sigue ofreciendo por medio de su Iglesia.

Oración Final:

Oh Señor Jesucristo, que fortaleciste a tu siervo San Esteban para contemplar tu gloria en medio del dolor y de la muerte, concédenos una fe viva que mire más allá de las pruebas presentes. Llénanos de tu Espíritu Santo, para que aprendamos a amar y bendecir aun cuando seamos rechazados. Haznos partícipes de tu compasión por el mundo y fieles testigos de tu verdad, hasta el día en que contemplemos plenamente la gloria prometida. Tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. **Amén.**

LA NAVIDAD DE LA SANGRE FIEL: EL TESTIGO QUE JERUSALÉN NO QUISO ESCUCHAR
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE SAN ESTEBAN, DIÁCONO Y MÁRTIR

(26 de diciembre).

"**34** Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; **35** para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. **36** De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. **37** ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! **38** He aquí vuestra casa os es dejada desierta. **39** Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor" (San Mateo 23:34-39).

Introducción:

En la estación santa de la Navidad, cuando la Iglesia contempla con gozo la Encarnación del Verbo eterno, la liturgia nos conduce, de manera deliberada y pedagógica, al testimonio de la sangre derramada. El 26 de diciembre, al celebrar la fiesta de **San Esteban, Diácono y Mártir**, somos invitados a reconocer que el Niño nacido en Belén es también el Señor rechazado por el mundo y el Rey cuyo reino avanza por medio del sufrimiento fiel de sus testigos.

Desde la tradición anglicana, afirmamos que la Escritura interpreta la Escritura, y que la historia de la redención culmina en Cristo, pero se extiende en el testimonio de su Iglesia. El pasaje de **Mateo 23:34–39** nos sitúa en el lamento profético de Jesús sobre Jerusalén, **una ciudad llamada a ser morada de Dios, pero marcada por el rechazo sistemático de los enviados divinos**. En este contexto, San Esteban aparece como cumplimiento histórico de las palabras de Cristo, **uno de aquellos "profetas, sabios y escribas" enviados, perseguido y muerto, pero fiel hasta el fin**.

De esta manera, el evangelio en San Esteban busca unir la contemplación navideña con la teología del martirio, mostrando que la gloria de la Encarnación no puede separarse del costo del discipulado, pues desde el Antiguo Testamento el pueblo de Dios ha sido llamado a caminar en fidelidad en medio de la oposición y el sufrimiento. Los profetas, desde Moisés hasta Isaías y Jeremías, anunciaron la Palabra del Señor a costa de rechazo, exilio y persecución, **prefigurando el camino que culmina en Cristo, el Siervo sufriente prometido, cuya venida celebramos en la Navidad**. La Iglesia primitiva reconoció en esta continuidad histórica el designio redentor de Dios, y, siguiendo el ejemplo de San Esteban y de tantos mártires,

confesó que la Encarnación no es solo revelación de la cercanía divina, sino también convocatoria a una obediencia que puede exigir la entrega de la propia vida. Así, el testimonio fiel ante la persecución se convierte en una predicación viva para la Iglesia contemporánea, recordándole que adorar al Verbo hecho carne implica asumir, con esperanza y perseverancia, el llamado a dar razón de la fe en medio de un mundo que aún resiste la luz, confiando en que el mismo Dios que sostuvo a los justos de antaño y a los primeros cristianos continúa fortaleciendo hoy a su pueblo para permanecer firme en el amor y la verdad de Cristo.

1. Cristo, el Enviador de Testigos y Profetas (Mt 23:34). **34** Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad.

El Señor declara con solemnidad profética: "Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas". El texto griego dice: **διὰ τοῦτο ἰδοὺ ἐγὼ ἀποστέλλω** (*dià toûto idoù egō apostéllō*), "por esto, he aquí, yo envío". La conjunción **διὰ τοῦτο** (*dià toûto*, "por esta razón") enlaza esta afirmación con la denuncia precedente contra la dureza de corazón de Jerusalén y sus dirigentes. No es una frase aislada, sino la conclusión lógica de una historia de resistencia persistente a la revelación divina.

El verbo **ἀποστέλλω** (*apostéllō*, "enviar con autoridad, comisionar") posee un profundo trasfondo veterotestamentario. En la Septuaginta se utiliza repetidamente para describir la acción soberana de Dios al enviar a sus profetas (cf. Jer 7:25: "os envié todos mis siervos los profetas"). Jesús adopta ahora ese mismo lenguaje en primera persona: **"yo envío"**. No dice "Dios enviará", sino **"yo envío"**. Con esta formulación, se coloca deliberadamente en el lugar del Señor del pacto, revelando una autoridad que trasciende la de un maestro o profeta ordinario. Aquí resuena la identidad del Hijo como el Enviado del Padre (cf. Is 61:1), quien, a su vez, se convierte en el Enviador.

Los destinatarios del envío son descritos como **προφήτας καὶ σοφοὺς καὶ γραμματεῖς** (*prophḗtas kai sophòus kai grammateîs*): "profetas, sabios y escribas". Esta tríada no es casual. "Profetas" evoca la línea histórica de hombres llamados a proclamar la palabra del Señor; "sabios" recuerda la tradición sapiencial de Israel —Proverbios, Eclesiastés— donde la sabiduría es don de Dios para instruir al pueblo en justicia; "escribas" remite a los intérpretes autorizados de la Ley, guardianes de la enseñanza. Jesús anuncia así la continuidad y superación de las instituciones del Antiguo Testamento en la comunidad mesiánica. El Reino no abolirá la revelación previa, sino que la llevará a su cumplimiento.

Sin embargo, el tono de la declaración es sombrío, "de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis… y perseguiréis de ciudad en ciudad". Los verbos griegos —**ἀποκτενεῖτε** (*apokteneîte*, "mataréis"), **σταυρώσετε** (*staurṓsete*,

"crucificaréis"), **μαστιγώσετε** (*mastigṓsete*, "azotaréis"), **διώξετε** (*diṓxete*, "perseguiréis")— anticipan el destino de los testigos del Evangelio. La historia de Israel había sido marcada por el rechazo a los enviados de Dios (cf. 2 Cr 36:15–16; Neh 9:26). Jesús interpreta ese patrón como una continuidad que alcanzará también a los mensajeros del Nuevo Pacto.

Este anuncio revela una verdad teológica de gran profundidad, **el envío de Dios no garantiza aceptación, pero sí confirma autenticidad.** La oposición no invalida la misión; la sitúa dentro del mismo drama redentor que atravesó la historia profética. Cristo, como Señor soberano, no solo conoce este desenlace, sino que lo incorpora en el despliegue de su propósito salvador.

1.1. La autoridad divina de Cristo que envía. Jesús declara: *"Por tanto, he aquí yo os envío profetas, sabios y escribas"*.

La frase **ἐγὼ ἀποστέλλω** (*egṓ apostéllō*, **"yo envío"**) concentra un peso cristológico extraordinario. En el Antiguo Testamento, el envío de profetas era prerrogativa exclusiva de Dios. "¿A quién enviaré?" (Is 6:8) es la voz del Señor en su trono. Al asumir esa función, Jesús actúa con la autoridad divina misma. No se limita a transmitir un mensaje; ejerce el señorío del Dios que comisiona.

Desde una perspectiva teológica clásica, esta afirmación armoniza con la confesión de Cristo como el Verbo eterno, consustancial al Padre. El Hijo es enviado al mundo (cf. Is 61:1; Jn 20:21), y, en la economía de la redención, participa plenamente en la obra divina de llamar y comisionar. Así, el envío de testigos no es mera estrategia misionera, sino extensión de la misión trinitaria.

El libro de los Hechos ofrece ejemplos concretos del cumplimiento de esta palabra. Esteban, lleno de gracia y poder (Hch 6–7), encarna al "sabio" y "profeta" enviado por Cristo. Su discurso recorre la historia de Israel mostrando la fidelidad constante de Dios y la resistencia reiterada del pueblo. Al ser apedreado, reproduce el patrón anunciado en Mateo 23:34 y confirma que la misión cristiana participa del sufrimiento del Siervo prometido en Isaías 53.

El envío implica, por tanto, gracia y riesgo. Cristo no oculta el costo del discipulado; lo enmarca dentro de la fidelidad al Dios que envía. La persecución no es accidente histórico, sino consecuencia de la confrontación entre la verdad revelada y el corazón endurecido. Sin embargo, esta realidad no debe interpretarse como derrota, sino como participación en la continuidad profética del pueblo de Dios.

En consecuencia, la Iglesia reconoce que su vocación brota de la autoridad soberana del Señor resucitado. Ser enviados por Cristo significa hablar en su nombre, vivir bajo su señorío y perseverar aun cuando el testimonio despierte oposición. Así como los antiguos profetas fueron sostenidos por la palabra que proclamaban, también la

comunidad cristiana halla su fortaleza en aquel que la envía. La misión nace de su autoridad, se sostiene en su gracia y culmina en la vindicación que Él mismo promete a sus fieles.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco que mi vocación cristiana nace del envío soberano de Cristo y no de una iniciativa meramente personal o institucional?
- ¿Acepto que ser enviado por Cristo implica hablar su verdad aun cuando sea incómoda o costosa?

Aplicación práctica:

- Dedicar tiempo semanal a la lectura orante de los Evangelios, discerniendo cómo Cristo sigue enviando a su Iglesia hoy.
- Asumir conscientemente una responsabilidad concreta en la comunidad cristiana (catequesis, servicio social, intercesión), entendiendo que todo servicio es participación en la misión de Cristo.

2. El Rechazo Persistente del Corazón Humano (Mt 23:35–36). **35** para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. **36** De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

Las palabras de nuestro Señor adquieren aquí una densidad histórica y escatológica que abarca toda la economía de la revelación. Jesús declara que vendrá sobre sus oyentes "toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra". El texto griego utiliza la expresión **πᾶν αἷμα δίκαιον** (*pan haîma díkaion*), "toda sangre justa", subrayando no solo la cantidad, sino la cualidad moral de aquellos que han sido asesinados. *Δίκαιος* (*díkaios*) designa al que vive conforme a la voluntad de Dios; no se trata simplemente de víctimas inocentes, sino de testigos fieles cuya vida reflejaba la justicia divina.

Jesús establece un arco que va "desde la sangre de Abel el justo" —**ἀπὸ τοῦ αἵματος Ἄβελ τοῦ δικαίου** (*apò toû haímatos Ábel toû dikaíou*)— hasta "la sangre de Zacarías hijo de Berequías". Con esta fórmula, el Señor recorre simbólicamente toda la Escritura hebrea, que en el canon judío comienza con Génesis y concluye con Crónicas. Abel (Gn 4) representa el primer justo asesinado por la violencia fratricida nacida del pecado; Zacarías (2 Cr 24:20–22) fue muerto "entre el templo y el altar" —**μεταξὺ τοῦ ναοῦ καὶ τοῦ θυσιαστηρίου** (*metaxý toû naoû kai toû thysiastēríou*)— en el mismo ámbito destinado a la adoración. El lugar sagrado se convierte en escenario de derramamiento de sangre, revelando la profundidad de la corrupción espiritual.

La referencia a Abel remite a los orígenes del conflicto entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente (Gn 3:15). Su sangre "clama desde la tierra" (Gn 4:10), anticipando el tema bíblico de la sangre que demanda justicia. La mención de Zacarías, por su parte, recuerda cómo el pueblo rechazó al profeta que lo exhortaba a volver al Señor. Así, Jesús muestra que el rechazo a los enviados de Dios no es un fenómeno aislado, sino una constante histórica que revela la inclinación del corazón humano hacia la resistencia y la autosuficiencia.

El versículo 36 intensifica la advertencia, **ἀμὴν λέγω ὑμῖν** (*amēn légō hymin*), "de cierto os digo", fórmula solemne que introduce una declaración de autoridad irrevocable. "Todo esto vendrá sobre esta generación" —**ἥξει ταῦτα πάντα ἐπὶ τὴν γενεὰν ταύτην** (*hḗxei taûta pánta epì tḕn geneàn taútēn*). *Γενεά* (*geneá*) no se limita a un grupo cronológico; puede designar una estirpe caracterizada por una disposición espiritual. Jesús señala la culminación de un proceso histórico, la acumulación de rechazo alcanza su punto crítico en la confrontación con el Mesías mismo.

No se trata de un arrebato emocional, sino de un pronunciamiento judicial coherente con la teología del pacto. El Antiguo Testamento había advertido que la persistente desobediencia traería consecuencias (Dt 28). La paciencia divina, reiteradamente manifestada en el envío de profetas (Jer 7:25), no anula la justicia. El juicio anunciado es, por tanto, la confirmación de que despreciar la gracia tiene efectos reales en la historia.

2.1. La violencia contra los justos como síntoma evidente del pecado.

Al evocar la sangre derramada "desde Abel hasta Zacarías", Jesús revela que la persecución del justo no es un accidente circunstancial, sino un síntoma profundo de la condición caída. El asesinato de Abel manifiesta la envidia y el odio que brotan del corazón no regenerado; la muerte de Zacarías en el templo muestra cómo la religiosidad puede degenerar en hostilidad contra la verdad. El conflicto no es meramente social, sino espiritual, **la justicia de Dios confronta el orgullo humano**.

Este patrón continúa en el Nuevo Testamento. Esteban, lleno del Espíritu Santo (Hch 7:55), es incorporado a esta línea de testigos fieles. Su discurso recapitula la historia de Israel y denuncia la resistencia constante a los enviados de Dios. Al ser apedreado, repite la experiencia de los profetas y confirma las palabras de Cristo. La violencia ejercida contra él no es señal de debilidad del Evangelio, sino evidencia de su poder confrontador.

La teología cristiana reconoce aquí la realidad del pecado original, cuya corrupción afecta no solo al individuo, sino también a estructuras religiosas y sociales. Israel,

aun siendo depositario de la Ley y las promesas, cayó repetidas veces en formalismo y dureza de corazón (Is 29:13). Esta advertencia no se limita al pasado; interpela a toda comunidad que presume cercanía a la revelación divina.

La persecución de los justos suele brotar de un celo que ha perdido su orientación hacia la conversión interior. Cuando la piedad se desvincula del arrepentimiento y del amor, puede transformarse en instrumento de exclusión. Jesús desenmascara esa dinámica no para deleitarse en la condena, sino para llamar al reconocimiento del pecado y a la renovación del corazón.

Pastoralmente, este pasaje exhorta a la Iglesia a examinarse con sobriedad. La continuidad histórica del rechazo a los profetas advierte contra la autosuficiencia espiritual. El mismo Señor que envía testigos también juzga la resistencia obstinada a su palabra. Reconocer esta verdad no conduce al desaliento, sino a la humildad vigilante, **escuchar la voz de Dios hoy, acoger su corrección y perseverar en fidelidad, aun cuando el testimonio implique oposición.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿De qué maneras puedo resistir la voz de Dios cuando confronta mis "seguridades" religiosas o morales?
- ¿Estoy dispuesto a examinar críticamente mis tradiciones a la luz del Evangelio?

Aplicación práctica:

- Practicar un examen de conciencia regular, especialmente antes de la Eucaristía, pidiendo al Espíritu Santo luz para reconocer resistencias internas a la verdad.
- Fomentar espacios de escucha y diálogo en la parroquia, donde la Palabra de Dios pueda corregir actitudes de dureza o autosuficiencia espiritual.

3. El Lamento de Cristo y la Misericordia Rechazada (Mt 23:37–39). **"37** ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! **38** He aquí vuestra casa os es dejada desierta. **39** Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor".

El discurso alcanza aquí su momento más conmovedor. Después de las denuncias y advertencias, el Señor no concluye con una sentencia fría, sino con un lamento cargado de ternura: "¡Jerusalén, Jerusalén!". En el texto griego: **Ἰερουσαλὴμ Ἰερουσαλήμ** (*Ierousalḗm Ierousalḗm*). La repetición del nombre expresa intensidad afectiva, como en los llamados divinos del Antiguo Testamento,

"¡Abraham, Abraham!" (Gn 22:11), "¡Moisés, Moisés!" (Ex 3:4), "¡Samuel, Samuel!" (1 S 3:10). No es un reproche distante, sino la voz del Dios del pacto que se dirige con dolor a su ciudad escogida.

Jesús la describe como la que "mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados". El verbo **ἀποκτείνουσα** (*apokteínousa*, "matando") y **λιθοβολοῦσα** (*lithoboloûsa*, "apedreando") señalan una acción característica y reiterada. Jerusalén, llamada a ser centro de la adoración verdadera (Sal 122), se ha convertido en lugar de resistencia a la palabra divina. La ciudad del templo es también la ciudad que rechaza a los mensajeros del Señor, cumpliendo la amarga constatación de Jeremías (Jer 7:25–26).

El corazón del lamento se expresa en la frase: "¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos!". El griego emplea **ποσάκις ἠθέλησα** (*posákis ēthélēsa*), "¡cuántas veces he deseado!". El verbo *θέλω* (*thélō*) indica voluntad deliberada, deseo profundo y persistente. Cristo revela aquí su intención reiterada de reunir y proteger. La imagen que sigue —"como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas"— evoca con fuerza el lenguaje del Antiguo Testamento. El salmista clama: "Escóndeme bajo la sombra de tus alas" (Sal 17:8); "¡Cuán preciosa es tu misericordia! Los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas" (Sal 36:7); "Con sus plumas te cubrirá" (Sal 91:4). En estos textos, las alas simbolizan protección, fidelidad y cercanía paternal. Jesús aplica a sí mismo una imagen que en la Escritura pertenece a Dios, revelando nuevamente su identidad divina.

La tragedia se concentra en la cláusula final: **καὶ οὐκ ἠθελήσατε** (*kai ouk ēthelḗsate*), "y no quisisteis". El rechazo no se debe a falta de oferta, sino a resistencia voluntaria. El amor se ofrece; la gracia llama; la ciudad rehúsa. Aquí se manifiesta el misterio de la libertad humana enfrentada a la misericordia divina.

El versículo 38 declara: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta". **ἰδοὺ ἀφίεται ὑμῖν ὁ οἶκος ὑμῶν ἔρημος** (*idoù aphíetai hymin ho oîkos hymōn érēmos*). *Ἔρημος* (*érēmos*) significa desolado, abandonado. "Vuestra casa" puede aludir al templo, centro del culto, pero también a la ciudad misma como sede de la presencia divina. La frase recuerda las advertencias de Jeremías sobre la desolación del santuario (Jer 22:5). La ausencia de Dios no es capricho, sino consecuencia del rechazo persistente.

Sin embargo, el pasaje concluye con una nota abierta a la esperanza, "No me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor". La cita procede del Salmo 118:26, salmo mesiánico entonado en las peregrinaciones a Jerusalén. El reconocimiento futuro del "que viene" —**ὁ ἐρχόμενος** (*ho erchómenos*)— señala que el juicio no es la última palabra. Aun en la desolación, permanece la posibilidad de confesión y restauración. La misericordia herida no deja de ofrecer reconciliación.

3.1. El corazón pastoral del Señor.

El clímax del pasaje no reside en la advertencia judicial, sino en el lamento amoroso que la precede. Cristo no se complace en la ruina; su deseo es reunir, proteger y dar vida. Esta actitud armoniza con la revelación veterotestamentaria del carácter divino, "¿Quiero yo la muerte del impío?… ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?" (Ez 18:23; cf. 33:11). El juicio es real, pero nunca es el primer impulso del corazón de Dios; es la respuesta necesaria ante la obstinación prolongada.

La imagen de las alas no solo expresa protección, sino intimidad. Bajo las alas del Altísimo hay refugio, alimento y calor. Jesús se presenta como el verdadero lugar de amparo, cumplimiento de las promesas del pacto. En Él, la presencia divina ya no se limita al templo de piedra, sino que se encarna en una persona viva que llama a la comunión.

Este mismo espíritu se refleja en Esteban, quien al ser apedreado ora, "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (Hch 7:60), eco directo de la intercesión de Cristo en la cruz (Lc 23:34). El discípulo participa del corazón de su Maestro. La violencia no genera resentimiento, sino súplica misericordiosa. Así se confirma que el testimonio cristiano, aun en medio del sufrimiento, reproduce el amor redentor del Señor.

En la luz de la Encarnación, este lamento adquiere profundidad adicional. El Verbo hecho carne (Jn 1:14) vino como "luz en las tinieblas" (Jn 1:5), pero "los suyos no le recibieron" (Jn 1:11). La Navidad proclama una gracia ofrecida libremente, jamás impuesta. El Dios que invita —"Escoge, pues, la vida" (Dt 30:19)— respeta la respuesta humana, aun cuando esta sea negativa.

Por ello, el lamento de Cristo continúa resonando como llamado urgente y compasivo. No es simple memoria histórica, sino apelación viva. El Señor que lloró sobre Jerusalén sigue extendiendo sus alas sobre quienes desean refugiarse en Él. La misericordia permanece abierta; la invitación no ha sido revocada. Acoger al que viene en el nombre del Señor es entrar en la comunión restaurada que Él, con amor persistente, sigue ofreciendo.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Permito que Cristo me reúna bajo su cuidado, o persisto en una fe distante y autosuficiente?
- ¿Soy capaz de responder al rechazo o a la hostilidad con oración y misericordia?

Aplicación práctica:

- Comprometerse a orar explícitamente por personas o grupos con quienes exista conflicto, pidiendo un corazón semejante al de Cristo.
- Practicar gestos concretos de reconciliación: una conversación pendiente, una palabra de perdón, una obra de misericordia hacia quien resulta difícil amar.

Conclusión:

En la fiesta de San Esteban, la Iglesia nos conduce del pesebre al martirio, de la ternura de Belén a la dureza del testimonio fiel. La liturgia nos enseña que la Navidad no es únicamente contemplación serena, sino también revelación exigente. El Niño envuelto en pañales es el mismo Señor que denuncia la hipocresía, que anuncia el juicio con lágrimas en los ojos y que lamenta sobre Jerusalén con un amor herido pero perseverante. En Él se unen inseparablemente la mansedumbre del Cordero y la autoridad del Juez; la compasión que quiere reunir bajo sus alas y la santidad que no puede ignorar el rechazo obstinado.

A la luz de Mateo 23:34–39, comprendemos que la historia de la salvación avanza en la tensión entre la gracia que llama y la libertad que responde —o rehúsa responder—. Dios envía profetas, sabios y escribas; el Hijo mismo se acerca a su ciudad; la misericordia se ofrece reiteradamente. Sin embargo, la resistencia humana puede convertir el lugar del encuentro en escenario de violencia. La "casa" llamada a ser morada de la presencia divina queda desierta cuando se cierra al Visitante. Con todo, incluso en la desolación resuena una promesa, **llegará el día en que se proclamará con verdad plena: "Bendito el que viene en el nombre del Señor"**. El juicio no extingue la esperanza; la disciplina divina no cancela su fidelidad.

San Esteban aparece así como fruto maduro de la Encarnación y como espejo del corazón pastoral de Cristo. Enviado, como los profetas antiguos, anuncia con valentía al Justo; rechazado y apedreado, reproduce la intercesión de su Maestro. Su martirio no es derrota, sino participación en la vida del Resucitado; no es silencio impuesto, sino proclamación suprema de la verdad. En él contemplamos la respuesta fiel a la misericordia, **una fe que sirve con sabiduría, que confiesa con claridad, que sufre sin claudicar y que perdona sin reservas.** La sangre del mártir se convierte en semilla porque está unida al amor que brota del costado de Cristo.

La Navidad, celebrada bajo el signo de Esteban, nos invita a superar una piedad meramente sentimental. Adorar al Verbo hecho carne implica acoger su palabra, permanecer bajo sus alas y aceptar que su luz desenmascara nuestras sombras. El mismo Señor que desea reunirnos respeta nuestra libertad; no fuerza la puerta del corazón, pero no deja de llamar. La verdadera alegría navideña nace cuando respondemos con obediencia confiada al amor que nos precede.

Que, reunidos bajo las alas del Salvador, aprendamos a vivir como testigos fieles en medio de una cultura que a veces resiste la verdad. Que nuestra vida, sostenida por la esperanza de la gloria, proclame con obras y palabras que la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no prevalecen contra ella. Y que, perseverando hasta el fin, podamos unir nuestra voz a la de la Iglesia triunfante y confesar con gozo pleno: "Bendito el que viene en el nombre del Señor".

"Ochenta y seis años le he servido, y ningún mal me ha hecho; ¿cómo puedo blasfemar contra mi Rey y Salvador?" — San Policarpo de Esmirna, *Martirio de Policarpo* 9.3

Estación de Navidad

San Juan, Apóstol y Evangelista
(27 de diciembre)



Juan 21:19-25

CAMINAR EN LA LUZ DEL VERBO ENCARNADO
DEVOCIÓN PARA LA FIESTA DE SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA

(27 DE DICIEMBRE)

Oración inicial:

Oh Dios eterno y lleno de luz, que en estos días santos nos has concedido contemplar la manifestación de tu Verbo hecho carne, inclina nuestros corazones al recogimiento reverente, para que, siguiendo el testimonio del Apóstol amado, seamos conducidos desde la fe hasta la visión, desde el amor hasta la comunión perfecta contigo; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Colecta del día:

MISERICORDIOSO Señor, te suplicamos que derrames sobre tu Iglesia los brillantes rayos de tu luz, para que, siendo iluminada con la doctrina de tu bendito Apóstol y Evangelista San Juan, **camine de tal modo a la luz de tu verdad, que finalmente alcance la vida celestial**; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Iglesia, aún envuelta en el resplandor del misterio de la Encarnación, celebra a San Juan, el discípulo amado, aquel que reclinó su cabeza sobre el pecho del Señor y penetró, más que ningún otro, en el misterio del Verbo hecho carne. No abandonamos el pesebre al honrar a Juan; por el contrario, somos conducidos al sentido más profundo de lo que allí contemplamos. La Colecta del día expresa con claridad esta orientación espiritual, pedimos al **Señor misericordioso** que derrame sobre su Iglesia los brillantes rayos de su luz, para que, iluminada por la doctrina de su bendito Apóstol y Evangelista, camine en la verdad hasta alcanzar la vida celestial.

La oración comienza reconociendo la misericordia divina. Toda verdadera iluminación procede de Dios. No es el ingenio humano el que descubre el misterio, sino la gracia la que lo revela. Esta petición está en plena sintonía con el prólogo del Evangelio según San Juan, **la Luz verdadera ha venido al mundo, y su venida es iniciativa soberana del amor divino**.

En la Navidad celebramos precisamente ese descenso luminoso. El Hijo eterno no solo comunica enseñanzas; Él mismo es la luz. Y esa luz, como enseña la Primera Epístola de Juan, no es una metáfora vacía, sino una realidad moral y relacional, "**Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él**" (1 Jn 1:5). Pedir que los "brillantes rayos" sean derramados sobre la Iglesia es suplicar que participemos de la misma claridad que procede del ser de Dios.

La Epístola del día (1 Jn 1:1–10) nos sitúa ante el fundamento histórico y tangible de la fe cristiana, "**Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos acerca del Verbo de vida…**". Juan insiste en la experiencia concreta. La Encarnación no es una idea sublime, sino un acontecimiento real. El Verbo fue oído, visto y tocado.

La Iglesia es iluminada "con la doctrina" de San Juan porque esa doctrina brota del testimonio directo. No es especulación tardía, sino anuncio apostólico. En la Navidad confesamos que el Hijo eterno asumió carne verdadera; en Juan aprendemos que esta verdad exige comunión, "**para que también vosotros tengáis comunión con nosotros**; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1:3).

La luz recibida crea comunión. No se trata de un conocimiento aislado, sino de una participación en la vida divina que vincula a la Iglesia en una misma fe y amor.

La Colecta no se limita a pedir iluminación intelectual; pide que, siendo iluminados, "**caminemos a la luz de tu verdad**". Aquí se manifiesta el carácter ético del cristianismo joánico. Para Juan, conocer a Dios y andar en su luz son realidades inseparables. "**Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos**" (1 Jn 1:6).

La Navidad, por tanto, no es simple contemplación estética del misterio, sino transformación del caminar diario. La luz que brilló en Belén debe reflejarse en nuestra conducta, **en la sinceridad del arrepentimiento, en la confesión humilde de nuestros pecados, en la práctica del amor fraternal**. "Si andamos en luz… la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Jn 1:7). La vida cristiana es peregrinación de creciente santidad sostenida por la gracia purificadora.

El Evangelio del día (Jn 21:19–25) nos muestra a Juan en el horizonte del discipulado perseverante. Después de anunciar el martirio de Pedro, Jesús declara acerca del discípulo amado, "**Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?**". Más allá de interpretaciones históricas, el pasaje subraya la vocación particular de Juan, **permanecer como testigo fiel del Señor resucitado**.

La tradición lo presenta no como mártir de sangre, sino como mártir de amor perseverante, guardián del testimonio apostólico hasta avanzada edad. Él es quien "**da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero**" (Jn 21:24). Su permanencia simboliza la continuidad de la Iglesia, iluminada por la palabra apostólica mientras espera la venida gloriosa de Cristo.

Así comprendemos el último movimiento de la Colecta: **alcanzar la vida celestial**. La iluminación presente está ordenada a la visión futura. Caminamos ahora por fe en la luz revelada; un día contemplaremos esa luz sin velo. La comunión anunciada en la Epístola se consumará en la gloria.

En el marco gozoso de la Navidad, la fiesta de San Juan nos recuerda que la Encarnación no se agota en la celebración litúrgica. Se convierte en testimonio, en doctrina transmitida fielmente, en comunión eclesial, en caminar moral coherente y en esperanza escatológica.

Juan, el discípulo amado, nos enseña que la cercanía al corazón de Cristo no es privilegio reservado a unos pocos, sino vocación de toda la Iglesia. Reclinarse sobre el pecho del Señor significa escuchar su palabra, recibir su luz y dejar que esa luz transforme nuestra vida.

Pidamos, pues, que el Señor misericordioso derrame sobre nosotros los rayos de su claridad divina. Que iluminados por el testimonio del Apóstol, caminemos en sinceridad, confesando nuestros pecados, amándonos unos a otros y perseverando en la verdad. Y que la luz que ahora guía nuestros pasos en la fe se convierta finalmente en visión eterna, cuando participemos plenamente de la vida celestial en la presencia del Verbo de vida, a quien sea la gloria por los siglos. Amén.

Lectura orante de la Palabra:

En la **Epístola (1 Juan 1:1-10)**, el Apóstol proclama con solemnidad que la vida eterna ha sido manifestada de manera tangible en Jesucristo. La fe cristiana no descansa en ideas ocultas, sino en una revelación histórica y encarnada. Caminar en la luz implica vivir en comunión con Dios y con los hermanos, reconociendo humildemente el pecado y confiando en la fidelidad de Dios que perdona y purifica. La luz no niega nuestra fragilidad, sino que la sana mediante la verdad.

En el **Evangelio (Juan 21:19-25)**, contemplamos al discípulo amado como testigo fiel. Su vocación no es compararse con otros, sino **permanecer** en el llamado recibido, dar testimonio verdadero de Cristo. En el contexto pascual y navideño a la vez, San Juan señala que la vida del discípulo está definida por la obediencia a Cristo y por la misión de dar testimonio de aquel que es el centro de toda la historia. La luz encarnada continúa resplandeciendo a través del testimonio fiel de quienes le siguen.

Preguntas para reflexionar:

1. ¿En qué áreas de mi vida necesito hoy que el Señor derrame nuevamente los brillantes rayos de su luz? ¿Mi conciencia me muestra algo que debo exponer a la luz del evangelio?

2. ¿Cómo puedo discernir si realmente estoy caminando a la luz de la verdad y no solo hablando de ella? ¿Qué me dicen mis hábitos, conversación, acciones y prioridades?
3. ¿Vivo mi fe con la esperanza viva de alcanzar la vida celestial o me conformo con una visión limitada del presente?
4. ¿Qué significa en mi vida concreta caminar en la luz, confesando mis pecados y viviendo en comunión?
5. ¿Estoy dispuesto a dar testimonio fiel de Cristo, aceptando el llamado particular que Él me ha dado sin compararme con otros?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:** Buscar diariamente la iluminación de Dios mediante la oración y la doctrina apostólica, reconociendo que solo su luz guía con verdad.
2. **Desde la Epístola:** Practicar una vida de sinceridad delante de Dios, confesando el pecado y confiando plenamente en su misericordia purificadora.
3. **Desde el Evangelio:** Vivir con fidelidad la vocación recibida, dando testimonio humilde y constante de Cristo en palabra y obra.

Oración final:

Señor Jesucristo, Verbo eterno hecho carne, luz verdadera que alumbra a todo hombre, te damos gracias por el testimonio fiel de tu Apóstol San Juan. Ilumina a tu Iglesia con tu verdad, concédenos caminar en tu luz con corazones sinceros y obedientes, y guíanos, por la gracia de tu Espíritu, hasta la plenitud de la vida celestial, donde tú vives y reinas con el Padre, por los siglos de los siglos.

Amén.

PERMANECER HASTA QUE ÉL VENGA: EL TESTIMONIO DEL DISCÍPULO AMADO EN LA LUZ DE LA NAVIDAD
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA

(27 DE DICIEMBRE)

"Juan, el discípulo del Señor, aquel que reposó sobre su pecho, publicó también el Evangelio, mientras habitaba en Éfeso de Asia." — *San Ireneo de Lyon, Contra las Herejías, III, 1, 1*

"**19** Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme. **20** Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? **21** Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de este? **22** Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. **23** Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? **24** Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. **25** Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén" (Juan 21:19-25).

Introducción:

En el resplandor aún reciente de la Natividad, cuando la Iglesia proclama con asombro que el Verbo eterno "habitó entre nosotros" (Jn 1:14), la celebración de San Juan, Apóstol y Evangelista, nos conduce a una contemplación más profunda del misterio navideño. Si el día de la Natividad fija nuestra mirada en el pesebre, el 27 de diciembre la orienta hacia el corazón mismo de aquel que allí yace. No abandonamos Belén; penetramos en su significado.

La tradición antigua, recogida por Ireneo de Lyon, presenta a Juan como el discípulo que reposó sobre el pecho del Señor y, desde esa intimidad, transmitió a la Iglesia el Evangelio. Esa imagen no es una simple nota afectiva; es símbolo teológico. Quien reclina su cabeza sobre el corazón de Cristo escucha los latidos del amor eterno y aprende a discernir el sentido de la historia. La Navidad no es únicamente el nacimiento de un niño; es la irrupción definitiva de la vida divina en la carne humana. Y Juan es el testigo privilegiado de esa revelación.

El pasaje de Juan 21:19–25, proclamado en este día, se sitúa al final del Evangelio. No es un apéndice accidental, sino una conclusión cargada de significado eclesial. Allí, junto al lago, el Señor resucitado confirma la vocación de Pedro y, al mismo tiempo, esclarece el destino del discípulo amado. En pocas frases, se delinean dos

formas de glorificar a Dios, **el martirio visible y la perseverancia prolongada**; la sangre derramada y la memoria custodiada; el testimonio sellado en la muerte y el testimonio extendido en la permanencia.

En el diálogo con Pedro, Jesús revela que el discipulado no es uniforme. "Sígueme" y "permanezca" no son opciones rivales, sino expresiones complementarias de una misma obediencia. La Iglesia nace de esta diversidad armonizada por la voluntad soberana del Señor. Así, el Evangelio nos enseña que la unidad cristiana no depende de trayectorias idénticas, sino de la común adhesión a Cristo.

Desde la tradición anglicana, entendemos que la Navidad no solo anuncia la venida histórica del Hijo de Dios, sino que modela la vida de quienes le pertenecen. El Verbo que se hizo carne continúa habitando en su Iglesia por medio de la Palabra proclamada y los sacramentos fielmente administrados. En ese contexto, San Juan aparece como figura paradigmática del discípulo que permanece, **aquel cuya larga fidelidad se convierte en puente entre la generación apostólica y las comunidades futuras**.

Celebrar a San Juan en la Navidad es, por tanto, afirmar que la Encarnación exige testigos. El Niño de Belén es el mismo Señor que llama a seguirle hasta la muerte o a permanecer hasta su venida. En ambos casos, la existencia del discípulo se convierte en prolongación histórica del misterio navideño. Permanecer hasta que Él venga es vivir de tal manera que la luz encendida en la Natividad no se extinga, sino que sea transmitida, con verdad y amor, hasta el día en que el Verbo encarnado sea visto en gloria.

1. "Con esto dio a entender con qué muerte había de glorificar a Dios" (Jn 21:19). "**19** Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.

El evangelista introduce la palabra del Señor con una nota interpretativa de notable densidad teológica. *"Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios"*. El verbo griego que emplea es **σημαίνων** (*sēmaínōn*), participio de *σημαίνω*, que significa "indicar", "señalar con un signo", "dar a entender de manera significativa". No se trata de una simple predicción, sino de una revelación que confiere sentido. Jesús no solo anuncia el destino de Pedro; lo interpreta a la luz del designio divino.

La expresión central es aún más profunda: **ποίῳ θανάτῳ δοξάσει τὸν Θεόν** (*poiō thanátō doxásei ton Theón*), literalmente, "con qué clase de muerte glorificará a Dios". El verbo **δοξάζω** (*doxázō*) —"glorificar"— está en futuro activo, indicando que la muerte del apóstol será, paradójicamente, un acto de glorificación. En el Evangelio según San Juan, este verbo ocupa un lugar decisivo, la "gloria" del Hijo se manifiesta de manera suprema en la cruz (cf. Jn 12:23; 13:31). Así, el destino de

Pedro queda configurado según el modelo de su Señor, la entrega obediente se convierte en epifanía de la gloria divina.

Este lenguaje hunde sus raíces en el Antiguo Testamento. La gloria del Señor —כָּבוֹד (*kābôd*)— no designa solo esplendor, sino el peso real de su presencia fiel en la historia. En el Éxodo, la gloria llena el tabernáculo (Ex 40:34); en los Salmos, la vida del justo proclama la grandeza de Dios incluso en medio de la aflicción (Sal 22; 34). De modo singular, el cuarto cántico del Siervo en Isaías 52:13–53:12 presenta una paradoja semejante, **el Siervo "será exaltado y puesto muy en alto", pero su exaltación pasa por el sufrimiento vicario**. En esa economía redentora, la obediencia en medio del dolor no contradice la gloria, sino que la manifiesta.

Cuando el Resucitado añade el imperativo **ἀκολούθει μοι** (*akoloúthei moi*), "Sígueme", emplea un presente imperativo que sugiere continuidad, "sigue siguiéndome". El llamado no es nuevo, pero ahora adquiere una profundidad pascual. Pedro, que en otro tiempo temió ante una criada, es invitado a un seguimiento que culminará en la entrega total. La restauración junto al lago (Jn 21:15–17) desemboca en una vocación renovada, **el amor confesado se traduce en fidelidad perseverante**.

Desde la perspectiva veterotestamentaria, este llamado recuerda la palabra dirigida a Abraham, "Anda delante de mí" (Gn 17:1), y la exhortación a Israel a caminar en los caminos del Señor (Dt 10:12). Caminar tras Dios implica confianza radical, incluso cuando el trayecto conduce al sacrificio. En Cristo resucitado, esa senda queda iluminada definitivamente, la muerte ya no es simple juicio, sino, asumida en obediencia, participación en la victoria pascual.

Así, el texto enseña que la historia personal del discípulo no es fragmento aislado, sino parte del drama redentor. La existencia entera —incluido su término— puede convertirse en alabanza cuando se vive bajo el señorío de aquel que transforma el sufrimiento en testimonio y la fragilidad en instrumento de su gloria.

1.1. La gloria de Dios manifestada en la obediencia hasta el fin.

El anuncio acerca de Pedro revela que la vocación cristiana se orienta, en última instancia, hacia la glorificación de Dios. La muerte del apóstol no es descrita como tragedia absurda, sino como doxología encarnada. En la tradición bíblica, glorificar al Señor significa hacer visible su fidelidad en la trama concreta de la historia. Cuando Israel obedece, el nombre de Dios es honrado; cuando el justo persevera, su vida se convierte en proclamación viva de la verdad divina.

El trasfondo del Antiguo Testamento confirma esta dinámica. La obediencia de Abraham en el monte Moriah (Gn 22) anticipa la lógica del don total; la perseverancia de los mártires narrados en 2 Macabeos testimonia que la fidelidad puede

mantenerse incluso frente a la muerte. En todos estos casos, la gloria de Dios resplandece no en la ausencia de sufrimiento, sino en la constancia confiada de quienes permanecen firmes en la alianza.

En el Evangelio según San Juan, la gloria está inseparablemente unida a la cruz. Jesús declara, "**Ahora es glorificado el Hijo del Hombre**" (Jn 13:31), precisamente cuando se encamina a su pasión. La humillación se convierte en exaltación; la entrega, en revelación del amor eterno. Pedro, llamado a seguir ese mismo camino, participa de esta lógica paradójica: su fidelidad hasta el fin reflejará la gloria del Maestro.

Desde una perspectiva pastoral, este pasaje corrige las métricas superficiales con que el mundo evalúa la existencia. La duración de la vida, **la notoriedad pública o la acumulación de logros no constituyen el criterio definitivo**. El parámetro evangélico es la **obediencia sostenida por la gracia**. El discípulo es llamado a responder al imperativo de Cristo en las circunstancias concretas que le son dadas, confiando en que cada acto de fidelidad —visible u oculto— puede convertirse en alabanza.

La Navidad ilumina esta verdad con singular claridad. El Dios eterno no rehuyó nuestra condición mortal; asumió la carne y caminó hacia la cruz. La Encarnación y la Pascua forman una única economía de amor. Por ello, quien sigue al Verbo hecho carne no recorre un sendero desconocido, **es acompañado por aquel que atravesó la muerte y la venció**.

Así, la gloria de Dios se manifiesta cuando el creyente, sostenido por la esperanza pascual, persevera hasta el término de su carrera. **No descansa en la aprobación fluctuante del mundo, sino en la promesa del Señor que llamó y permanece fiel**. En esa confianza, incluso la última entrega puede transformarse en acto supremo de adoración, y la vida entera —desde el primer llamado hasta el último aliento— en reflejo de la gloria del Dios vivo.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Comprendo mi vida cristiana como una respuesta que busca glorificar a Dios en todas las circunstancias?
- ¿Estoy dispuesto a seguir a Cristo aun cuando el camino implique sacrificio y renuncia?

Aplicación práctica:

- Ofrecer conscientemente a Dios, en la oración diaria, tanto las alegrías como las dificultades, pidiendo que todo sea para su gloria.

- Practicar actos concretos de obediencia cristiana —honestidad, servicio, perseverancia en la fe— aun cuando no sean reconocidos ni fáciles.

2. "¿Qué a ti? Tú, sígueme" (Jn 21:22). **22** Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.

La respuesta de Jesús a Pedro se articula en una construcción griega de notable fuerza retórica: **τί πρὸς σέ; σὺ ἀκολούθει μοι** (*tí pros sé? sy akoloúthei moi*). La primera expresión, literalmente "¿qué [es eso] para ti?", era una fórmula idiomática que delimitaba responsabilidades y redirigía la atención al propio deber. No es desdén, sino clarificación. Cristo no satisface la curiosidad comparativa del apóstol; lo reconduce al centro de su vocación.

El contexto inmediato incluye otra cláusula significativa: **ἐὰν αὐτὸν θέλω μένειν ἕως ἔρχομαι** (*ean autón thélō ménein héōs érchomai*), "si quiero que él permanezca hasta que yo venga". El verbo **θέλω** (*thélō*) subraya la soberanía de la voluntad divina; **μένειν** (*ménein*), "permanecer", es término clave en la teología joánica (cf. Jn 15:4–7), evocando estabilidad, fidelidad y comunión duradera. La hipotética permanencia del discípulo amado no se presenta como privilegio competitivo, sino como posibilidad inscrita en la libertad del Señor.

En continuidad con el Antiguo Testamento, esta escena refleja la manera en que Dios llama y envía de forma singular. Abraham recibe la orden, "Vete de tu tierra" (Gn 12:1), sin conocer el itinerario de otros. Moisés es enviado a Faraón (Ex 3:10), mientras Aarón cumple una función complementaria. Jeremías escucha, "Antes que te formase… te conocí" (Jer 1:5). La economía del pacto no uniforma las vocaciones; las armoniza bajo una misma fidelidad. Así también en el cuerpo de Israel, distintos oficios, una sola alianza; diversos carismas, un mismo Señor.

La pregunta de Pedro manifiesta una inclinación persistente del corazón humano, comparar destinos, medir trayectorias, interpretar el propio llamado a la luz del ajeno. Sin embargo, la pedagogía de Cristo desmonta esa lógica. El discipulado no se define por la simetría de experiencias, sino por la obediencia personal al mandato recibido. La unidad de la Iglesia no descansa en la homogeneidad de recorridos, sino en la común adhesión al Señor que llama.

El imperativo **ἀκολούθει** (*akoloúthei*), en presente continuo, reafirma la dimensión perseverante del seguimiento. Jesús no invita a especular sobre el futuro de otros, sino a caminar tras Él en el presente concreto. La escena corrige la ansiedad comparativa y afirma la libertad soberana de Dios, quien distribuye tiempos y misiones según su sabiduría perfecta. En esa libertad, cada discípulo encuentra su lugar sin rivalidad ni inseguridad.

2.1. La singularidad del llamado y la libertad del seguimiento

El diálogo entre Jesús y Pedro ilumina una verdad espiritual de gran alcance, **la vocación cristiana es personal, pero no aislada**; singular, aunque integrada en la comunión de la Iglesia. El discípulo amado es presentado como aquel que "permanece" —**μένειν** (*ménein*)— categoría central en la espiritualidad joánica. Permanecer no significa inactividad, sino estabilidad en el amor de Cristo (Jn 15:9–10). Pedro es llamado a seguir; Juan, a permanecer. Dos verbos, una misma fidelidad.

El trasfondo veterotestamentario refuerza esta dinámica. En el Salmo 1, el justo es como árbol plantado junto a corrientes de agua, arraigado, constante, fecundo en su tiempo. En 1 Reyes 19, Elías aprende que no todos los siervos participan del mismo modo en la obra divina; Dios conserva un remanente fiel cuya identidad no depende del reconocimiento público. La diversidad de funciones no fractura la unidad del propósito redentor.

Desde la perspectiva de la tradición anglicana, esta enseñanza encuentra expresión concreta en los medios ordinarios de gracia. El seguimiento personal se nutre de la escucha reverente de la Sagrada Escritura, donde la voz de Cristo continúa llamando; de la participación fiel en los sacramentos, especialmente la Eucaristía, donde el Señor fortalece a su pueblo; y de la oración litúrgica, que ordena el corazón según el ritmo del año cristiano. Estos medios no uniforman experiencias, pero sí orientan la vida hacia una comunión estable con Cristo.

La respuesta de Jesús preserva al discípulo de dos peligros opuestos, la inseguridad que brota de la comparación y el orgullo que surge del protagonismo. La madurez espiritual no consiste en descifrar el itinerario ajeno, sino en perseverar en el propio llamado bajo la guía del Espíritu Santo. Así, la libertad cristiana no es autonomía autosuficiente, sino confianza obediente en la voluntad del Señor.

En la estación de Navidad, cuando la Iglesia contempla al Verbo hecho carne, esta palabra adquiere resonancia particular. El Hijo eterno asumió nuestra condición sin competir con los hombres, sino cumpliendo el designio del Padre en perfecta obediencia. San Juan encarna esa libertad serena, **no busca primacía, sino permanecer en el amor**. Su testimonio enseña que la fidelidad silenciosa puede ser tan gloriosa como el martirio visible, porque ambos caminos —seguir y permanecer— convergen en la misma comunión con Cristo.

De este modo, el discípulo aprende a caminar sin comparaciones estériles, sostenido por la gracia que lo llamó. La voz que dijo "Sígueme" continúa resonando en la Iglesia, invitando a cada creyente a responder con humildad, constancia y confianza, hasta que la venida del Señor consuma toda vocación en la plenitud de su presencia.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Comparo mi camino espiritual con el de otros, perdiendo de vista el llamado personal que Cristo me hace?
- ¿Escucho la voz del Señor que me dice hoy: "Tú, sígueme"?

Aplicación práctica:

- Dedicar un tiempo semanal al silencio y la oración personal, discerniendo cómo Cristo llama a vivir el Evangelio en la propia realidad.
- Evitar juicios o comparaciones dentro de la hermandad cristiana, fomentando una actitud de respeto y apoyo mutuo en los distintos llamados.

3. El discípulo que da testimonio y permanece (Jn 21:23–25). "**23** Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? **24** Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. **25** Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén".

Al concluir el Evangelio, el texto nos sitúa ante una reflexión eclesial de gran profundidad. El rumor que se había difundido —que aquel discípulo no moriría— es cuidadosamente corregido. El evangelista escribe: **οὐκ εἶπεν αὐτῷ ὅτι οὐκ ἀποθνήσκει** (*ouk eipen autō hoti ouk apothnēskei*), "no le dijo que no muere". El verbo **ἀποθνήσκω** (*apothnēskō*) significa "morir", y su forma presente subraya la condición común de la humanidad. La aclaración preserva la fidelidad de la tradición apostólica, **la esperanza cristiana no se apoya en rumores, sino en la palabra precisa del Señor**.

Lo que Jesús había dicho fue: **ἐὰν αὐτὸν θέλω μένειν ἕως ἔρχομαι** (*ean autón thélō ménein héōs érchomai*), "si quiero que él permanezca hasta que yo venga". El verbo **μένω** (*ménō*), "permanecer", atraviesa toda la teología joánica y evoca estabilidad, continuidad y comunión. En el Antiguo Testamento, la idea de permanencia está ligada a la fidelidad al pacto, "Permaneced en mis mandamientos" (cf. Dt 11:1). Israel es exhortado a guardar la palabra recibida, transmitiéndola de generación en generación (Dt 6:6–9). Permanecer no es inmovilidad, sino constancia en la alianza.

El versículo 24 introduce una solemne afirmación testimonial: **οὗτός ἐστιν ὁ μαθητὴς ὁ μαρτυρῶν… καὶ γράψας ταῦτα** (*houtós estin ho mathētḗs ho martyrōn… kai grápsas tauta*), "este es el discípulo que da testimonio… y escribió estas cosas". El participio **μαρτυρῶν** (*martyrōn*) procede de *μαρτυρέω*, "dar testimonio", término que en la Escritura implica declaración veraz confirmada por

experiencia directa. En la tradición veterotestamentaria, el testigo fiel garantiza la verdad en medio del pueblo (Dt 19:15). Los profetas fueron, en este sentido, testigos de la palabra divina. Juan aparece como culminación de esa línea, **no transmite ideas abstractas, sino lo que ha visto y oído (cf. 1 Jn 1:1)**.

La frase **οἴδαμεν ὅτι ἀληθὴς αὐτοῦ ἡ μαρτυρία ἐστίν** (*oídamen hoti alēthḗs autoû hē martyría estín*), "sabemos que su testimonio es verdadero", introduce la voz de la comunidad. El adjetivo **ἀληθὴς** (*alēthḗs*) significa "verdadero", "conforme a la realidad". La Iglesia reconoce y confirma la autenticidad del testimonio apostólico, mostrando que la fe cristiana se edifica sobre una memoria custodiada y discernida en comunión.

El versículo final amplía el horizonte: **οὐδ᾽ αὐτὸν οἶμαι τὸν κόσμον χωρῆσαι τὰ γραφόμενα βιβλία** (*oud᾽ autón oímai ton kósmon chōrēsai ta graphómena biblía*), "ni aun el mundo mismo pienso que podría contener los libros que se escribirían". El verbo **χωρέω** (*chōréō*) significa "dar cabida", "hacer espacio". La hipérbole literaria no pretende exageración vacía, sino subrayar la sobreabundancia del misterio de Cristo. Como en 1 Reyes 8:27, donde Salomón reconoce que "los cielos no pueden contener" a Dios, así aquí el mundo resulta insuficiente para abarcar plenamente la obra del Verbo encarnado.

En la estación de la Navidad, este cierre adquiere resonancia especial. El Verbo hecho carne ha entrado en la historia, pero su grandeza desborda toda narración. La Iglesia no pretende agotar el misterio, sino custodiarlo y proclamarlo con fidelidad hasta el día de su manifestación gloriosa.

3.1. Permanecer en Cristo como vocación testimonial.

El discípulo amado es presentado no principalmente como mártir de sangre, sino como testigo perseverante. Su vida prolongada se convierte en servicio eclesial, **custodio de la memoria del Señor, transmisor de la revelación recibida**. Esta vocación encuentra su raíz en la enseñanza central del Evangelio, "Permaneced en mí" (Jn 15:4). El verbo **μένω** (*ménō*) indica una relación estable y continua, semejante a la del sarmiento unido a la vid.

En el Antiguo Testamento, la permanencia está asociada a la meditación constante de la Ley (Sal 1:2) y a la fidelidad del justo que confía en el Señor (Is 26:3). La estabilidad espiritual no surge del esfuerzo aislado, sino de la comunión sostenida con Dios. Así también en Juan, **permanecer implica habitar en la palabra, guardar los mandamientos y vivir en el amor (Jn 15:7–10)**.

El testimonio auténtico brota de esta comunión. **Μαρτυρία** (*martyría*), "testimonio", no es mera declaración doctrinal; es vida conformada por la verdad. Juan, al escribir,

prolonga su permanencia en forma de palabra inspirada. Su autoridad no descansa en prestigio humano, sino en la coherencia entre experiencia y anuncio.

Desde una perspectiva pastoral, permanecer en Cristo supone prácticas concretas: **escucha reverente de la Escritura, participación fiel en los sacramentos, oración constante y ejercicio cotidiano de la caridad**. No es pasividad contemplativa, sino obediencia activa. La estabilidad interior permite resistir la dispersión y la superficialidad que caracterizan a toda época.

En clave navideña, esta permanencia se fundamenta en la Encarnación. El Hijo de Dios ha "puesto su morada" entre nosotros (Jn 1:14), y el discípulo responde permaneciendo en Él. La reciprocidad es profunda, **Dios habita con su pueblo, y el creyente habita en Dios**. Así, el testimonio cristiano se convierte en prolongación histórica del misterio navideño.

La Iglesia contemporánea, tentada por la inmediatez y la fragmentación, necesita redescubrir esta vocación estable. El discípulo que permanece no busca protagonismo; custodia la fe recibida, la transmite con humildad y confía en que el Señor mismo hará fructificar su obra. De este modo, la vida arraigada en Cristo se convierte en proclamación silenciosa de la verdad, hasta que el misterio que ahora confesamos por fe se revele en plenitud ante toda la creación.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo mi fe como un testimonio constante o solo como momentos aislados de fervor?
- ¿Permanezco en la Palabra y en la comunión de la Iglesia como expresión de fidelidad a Cristo?

Aplicación práctica:

- Establecer una disciplina regular de lectura bíblica, especialmente del Evangelio de Juan, para profundizar en la comunión con Cristo.
- Participar activamente en la vida sacramental y comunitaria de la Iglesia, entendiendo la perseverancia como una forma concreta de testimonio.

Conclusión:

En la fiesta de San Juan, Apóstol y Evangelista, la Iglesia no solo honra la memoria de un testigo privilegiado, sino que contempla en él el rostro maduro del discipulado cristiano, **cercanía al Señor, fidelidad en el tiempo y testimonio veraz ante el mundo**. Juan 21:19–25 nos sitúa al borde del misterio, donde el seguimiento y la permanencia se entrelazan como dos expresiones de una misma obediencia nacida del amor.

La Navidad que aún celebramos no es un recuerdo piadoso de un nacimiento distante; es la proclamación de que el Verbo eterno ha entrado en nuestra historia y la ha transformado para siempre. En ese acontecimiento comienza una vida nueva, una comunión real con el Hijo de Dios que continúa en la Iglesia por medio de la fe, la Palabra y los sacramentos. El Niño de Belén es el Señor resucitado que dice: **"Sígueme"**. Y en esa sola palabra se contiene toda vocación cristiana.

Algunos glorifican a Dios mediante el martirio visible, ofreciendo su vida en un acto supremo de fidelidad; otros, como San Juan, glorifican al Señor mediante la perseverancia prolongada, custodiando la memoria apostólica, transmitiendo la verdad y sosteniendo la esperanza de la comunidad. Ambos caminos, distintos en forma pero iguales en dignidad, brotan del mismo amor y conducen a la misma gloria. No hay jerarquía de fidelidades cuando el corazón está rendido a Cristo.

El Evangelio concluye afirmando que el mundo no podría contener los libros que narrasen todas las obras de Jesús. Esa confesión nos recuerda que el misterio que adoramos es inagotable. Nuestra tarea no es agotarlo, sino habitar en él; no poseerlo, sino dejarnos poseer por su gracia. El discípulo amado permanece, y al permanecer, testimonia. Su vida se convierte en espacio donde la luz sigue brillando. En esta estación santa, somos llamados a renovar nuestro compromiso con Cristo sin comparaciones ni temores. El Señor no nos pide medir nuestro camino con el de otros, sino responder con fidelidad al llamado personal que nos dirige. Toda vida entregada a Él —ya sea marcada por pruebas intensas o por una constancia silenciosa— puede convertirse en reflejo de la luz que resplandece en las tinieblas y que las tinieblas no han podido vencer.

Que, como el discípulo amado, aprendamos a reclinar nuestra existencia sobre el corazón del Salvador, a escuchar su voz por encima del ruido del mundo y a permanecer firmes en su amor. Y que, cuando Él venga en gloria, nos halle velando, creyendo y amando, dando testimonio fiel de la Palabra hecha carne, para la vida del mundo y la gloria del Padre.

Amén.

Estación de Navidad

Los Santos Inocentes
(28 de diciembre)



Mateo 2:13-17

LA NAVIDAD HERIDA: INOCENCIA, MARTIRIO Y ESPERANZA
DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES

(28 DE DICIEMBRE)

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que en el misterio de la Encarnación revelaste tu gloria en la humildad y en la fragilidad, dispón nuestros corazones para meditar reverentemente en el testimonio de los Santos Inocentes. Concede que, iluminados por tu Palabra y fortalecidos por tu gracia, aprendamos a glorificarte con vidas puras, fieles y constantes, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

OMNIPOTENTE Dios, que por boca de los pequeñuelos y de los niños de pecho fundaste la fortaleza e hiciste que los parvulitos te glorificaran con su muerte; **Mortifica y destruye en nosotros todo género de vicios y fortalécenos con tu gracia**, para que por la inocencia de nuestras vidas, y por la constancia de nuestra fe aun hasta la muerte, glorifiquemos tu Santo Nombre; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La memoria de los Santos Inocentes, celebrada en el corazón de la Estación de Navidad, nos introduce en una tensión profundamente evangélica, **el gozo de la Encarnación convive con la realidad del pecado, la violencia y la muerte que aún hieren al mundo**. La Colecta del día nos enseña a contemplar este misterio no desde la lógica humana del poder, sino desde la sabiduría divina que se revela en la pequeñez y en la entrega silenciosa.

Cuando la oración afirma que Dios "por boca de los pequeñuelos y de los niños de pecho fundaste la fortaleza", la Iglesia confiesa que **la verdadera fuerza del Reino no procede de la espada de Herodes ni de los tronos de este mundo, sino de la fidelidad absoluta a la voluntad de Dios**. Los Santos Inocentes no proclamaron con palabras su fe, ni realizaron obras visibles; sin embargo, su muerte se convierte en testimonio, porque fueron sacrificados en rechazo de aquel que es la Vida misma. En ellos, Dios es glorificado de un modo paradójico: **no por la victoria inmediata, sino por la promesa de redención que atraviesa el sufrimiento.**

La Colecta da un giro decisivo al trasladar este misterio a la vida del creyente. No se trata únicamente de recordar a los niños mártires, sino de permitir que su testimonio obre en nosotros una transformación interior. Por eso suplicamos, "**Mortifica y**

destruye en nosotros todo género de vicios". La inocencia cristiana no es una condición natural ni una simple ausencia de culpa, sino una obra continua de la gracia que purifica el corazón, ordena los afectos y libera al alma de aquello que la esclaviza. Así como estos niños herederos de las promesas de Dios fueron sacrificados en inocencia, es decir, sin conciencia o práctica del pecado, el cristiano es llamado a ofrecer su vida entera, renunciando al pecado que se opone al Reino de Dios y procurando una vida pura cumpliendo así el llamado de Cristo, **"De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos"**.

La segunda súplica de la Colecta —"**fortalécenos con tu gracia**"— reconoce nuestra fragilidad. No podemos vivir una vida inocente ni perseverar en la fe por nuestras propias fuerzas. La gracia de Dios, manifestada en el Niño nacido en Belén, es la que nos sostiene en medio de un mundo que, como en tiempos de Herodes, muchas veces rechaza la verdad y teme la luz. En este sentido, la constancia de la fe "**aun hasta la muerte**" no es una aspiración heroica aislada, sino la consecuencia natural de una vida arraigada en Cristo.

A la luz de esta conmemoración, la Iglesia no puede permanecer indiferente ante la vulnerabilidad de los niños en todas sus etapas de vida. El testimonio de los Santos Inocentes impone un deber pastoral y profético, **proteger, defender y preservar la vida de aquellos que no pueden defenderse por sí mismos**, especialmente de los niños aún no nacidos, **cuya fragilidad clama silenciosamente ante Dios**. En un mundo hostil que con frecuencia valora la utilidad por encima de la dignidad, la Iglesia está llamada a ser voz de los sin voz y refugio de los indefensos, proclamando que toda vida humana es sagrada desde su concepción y pertenece al Señor. La Sagrada Escritura afirma este principio con claridad cuando dice, "***Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué"*** (Jeremías 1:5), recordándonos que la vida es don divino y que su custodia es una responsabilidad santa.

Las lecturas del día iluminan esta oración. El Apocalipsis nos muestra el destino final de los redimidos, aquellos que siguen al Cordero participan de su victoria y reflejan su pureza. El Evangelio, por su parte, nos recuerda que esta fidelidad se vive en medio de una historia herida, **donde el mal parece triunfar momentáneamente**. Sin embargo, la Iglesia proclama que incluso la muerte de los inocentes no es estéril, en Cristo, todo sufrimiento ofrecido en fidelidad es asumido en la obra de la salvación.

Así, la meditación de los Santos Inocentes nos llama a vivir la Navidad con compasión, pureza y sobriedad espiritual. Al contemplar al Niño Jesús preservado para cumplir su misión, y a los niños de Belén entregados sin saberlo al misterio del Reino, aprendemos que glorificar a Dios no consiste únicamente en palabras o

celebraciones externas, sino en una vida transformada por la gracia, marcada por la pureza del corazón y sostenida por una fe constante, aun en medio de la prueba.

"El Niño que nació en Belén para morir por nosotros santifica la inocencia entregada, vence la violencia del mundo con su gracia, y llama a su Iglesia a custodiar la vida y glorificar a Dios con fidelidad hasta el fin."

Lectura orante de la Palabra

La Epístola de Apocalipsis 14:1–5 presenta la visión del Cordero de pie sobre el monte de Sión, rodeado por aquellos que han sido redimidos. Estos son descritos como puros, veraces y sin mancha, siguiendo al Cordero dondequiera que va. En el contexto de los Santos Inocentes, esta imagen adquiere una profundidad especial, los pequeños mártires, aunque sin elección consciente, son contados entre los que pertenecen al Cordero. **Su pureza no es mérito propio, sino don de Dios, y su fidelidad es reflejo de la fidelidad de Cristo mismo**.

El Evangelio según san Mateo 2:13–17 nos confronta con la crudeza de la historia, **la huida a Egipto y la matanza de los niños de Belén**. La Encarnación no elimina de inmediato el mal del mundo, sino que lo enfrenta desde dentro. Jesús es preservado para cumplir su misión redentora, mientras otros mueren a causa del odio al Reino. Sin embargo, la Escritura no presenta esta tragedia como absurda, **incluso aquí se cumple la Palabra, y el llanto de Raquel se une al clamor de toda la creación que espera redención**. En medio del dolor, Dios permanece fiel a su promesa.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Estoy pidiendo a Dios de manera perseverante que mortifique y destruya los vicios que oscurecen la inocencia de mi vida cristiana?
2. **Desde la Epístola (Apocalipsis 14:1–5):** ¿Qué significa para mí seguir al Cordero "dondequiera que va", especialmente en contextos de prueba o sufrimiento?
3. **Desde el Evangelio (Mateo 2:13–17):** ¿Cómo respondo ante la realidad del mal y del dolor inocente a la luz de la Encarnación de Cristo?

Aplicaciones devocionales:

1. **Desde la Colecta:** Examinar mi vida a la luz de la gracia, buscando una inocencia restaurada por Dios, no como perfección humana, sino como fidelidad purificada.
2. **Desde la Epístola:** Renovar mi compromiso de pertenecer al Cordero, viviendo con verdad y sin doblez, aun cuando el camino implique renuncia.

3. **Desde el Evangelio:** Confiar en la providencia de Dios incluso en medio del sufrimiento injusto, sabiendo que ninguna lágrima es ajena a su redención.

Oración final:

Oh Dios omnipotente y fiel, que en la debilidad revelas tu gloria y en la inocencia manifiestas tu Reino, recibe nuestra vida como ofrenda santa. Purifícanos por tu gracia, fortalécenos en la fe, y concédenos seguir al Cordero con constancia hasta el fin, para que, unidos a los Santos Inocentes y a todos los redimidos, glorifiquemos eternamente tu Santo Nombre; por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

"Los niños que aún no podían hablar murieron por Cristo; no confesaron con palabras, sino con su sangre". **(San Agustín, *Sermón 10 sobre los Santos Inocentes*)**

BAJO EL LLANTO DE RAQUEL, NACE LA ESPERANZA DEL PACTO
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES

(28 DE DICIEMBRE)

"Estos niños murieron por Cristo sin saberlo; no fueron discípulos por elección, sino mártires por gracia**".** — *San Quodvultdeus de Cartago, Sermón sobre los Santos Inocentes (Sermo de Symbolo)*

"**13** Después que partieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. **14** Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, **15** y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo. **16** Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos. **17** Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: **18** Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron". (Mateo 2:13-18)

Introducción:

En el resplandor aún reciente de la Natividad, cuando la Iglesia proclama con gozo que el Verbo eterno asumió nuestra carne y habitó entre nosotros, la liturgia nos conduce, con sabia pedagogía espiritual, al umbral del dolor. El 28 de diciembre irrumpe en el ciclo navideño no como una nota disonante, sino como una revelación más profunda del misterio que celebramos. Bajo el llanto de Raquel, nace la esperanza del pacto. La Encarnación no acontece en un mundo idealizado, sino en una historia marcada por la violencia, la fragilidad y el abuso del poder. El Niño recostado en el pesebre es, desde el inicio, el Niño perseguido.

El relato de Mateo 2:13–18 nos sitúa ante dos movimientos simultáneos, **la huida y la matanza**; la preservación providencial y la tragedia histórica. José recibe en sueños el mandato divino y obedece sin dilación; Herodes, dominado por el temor y la ira, desata la muerte sobre los más vulnerables. La narración no es sólo descriptiva; es teológica. El evangelista subraya que estos acontecimientos ocurren "para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta". La historia no está fuera del gobierno de Dios, aunque atraviese el valle de sombra.

Cuando Mateo cita Oseas 11:1 —"De Egipto llamé a mi Hijo"— no está recurriendo a un texto aislado, sino evocando toda la memoria del éxodo. Israel fue llamado hijo de Dios y liberado de la esclavitud; ahora, Cristo, el Hijo verdadero y obediente,

recapitula en su propia persona la historia del pueblo del pacto. La huida a Egipto no es un simple refugio geográfico; es una identificación profunda con la historia redentora de Israel. En Él se concentra y se renueva la vocación del pueblo escogido. Asimismo, la cita de Jeremías 31:15 —"Voz fue oída en Ramá… Raquel que llora a sus hijos"— introduce una dimensión profética que trasciende el momento inmediato. En el contexto original, Jeremías anuncia el dolor del exilio, pero también proclama, pocos versículos después, la promesa del nuevo pacto. El llanto de Raquel no es el final de la historia; es el preludio de la restauración. Mateo, al aplicar esta profecía a la matanza de los inocentes, sugiere que incluso en medio del horror se está gestando el cumplimiento de las promesas divinas.

La figura de Herodes, por su parte, remite deliberadamente al Faraón del libro del Éxodo (Éxodo 1:15–22). Ambos gobernantes, temerosos del propósito de Dios, intentan frustrarlo mediante la eliminación de los niños. Ambos fracasan. El patrón bíblico se repite, **el poder humano, cuando se erige contra el designio del Altísimo, termina revelando su impotencia**. El Reino de Dios avanza, no por la fuerza de las armas, sino por la fidelidad del Señor a su pacto.

Desde la tradición anglicana, afirmamos que este pasaje debe leerse con reverencia, sobriedad y esperanza. No trivializamos el sufrimiento ni lo espiritualizamos indebidamente; reconocemos el peso real del mal en la historia. Sin embargo, también confesamos que la providencia divina no abandona a su pueblo. La Escritura nos invita a contemplar en los Santos Inocentes un testimonio silencioso de la seriedad de la Encarnación, **el Hijo de Dios entra en nuestra condición hasta asumir sus riesgos y su dolor**.

Así, la conmemoración de los Santos Inocentes no interrumpe el júbilo navideño, sino que lo purifica. Nos enseña que la luz verdadera brilla precisamente en las tinieblas. Bajo el llanto de Raquel, la Iglesia aprende a esperar. El mismo Dios que permitió que su Hijo fuera exiliado y que oyó el clamor de las madres en Belén es quien, en Cristo, establece un pacto eterno que ninguna violencia podrá destruir.

En un mundo que todavía escucha el eco del llanto de los inocentes —en guerras, injusticias y abusos—, esta palabra nos llama a una fe madura, una fe que no niega el dolor, pero tampoco renuncia a la esperanza; una fe que confía en que el Dios del éxodo, el Dios del pacto, sigue obrando en la historia hasta el día en que toda lágrima será enjugada.

1. El Dios que guarda a su Ungido en medio de la amenaza (Mt 2:13–15).
"13 Después que partieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. **14** Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a

Egipto, **15** y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo".

Al adentrarnos en este primer movimiento del relato, el Evangelio según san Mateo nos sitúa ante una verdad teológica de gran densidad, **la Encarnación acontece bajo la sombra de la hostilidad, y, sin embargo, bajo el amparo soberano de Dios**. El texto griego comienza con la expresión Ἀναχωρησάντων δὲ αὐτῶν (*Anachōrēsántōn de autōn*), "después que ellos se retiraron", introduciendo la transición inmediata tras la partida de los magos. El verbo ἀναχωρέω (*anachōréō*) sugiere retirada estratégica, término que Mateo emplea también para describir movimientos prudentes ante el peligro (cf. Mt 4:12; 12:15). Desde el inicio se perfila un escenario donde el avance del plan divino no ignora la amenaza, sino que la enfrenta con sabiduría.

El ángel del Señor "aparece" (φαίνεται, *phaínetai*) a José "en sueños" (κατ' ὄναρ, *kat' ónar*), fórmula que evoca las revelaciones dadas a los patriarcas, especialmente a Jacob (Gn 28:12; 31:11). El mandato es imperativo y urgente: ἐγερθεὶς παράλαβε τὸ παιδίον καὶ τὴν μητέρα αὐτοῦ (*egertheís parálabe to paidíon kai tēn mētéra autoû*), "levántate, toma al niño y a su madre". El participio ἐγερθείς (*egertheís*), de ἐγείρω (*egeírō*), implica levantarse con prontitud; παράλαβε (*parálabe*) connota tomar bajo cuidado responsable. José no actúa por cálculo propio, sino por obediencia confiada.

La orden continúa: φεῦγε εἰς Αἴγυπτον (*pheûge eis Aígypton*), "huye a Egipto". El verbo φεύγω (*pheúgō*) indica escapar de un peligro real. No hay aquí una apariencia simbólica, sino una amenaza concreta: μέλλει γὰρ Ἡρῴδης ζητεῖν τὸ παιδίον τοῦ ἀπολέσαι αὐτό (*méllei gar Hērṓdēs zēteîn to paidíon tou apolésai autó*), "porque Herodes está a punto de buscar al niño para destruirlo". El infinitivo ἀπολέσαι (*apolésai*), de ἀπόλλυμι (*apóllymi*), expresa la intención de aniquilar. La hostilidad contra el Ungido no es accidental; forma parte del patrón bíblico en el que el propósito redentor de Dios suscita oposición (cf. Sal 2:1–2).

La huida a Egipto, lejos de ser un episodio marginal, inserta a Cristo en la trama del Antiguo Testamento. Egipto fue lugar de opresión, pero también de preservación. Allí descendió Jacob con su familia en tiempo de hambre (Gn 46), y allí fue guardado el pueblo antes de su liberación. La historia del éxodo constituye el paradigma de la redención veterotestamentaria; ahora, el verdadero Hijo atraviesa ese mismo territorio. Mateo declara explícitamente: ἵνα πληρωθῇ τὸ ῥηθὲν ὑπὸ Κυρίου διὰ τοῦ προφήτου (*hina plērōthē to rhēthèn hypo Kyríou dia tou prophḗtou*), "para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta". El verbo πληρωθῇ (*plērōthē*), de πληρόω (*plēróō*), no significa una simple coincidencia, sino plenitud realizada.

La cita de Oseas 11:1 —ἐξ Αἰγύπτου ἐκάλεσα τὸν υἱόν μου (*ex Aigyptou ekálesa ton huión mou*), "de Egipto llamé a mi Hijo"—, en su contexto original, se refiere a Israel

como hijo corporativo. Mateo, guiado por una hermenéutica cristológica, reconoce en Jesús al Hijo fiel que recapitula la vocación de Israel. Donde el antiguo pueblo fue infiel en el desierto, el Hijo encarnado será obediente hasta el fin. Así, la preservación del Niño no es simple protección biográfica, sino custodia del designio redentor que culminará en la cruz y la resurrección.

Pastoralmente, este pasaje enseña que la providencia divina no elimina la adversidad, sino que la gobierna. Dios guarda a su Ungido no apartándolo del mundo herido, sino conduciéndolo a través de la fragilidad histórica. La Iglesia, unida a Cristo, participa de este mismo patrón, **vulnerabilidad real, pero sostenida por la fidelidad irrevocable del Señor**.

1.1. La huida a Egipto como cumplimiento del designio redentor.

La permanencia en Egipto "hasta la muerte de Herodes" (ἕως τῆς τελευτῆς Ἡρῴδου, *héōs tēs teleutēs Hērṓdou*) subraya que el tiempo mismo está bajo el señorío de Dios. No es Herodes quien determina el curso definitivo de la historia, sino el Señor que dirige los acontecimientos hacia el cumplimiento de su palabra. La geografía del exilio se convierte, paradójicamente, en escenario de fidelidad.

El trasfondo mosaico resulta ineludible. Así como el Faraón intentó destruir a los hijos de Israel (Éx 1:22) y fracasó ante el propósito divino, Herodes repite el patrón del tirano que teme la promesa. Moisés fue preservado en medio del decreto de muerte; Cristo es preservado en medio de la misma lógica violenta. Sin embargo, Jesús no es simplemente un nuevo Moisés, **es el Hijo definitivo, aquel en quien la historia del pacto alcanza su consumación**.

En términos teológicos, Mateo no presenta la huida como accidente, sino como acto inscrito en el plan eterno. El "llamamiento" (ἐκάλεσα, *ekálesa*) de Egipto anticipa no solo el retorno geográfico, sino la misión redentora del Hijo. Egipto, símbolo de servidumbre, queda integrado en la economía de la salvación. Dios no borra los lugares de dolor; los incorpora a su propósito transformador.

Para la Iglesia, esta escena posee una dimensión formativa. La obediencia silenciosa de José revela que la fe madura responde con prontitud a la palabra divina, aun cuando el camino implique desarraigo. La fidelidad no garantiza estabilidad social, pero sí comunión con la voluntad de Dios. El Mesías conoce desde la infancia el exilio; por ello, ningún desplazamiento humano queda fuera de su solidaridad redentora.

En clave pastoral, aprendemos que la historia del pueblo de Dios está marcada por desplazamientos, pruebas y aparentes retrocesos que, en realidad, forman parte de una pedagogía divina más amplia. El mismo Dios que guardó a su Hijo en territorio extranjero continúa sosteniendo a su Iglesia en contextos adversos. Bajo la

amenaza, permanece el pacto; en el exilio, madura la esperanza; y en la obediencia fiel se despliega el cumplimiento de la promesa.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco la acción providente de Dios incluso cuando su guía me conduce por caminos de inseguridad o incertidumbre?
- ¿Confío en que la fidelidad al llamado divino puede implicar sacrificio sin perder la esperanza?

Aplicación práctica:

- Practicar la oración diaria de entrega, confiando explícitamente a Dios las situaciones de vulnerabilidad personal y comunitaria.
- Acompañar de manera concreta a personas desplazadas, migrantes o en riesgo, participando en ministerios de acogida y apoyo, como expresión del cuidado divino reflejado en la huida a Egipto.

2. El Poder que Resiste al Reino de Dios (Mt 2:16). **16** Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos.

Al considerar este versículo, el relato alcanza uno de sus momentos más severos. Mateo escribe: τότε Ἡρῴδης ἰδὼν ὅτι ἐνεπαίχθη ὑπὸ τῶν μάγων ἐθυμώθη λίαν (*tóte Hērṓdēs idṑn hóti enepaíchthē hypò tōn mágōn ethymṓthē lían*), "entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enfureció en gran manera". El participio ἰδών (*idṓn*, "al ver") introduce la percepción subjetiva del agravio; ἐνεπαίχθη (*enepaíchthē*), de ἐμπαίζω (*empaízō*), significa "ser objeto de burla o engaño"; y ἐθυμώθη (*ethymṓthē*), de θυμόω (*thymóō*), expresa una ira encendida, visceral. La reacción del monarca no es simplemente política, sino pasional, **el orgullo herido se transforma en violencia**.

El mandato que sigue —ἀποστείλας ἀνεῖλεν πάντας τοὺς παῖδας (*aposteílas aneîlen pántas toùs paîdas*)— indica que "envió y mandó matar a todos los niños". El verbo ἀναιρέω (*anairéō*) significa quitar la vida, eliminar. Mateo subraya la universalidad del decreto con πάντας (*pántas*, "todos"), mostrando el carácter indiscriminado de la acción. El cálculo cronológico —ἀπὸ διετοῦς καὶ κατωτέρω (*apò dietoûs kai katōtérō*, "de dos años para abajo")— revela frialdad estratégica, **la violencia no es un arrebato momentáneo, sino decisión deliberada**.

Este episodio se inscribe en una continuidad veterotestamentaria. El eco más evidente remite al Faraón de Éxodo 1:16–22, quien ordenó la muerte de los varones hebreos al percibir el crecimiento del pueblo como amenaza. En ambos casos, el

poder político, temeroso de perder control, intenta sofocar la promesa divina atacando a los más vulnerables. La Escritura presenta así un patrón recurrente, cuando el propósito redentor de Dios irrumpe en la historia, los reinos de este mundo reaccionan con hostilidad (cf. Sal 2:2: **"Se levantarán los reyes de la tierra contra el Señor y contra su Ungido"**).

Herodes encarna la lógica del poder absolutizado, incapaz de reconocer un señorío superior. Su trono se convierte en ídolo, y la preservación de su autoridad justifica, en su mente, la eliminación del inocente. De este modo, la Encarnación no solo consuela; también desenmascara. La presencia del verdadero Rey revela la fragilidad de todo dominio construido sobre el temor. El Reino de Dios no compite con las armas del mundo, pero su sola existencia cuestiona las pretensiones de soberanía autónoma.

Teológicamente, Mateo muestra que la oposición al Mesías no es circunstancial, sino estructural. El conflicto entre el propósito divino y el poder arrogante atraviesa la historia bíblica desde Caín hasta los imperios profetizados en Daniel. Sin embargo, cada intento de frustrar la promesa termina integrándose, sin saberlo, en el desarrollo del plan redentor. El decreto de muerte no logra destruir al Ungido; más bien, confirma la seriedad de su misión.

2.1. Herodes como figura del poder violento y temeroso.

La figura de Herodes se convierte, así, en arquetipo del poder dominado por el miedo. Su ira brota de la inseguridad. El anuncio del "rey de los judíos" (Mt 2:2) despierta en él no adoración, sino sospecha. El temor (φόβος, *phóbos*) puede conducir a la prudencia cuando reconoce límites; pero cuando se absolutiza, degenera en violencia defensiva. Herodes no percibe la promesa como bendición, sino como amenaza a su estabilidad.

El paralelismo con el Faraón no es accidental. Ambos gobernantes intentan preservar su hegemonía sacrificando vidas ajenas. En la narrativa bíblica, tal conducta revela ceguera espiritual, **al resistirse al designio de Dios, se convierten en instrumentos involuntarios de su cumplimiento**. Moisés sobrevivió al decreto egipcio; Cristo es preservado del decreto herodiano. El poder que se erige contra el Señor termina demostrando su propia impotencia.

Desde una perspectiva profética, el texto invita a discernir las dinámicas que perpetúan esa lógica. El pecado no se limita a actos individuales; puede estructurarse en sistemas que normalizan la exclusión y legitiman la eliminación del débil. Cuando la estabilidad económica, la hegemonía ideológica o la seguridad nacional se defienden a costa de la dignidad humana, la sombra de Herodes reaparece con nuevos ropajes.

Pastoralmente, la Iglesia es llamada a una lealtad superior. No responde a la violencia con violencia, pero tampoco guarda silencio ante la injusticia. La proclamación del señorío de Cristo implica afirmar que ningún poder terrenal posee autoridad absoluta. El Reino que irrumpe en Belén no se impone por la fuerza; se manifiesta en la humildad del Niño y culmina en la entrega de la cruz. Precisamente por ello, desenmascara toda forma de dominio que se alimenta del temor.

Así, el relato de Mateo no es únicamente memoria histórica; es advertencia y llamado. Frente a los Herodes de cada época, la Iglesia permanece firme en la confesión de que el verdadero Rey ya ha venido. Su Reino avanza no por coerción, sino por la verdad y el amor, y ningún decreto humano puede frustrar el propósito eterno de Dios.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿De qué maneras puedo participar, consciente o inconscientemente, en estructuras que dañan a los inocentes?
- ¿Permito que el temor a perder seguridad o comodidad determine mis decisiones más que la obediencia a Dios?

Aplicación práctica:

- Informarse y orar responsablemente por las realidades sociales donde la violencia afecta a niños y personas indefensas.
- Comprometerse en acciones concretas de justicia y defensa de la vida, apoyando iniciativas que protejan a los más vulnerables en la sociedad.

3. El Llanto de Raquel y la Esperanza del Pacto (Mt 2:17-18). "**17** Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: **18** Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron".

Al introducir esta cita, Mateo emplea la fórmula de cumplimiento: **τότε ἐπληρώθη** (*tóte eplērōthē*), "entonces se cumplió". El verbo **πληρόω** (*plēròō*) no indica un simple encaje predictivo, sino el acto por el cual un acontecimiento alcanza su plenitud dentro del designio soberano de Dios. La tragedia de Belén no es un episodio aislado, sino un momento en el que la historia de Israel llega a una densidad teológica decisiva.

La cita procede de Libro de Jeremías 31:15, dentro del llamado "Libro de la Consolación" (Jer 30–33). El texto griego de Mateo recoge la expresión: **φωνὴ ἐν Ῥαμᾷ ἠκούσθη** (*phōnḗ en Rhāmâ ēkoústhē*), "una voz fue oída en Ramá". El sustantivo **φωνή** (*phōnḗ*) no designa un murmullo apagado, sino un clamor que

resuena públicamente. El verbo **ἀκούω** en aoristo pasivo (**ἠκούσθη**) subraya que ese grito irrumpe en la historia y es percibido, **no queda silenciado ante Dios**.

Ramá era un lugar asociado a la deportación babilónica (cf. Jer 40:1). Allí fueron congregados los exiliados antes de ser conducidos a Babilonia. Mateo, al evocar este escenario, vincula la matanza de los niños con la memoria del destierro, ambos acontecimientos participan del mismo drama de pérdida, desarraigo y aparente frustración de las promesas.

La figura de Raquel intensifica el simbolismo. Es la esposa amada de Jacob y madre de José y Benjamín (Gn 29–35). En el relato patriarcal muere dando a luz (Gn 35:16–20), y su sepulcro se asocia tradicionalmente con los alrededores de Belén. Así, Mateo establece una geografía teológica, **en el mismo territorio donde Raquel fue sepultada, ahora se eleva su llanto figurado por los hijos que "ya no son"**.

El texto griego añade: **κλαυθμὸς καὶ ὀδυρμὸς πολύς** (*klauthmòs kai odyrmòs polýs*), "llanto y gran lamentación". **κλαυθμός** (*klauthmós*) expresa el lloro audible; **ὀδυρμός** (*odyrmós*) connota gemido profundo, dolor desgarrado. La acumulación intensifica la escena. Finalmente, se afirma: **οὐκ ἤθελεν παρακληθῆναι** (*ouk ḗthelen paraklēthênai*), "no quiso ser consolada". El verbo **παρακαλέω** (*parakaléō*) significa consolar, exhortar, fortalecer. La negativa indica que el dolor es tan hondo que ninguna palabra humana basta para mitigarlo.

Sin embargo, el contexto original de Jeremías no termina en la desolación. Inmediatamente después (Jer 31:16–17), el Señor declara: "Reprime tu voz del llanto… hay esperanza para tu porvenir". Y el capítulo culmina con la promesa del nuevo pacto (Jer 31:31–34). Así, Mateo no utiliza el lamento para clausurar la historia, sino para mostrar que el Mesías nace en medio del sufrimiento del pueblo, inaugurando precisamente aquello que Jeremías anunció, **la renovación del pacto y la restauración definitiva**.

La matanza de los inocentes se inserta, por tanto, en la larga tensión entre juicio y misericordia, exilio y retorno, muerte y promesa. El llanto de Ramá no contradice la fidelidad divina; la presupone. El Dios del pacto no ignora el gemido de su pueblo, sino que lo incorpora en el proceso por el cual conduce la historia hacia su cumplimiento en Cristo.

3.1. El dolor que no es ignorado por Dios.

Al citar Libro de Jeremías 31:15, Mateo no solo resalta la intensidad del sufrimiento, sino que sitúa la tragedia dentro del arco mayor de la restauración prometida. El lamento de Raquel surge en el contexto del exilio babilónico, cuando todo parecía perdido, **tierra, templo, dinastía**. No obstante, en ese mismo capítulo el Señor

proclama: "Tus hijos volverán a su territorio" (Jer 31:17) y anuncia el pacto nuevo, en el que la ley será escrita en el corazón.

Desde una perspectiva exegética, el uso de **τότε ἐπληρώθη** (*tóte eplērṓthē*) indica que el cumplimiento no anula el sentido original del texto profético, sino que lo expande. Lo ocurrido en Belén es una recapitulación del drama de Israel, así como el exilio no fue el final del pueblo, tampoco la muerte de los inocentes es la derrota del propósito divino.

La frase **τὰ τέκνα αὐτῆς** (*tà tékna autês*), "sus hijos", emplea **τέκνα** (*tékna*), término que enfatiza la relación filial más que la edad biológica. No son simplemente infantes anónimos; pertenecen al pueblo del pacto. El dolor de Raquel es el dolor de Israel entero. Y ese clamor, a la luz de toda la Escritura, asciende ante aquel que escucha el gemido de los oprimidos (cf. Ex 2:23–25).

Teológicamente, la Encarnación confirma que Dios no permanece distante frente al sufrimiento. El Hijo entra en la historia herida, asume la vulnerabilidad y se expone a la violencia del poder humano. El Mesías escapa de Herodes, pero no evitará finalmente la cruz. El mismo Evangelio que registra el llanto de Raquel culminará en otro clamor —el del Gólgota— donde el aparente triunfo de la muerte será transformado en victoria mediante la resurrección.

Para la Iglesia, esta memoria posee una dimensión pastoral profunda. Afirma que ninguna lágrima queda fuera del conocimiento divino; que el dolor no es ignorado ni trivializado; que **la historia no está regida por la arbitrariedad del mal, sino por la fidelidad del Dios que hace nuevas todas las cosas**. La conmemoración de los Santos Inocentes no romantiza la tragedia, pero tampoco la absolutiza. Proclama que el pacto prometido por medio del profeta alcanza su plenitud en Cristo, y que, aun en medio del gemido, la esperanza permanece firme.

Así, el llanto oído en Ramá no es la última palabra. La última palabra pertenece al Dios que transforma el duelo en consuelo, el exilio en retorno y la muerte en vida. En esa certeza camina la Iglesia, **con lágrimas reales, pero con esperanza inconmovible, sabiendo que el Señor del pacto no olvida a sus hijos y que en Cristo toda pérdida es abrazada por una promesa mayor**.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Cómo respondo al sufrimiento inocente que me rodea: con indiferencia o con compasión activa?
- ¿Confío en que Dios obra redención incluso en medio de pérdidas que parecen irreparables?

Aplicación práctica:

- Acompañar pastoralmente a quienes viven duelo o injusticia, ofreciendo presencia, escucha y oración.
- Incorporar en la vida comunitaria espacios de intercesión por las víctimas de violencia, especialmente niños y familias afectadas por la injusticia.

Conclusión:

La conmemoración de los Santos Inocentes nos conduce al corazón mismo del misterio navideño, despojándolo de toda superficialidad sentimental. La Navidad no es evasión del dolor ni suspensión momentánea del conflicto humano; es la irrupción de Dios en una historia atravesada por la violencia, el temor y la injusticia. En Mateo 2:13–18 contemplamos al Niño prometido como el nuevo Israel que desciende a Egipto y es llamado de allí, al Rey legítimo perseguido por el poder usurpador, y al Hijo preservado por la providencia del Padre para cumplir su misión redentora. Desde sus primeros días, Cristo se sitúa en el centro del drama humano: **amenazado por los poderosos, solidario con los vulnerables y sostenido por la fidelidad inquebrantable de Dios**.

La huida a Egipto revela que la historia de la salvación no avanza por improvisación, sino bajo la dirección soberana del Señor, quien cumple sus promesas incluso a través de caminos marcados por el exilio y la precariedad. La furia de Herodes, figura del poder que se absolutiza y se defiende mediante la destrucción del inocente, desenmascara la lógica de los reinos de este mundo, **siempre inquietos ante la presencia de un Reino que no se impone por la fuerza, sino que se establece por la verdad y el amor.** El llanto de Raquel, evocado por el evangelista, inserta la tragedia de Belén en la memoria dolorosa del exilio, pero también en la esperanza del pacto renovado. Así, el clamor que se eleva en Ramá no es un grito sin horizonte, sino el preludio de la restauración prometida por el Dios fiel.

En los Santos Inocentes la Iglesia contempla un misterio que sobrepasa la lógica humana, **niños que mueren por causa de Cristo sin haber pronunciado su nombre, mártires no por decisión consciente, sino por pura gracia.** En ellos se manifiesta que la iniciativa de la salvación pertenece enteramente a Dios. La redención no depende de la capacidad intelectual, la madurez espiritual o la respuesta articulada del ser humano; brota del amor soberano del Señor, que llama, preserva y acoge incluso a los más pequeños dentro del ámbito de su Reino. Su muerte, provocada por el odio al Mesías, queda misteriosamente unida a la misión de aquel que más tarde entregará voluntariamente su vida por los débiles y los sin voz.

Este recuerdo no solo denuncia la violencia estructural y persistente de un mundo que continúa resistiendo el señorío de Cristo; también consuela profundamente a la Iglesia. Afirma que ninguna lágrima es ignorada, que ninguna vida truncada es

insignificante y que ninguna entrega sufrida por causa del mal es estéril ante Dios. El mismo Señor que oyó el clamor en Ramá y que guardó a su Hijo en Egipto es quien sostiene hoy la historia con mano firme y misericordiosa.

Para la Iglesia contemporánea, este pasaje constituye una vocación concreta. Nos llama a una fe encarnada, que no se refugia en abstracciones piadosas, sino que se compromete con la defensa de la vida, con la denuncia profética de la injusticia y con la resistencia espiritual frente a toda forma de poder que contradiga el Reino. Nos exhorta a proteger a los más vulnerables, a discernir los "Herodes" de nuestro tiempo y a vivir bajo una lealtad más alta que cualquier conveniencia cultural o política.

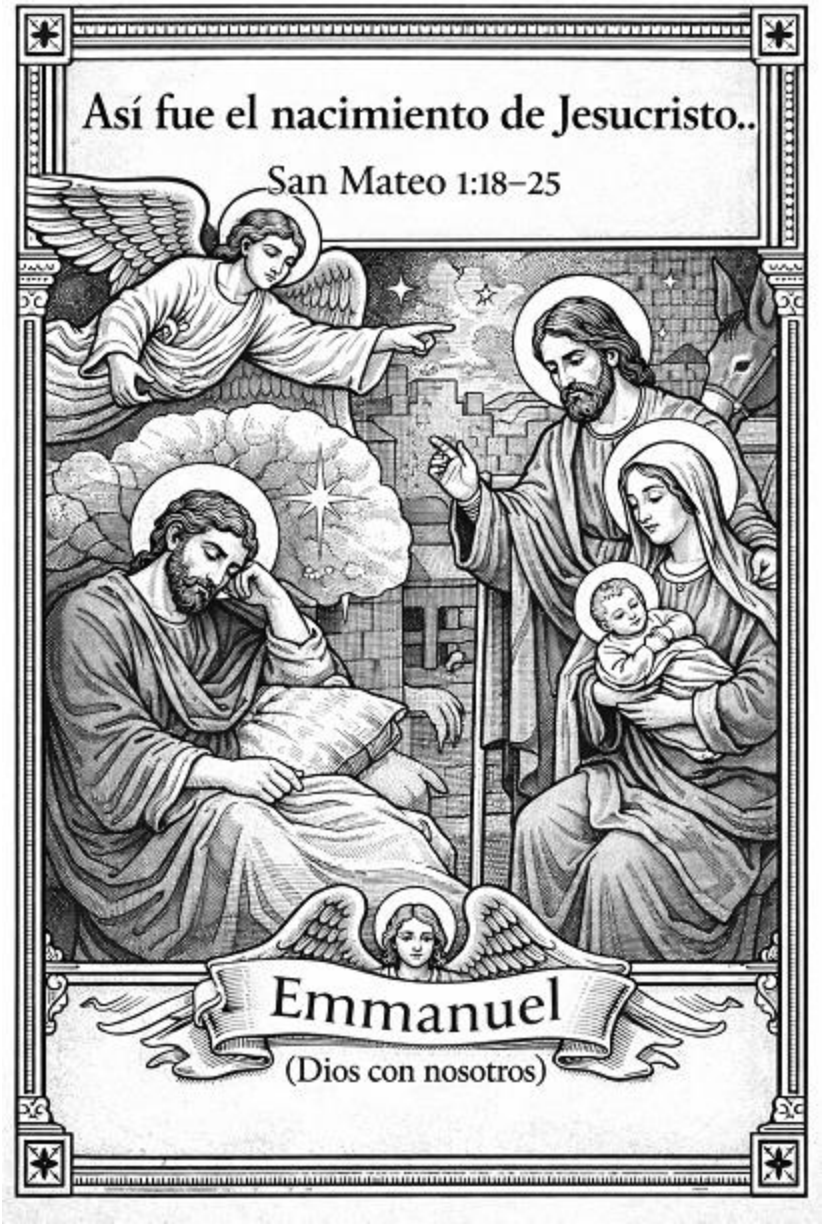
Y, sin embargo, la última palabra no pertenece al tirano, ni al exilio, ni al llanto. Pertenece al Dios del pacto, que en Cristo ha entrado en la noche del mundo para transformarla desde dentro. En la luz de la Encarnación, los Santos Inocentes se convierten en signo silencioso pero elocuente de la victoria divina, **la gracia precede a toda respuesta humana**; la fidelidad de Dios supera la violencia de los hombres; la vida prometida prevalece sobre la muerte infligida.

Así, aun cuando la Iglesia camina entre lágrimas, proclama con firme convicción que la luz brilla en las tinieblas y que las tinieblas no la han vencido. En esa esperanza perseveramos, **el Dios que llamó a su Hijo de Egipto, que escuchó el llanto de Raquel y que venció la muerte por medio de la cruz, es el mismo que transformará todo sufrimiento en gloria y toda pérdida en plenitud eterna.**

Amén.

Estación de Navidad

Primera Domínica después de la Natividad



Mateo 1:18-25

HIJOS POR GRACIA, RENOVADOS POR EL ESPÍRITU
UNA DEVOCIÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

Oración Inicial:

Dios eterno y misericordioso, que en la plenitud de los tiempos te dignaste revelarte en humildad y amor por medio de tu Hijo unigénito, inclina nuestros corazones para recibir con reverencia el misterio de su Natividad. Ilumina nuestras mentes por tu Santo Espíritu, para que, al meditar en tu Palabra, seamos fortalecidos en la fe, consolados en la esperanza y renovados en el amor; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

OMNIPOTENTE Dios, que nos diste a tu unigénito Hijo para que tomase sobre sí nuestra naturaleza, y naciese en un tiempo como éste de una virgen pura; **Concede que siendo regenerados y hechos tus hijos por adopción y gracia, seamos cada día renovados con tu Santo Espíritu;** mediante el mismo nuestro Señor Jesucristo, que contigo y el mismo Espíritu siempre es un solo Dios, y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Colecta para la Primera Domínica después de la Natividad nos introduce con sobriedad y solemnidad en el misterio central de la fe cristiana, **el Hijo eterno de Dios asume verdaderamente nuestra naturaleza para restaurarnos plenamente a la comunión con el Padre**. Al confesar que el unigénito Hijo nació "en un tiempo como éste de una virgen pura", la oración litúrgica se hace eco del testimonio del Evangelio de Mateo, donde la concepción virginal de Jesús revela que la iniciativa de la salvación procede enteramente de Dios y no del esfuerzo humano. Esta Encarnación no es presentada como un acontecimiento distante o simplemente histórico, sino como la fuente viva y eficaz de nuestra regeneración presente, tal como lo afirma el apóstol Pablo en Gálatas 4:1–7, cuando proclama que Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para redimirnos y concedernos la adopción filial. En Cristo, ya no somos esclavos sometidos al temor o a la ley, sino hijos que reciben el Espíritu del Hijo, el cual clama en nuestros corazones "Abba, Padre". Sin embargo, la Colecta reconoce con realismo pastoral que esta filiación no es estática ni se agota en una declaración jurídica, sino que requiere una renovación continua por el Santo Espíritu, para que la vida del Hijo encarnado se forme cada día en nosotros. Así, la oración de la Iglesia enlaza de manera armónica la obra histórica y objetiva de Cristo narrada en el Evangelio, la realidad redentora de la adopción proclamada en la Epístola y el proceso cotidiano de santificación implorado en la Colecta, revelando una dinámica profundamente trinitaria que sostiene, orienta y da sentido a la vida cristiana a lo largo de toda la estación de Navidad.

Esta articulación armónica (Colecta, Epístola y Evangelio) manifiesta que la fe cristiana, tal como la Iglesia la ora y la confiesa, no fragmenta la obra de Dios, sino que la contempla como un único y coherente designio de salvación. En el Evangelio, la Encarnación del Hijo se presenta como el fundamento irrevocable de toda esperanza, **un acontecimiento histórico real, acontecido en el tiempo, mediante el cual Dios irrumpe en la historia humana para redimirla desde dentro**. La Epístola, por su parte, muestra los frutos de esa obra en la vida del creyente, al declarar que quienes han sido alcanzados por Cristo participan ahora de una nueva condición, no ya definida por la esclavitud, sino por la adopción filial que los introduce en una relación viva con el Padre. La Colecta, finalmente, conduce esta verdad al terreno de la experiencia cotidiana, al suplicar la renovación constante del Espíritu Santo, sin la cual la gracia recibida no se traduce en una vida transformada. **De este modo, la Iglesia reconoce que la salvación es obra del Padre que envía al Hijo, del Hijo que asume nuestra naturaleza y nos redime, y del Espíritu que actualiza esa redención en el presente de la vida cristiana**. Esta visión trinitaria no solo esclarece el contenido de la fe, sino que también orienta la práctica devocional durante la Navidad, invitando a los fieles a vivir este tiempo no como una mera celebración del pasado, sino como una participación continua en la vida nueva que Dios concede y sostiene por su gracia.

Lectura Orante de la Palabra

La Epístola de **Gálatas 4:1–7** proclama con claridad bíblica y profundidad pastoral que, en la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y sujeto a la ley, para rescatar a quienes vivían bajo la tutela de la esclavitud y conducirlos a la libertad gloriosa de la filiación divina. San Pablo emplea la imagen del heredero que, siendo menor, no se distingue del siervo, para describir la condición humana antes de la obra redentora de Cristo, **una existencia marcada por la incapacidad de disfrutar plenamente de la herencia prometida. Con la venida del Hijo, esta situación es transformada radicalmente**, **pues la redención no se limita a la liberación de una carga, sino que culmina en el don de la adopción**, mediante la cual los creyentes son introducidos en una relación íntima y personal con Dios como Padre. Esta nueva condición filial no permanece en el ámbito de una declaración externa, sino que es confirmada interiormente por el Espíritu del Hijo, que habita en los corazones de los fieles y hace brotar el clamor confiado, **"Abba, Padre"**, expresión de una cercanía reverente y amorosa. De este modo, la Epístola resuena profundamente con la Colecta del día, pues ambas afirman que el propósito último de la Encarnación no es solo la revelación de Dios en la carne, sino la restauración de nuestra humanidad a la libertad verdadera y a la filiación graciosa, sostenidas y renovadas continuamente por la obra del Espíritu Santo.

El Evangelio de **Mateo 1:18–25** nos introduce con sobriedad y profundidad en el misterio de la concepción virginal de Jesucristo, subrayando que el origen de la

salvación no descansa en la iniciativa humana, sino en la acción soberana y misericordiosa de Dios. En este relato, la figura de José emerge como modelo de obediencia silenciosa y fe reverente, **enfrentado a una situación que supera su comprensión y amenaza su honra, él decide escuchar la voz del ángel y someter su voluntad al designio divino**. Su obediencia no se expresa en palabras grandilocuentes, sino en actos concretos que protegen y acogen la obra de Dios en medio de la fragilidad humana. **El nombre dado al Niño —Jesús— no es un simple identificador, sino una confesión teológica, pues declara que su misión es salvar a su pueblo de sus pecados**, abordando la raíz más profunda de la condición humana. Al mismo tiempo, **el título Emmanuel, "Dios con nosotros", afirma que esta salvación no se realiza desde la distancia, sino mediante la presencia cercana de Dios que habita entre los suyos**. En la convergencia de este Evangelio con la enseñanza de la Epístola, la Iglesia contempla cómo la humildad del nacimiento de Cristo y la obediencia fiel de quienes le sirven inauguran una nueva realidad redentora, **el Dios que se hace cercano para liberarnos del pecado es el mismo que, por su gracia, nos introduce en una relación filial, haciéndonos hijos en el Hijo y partícipes de su vida**.

Preguntas para Reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Vivo mi identidad cristiana como hijo adoptado por gracia, consciente de que esta filiación es un don y no un mérito?
2. **Desde la Epístola:** ¿De qué maneras permito que el Espíritu Santo dé testimonio en mi vida de que ya no soy esclavo, sino hijo de Dios?
3. **Desde el Evangelio:** ¿Respondo al llamado de Dios con la obediencia confiada de José, aun cuando sus caminos superan mi comprensión?

Aplicaciones Devocionales:

1. **Desde la Colecta:** Dedica cada día un tiempo específico para orar pidiendo la renovación del Espíritu Santo, reconociendo tu dependencia continua de su gracia santificadora.
2. **Desde la Epístola:** Afirma tu identidad en Cristo mediante la lectura regular de la Escritura, recordando conscientemente que has sido liberado de la esclavitud del pecado para vivir como hijo amado del Padre.
3. **Desde el Evangelio:** Practica una obediencia concreta en las responsabilidades cotidianas, acogiendo la voluntad de Dios con humildad y fidelidad, aun en lo silencioso y oculto.

Oración Final:

Padre eterno, te damos gracias porque en tu infinita misericordia nos enviaste a tu Hijo, nacido de mujer, para hacernos hijos tuyos por adopción y gracia. Renueva en nosotros, día tras día, la obra de tu Santo Espíritu, para que vivamos conforme a la

dignidad de la vocación que hemos recibido. Concédenos obedecer tu voluntad con fe humilde, y caminar como hijos de la luz, hasta que, en Cristo, participemos plenamente de la herencia prometida. Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

EMMANUEL PROMETIDO Y CUMPLIDO: OBEDIENCIA Y REDENCIÓN EN EL NACIMIENTO DEL SALVADOR
UN SERMÓN PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA NATIVIDAD

"Aquel que es verdadero Dios se hizo verdadero hombre, para que el hombre, participando de Dios, fuese sanado y vivificado". — Atanasio de Alejandría, *De Incarnatione Verbi Dei*, §54.

"**18** El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. **19** José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. **20** Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. **21** Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. **22** Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: **23** He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. **24** Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. **25** Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS". (Mateo 1:18–25)

Introducción:

En la Primera Domínica después de la Natividad, la Iglesia no se limita a prolongar el eco emotivo de la celebración navideña, sino que se detiene con santa sobriedad ante el misterio que acaba de proclamar, el Verbo eterno, consustancial al Padre, ha asumido nuestra naturaleza sin dejar de ser quien es. La liturgia nos invita a pasar del asombro jubiloso al discernimiento reverente; del canto exultante a la contemplación que penetra el significado profundo de lo acontecido en Belén. No celebramos simplemente un nacimiento extraordinario, sino el cumplimiento del designio eterno de Dios para la salvación del mundo.

Las palabras de Atanasio de Alejandría resumen con brillo y precisión el corazón de este misterio: "**Aquel que es verdadero Dios se hizo verdadero hombre, para que el hombre, participando de Dios, fuese sanado y vivificado**". La Encarnación no es un acto simbólico ni una simple manifestación pedagógica de lo divino; es la entrada real de Dios en nuestra condición, para restaurar lo que el pecado había desfigurado y conducir la humanidad a la comunión con Él. En Cristo, Dios no solo nos habla, **Dios se nos da**.

La tradición anglicana, guiada por la sabiduría pastoral del Libro de Oración Común, ordena este tiempo para que la contemplación del misterio esté arraigada en la Escritura y modelada por la doctrina de la Iglesia histórica. La adoración verdadera no es sentimentalismo pasajero, sino fe informada por la verdad revelada. La liturgia

nos forma para pensar rectamente, para orar con reverencia y para vivir conforme al Evangelio encarnado. Así, la Iglesia no solo recuerda un evento, sino que es moldeada por él.

En este marco, el Evangelio según San Mateo 1:18–25 nos conduce al corazón mismo de la Encarnación desde una perspectiva singularmente solemne y teológica. Mateo no nos sitúa de inmediato ante el pesebre ni nos describe la ternura del establo; nos introduce, más bien, en el silencio interior de un hombre justo que enfrenta una prueba desconcertante. Allí, en la conciencia turbada de José, se entrecruzan la promesa antigua, la fidelidad divina y la obediencia humana. El relato nos revela que el nacimiento del Salvador no ocurre en un vacío histórico, sino en el tejido concreto de la historia de Israel, bajo el peso de las promesas proféticas y dentro de la línea davídica que aguardaba su cumplimiento.

Aquí resuena la antigua palabra de Isaías: "**He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo**". Mateo declara que no estamos ante un accidente inesperado, sino ante el cumplimiento deliberado de lo que el Señor había anunciado. Emmanuel —"Dios con nosotros"— no es un título poético, sino una realidad ontológica, en Jesús, Dios habita verdaderamente entre su pueblo. Y, sin embargo, este "Dios con nosotros" no irrumpe con estruendo político ni con imposición militar, sino en la vulnerabilidad de un niño y en el contexto de una obediencia silenciosa.

José, llamado "hijo de David", se convierte en instrumento del cumplimiento redentor. Su justicia no se manifiesta en rigor implacable, sino en misericordia; su fe no se expresa en discursos grandilocuentes, sino en obediencia concreta. Cuando despierta del sueño, "hizo como el ángel del Señor le había mandado". En esa acción sencilla y decisiva se entrelazan la promesa divina y la respuesta humana. Así, el texto nos muestra que la redención que Dios obra soberanamente no excluye la participación obediente de sus siervos.

Este pasaje, por tanto, no es mera memoria devocional, sino proclamación viva. Nos confronta con la identidad de Cristo —verdadero Dios y verdadero hombre—, nos revela el carácter fiel de Dios que cumple su palabra, y nos llama a una obediencia que confía aun cuando no comprende plenamente. En Emmanuel contemplamos la cercanía divina que no abandona a su pueblo; en el nombre Jesús —"el Señor salva"— escuchamos la misión explícita del Niño, **rescatar a su pueblo de sus pecados**.

Al iniciar esta predicación bajo el tema "**Emmanuel prometido y cumplido: obediencia y redención en el nacimiento del Salvador**", somos invitados a considerar tres realidades inseparables, **la fidelidad de Dios a su pacto, la obediencia humilde que responde a su palabra y la redención que brota de su gracia soberana**. Que el mismo Dios que vino a habitar entre nosotros disponga nuestros corazones para contemplar con fe este misterio, para obedecer con

confianza su voz y para vivir como pueblo redimido por aquel que es, verdaderamente, Dios con nosotros.

1. El origen divino de la salvación: la iniciativa soberana de Dios (v. 18).
"**18** El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo".

"Τοῦ δὲ Ἰησοῦ Χριστοῦ ἡ γένεσις οὕτως ἦν…"
Toû de Iēsoû Christoû hē génesis houtōs ēn
"Y el nacimiento (u origen) de Jesucristo fue así…"

El evangelista introduce el relato con una formulación cuidadosamente escogida. El término **γένεσις** (*génesis*) no significa únicamente "nacimiento" en sentido biológico, sino también "origen" o "procedencia". Mateo, que ha empleado ya esta palabra en 1:1 ("βίβλος γενέσεως" — *bíblos genéseōs*, "libro del origen"), establece una conexión deliberada con el lenguaje de la creación en Génesis. No estamos ante un episodio aislado dentro de la historia humana, sino ante el comienzo de algo radicalmente nuevo, **una nueva génesis, una nueva creación que tiene en Cristo su principio**.

El texto continúa:
"...εὑρέθη ἐν γαστρὶ ἔχουσα ἐκ Πνεύματος Ἁγίου"
heuréthē en gastrì échousa ek Pneúmatos Hagíou
"...se halló que había concebido en su vientre por el Espíritu Santo".

El verbo **εὑρέθη** (*heuréthē*, "fue hallada") está en voz pasiva, lo que sugiere que el hecho se manifiesta como realidad objetiva, no como resultado de planificación humana. Asimismo, la expresión **ἐκ Πνεύματος Ἁγίου** (*ek Pneúmatos Hagíou*, "del Espíritu Santo") subraya el origen causal, **la concepción procede "de" (ἐκ, *ek*) la acción directa del Espíritu**. Mateo no deja espacio para ambigüedad alguna, la vida que comienza en el seno de María tiene un origen sobrenatural.

Este énfasis en la iniciativa divina se halla profundamente arraigado en el Antiguo Testamento. Desde el principio, el Espíritu de Dios aparece como agente vivificador, "וְרוּחַ אֱלֹהִים מְרַחֶפֶת" (*verúaj Elohím merajéfet*, "el Espíritu de Dios se movía") sobre las aguas primordiales (Gn 1:2). El verbo hebreo *merajéfet* sugiere una acción dinámica, generadora de orden y vida. De manera análoga, el Espíritu ahora obra en el seno de María, no para formar el mundo antiguo, sino para inaugurar la nueva creación en el segundo Adán.

Asimismo, la historia redentora del Antiguo Testamento confirma que la salvación nunca surge de la autosuficiencia humana. Isaac nace cuando la esterilidad de Sara hacía imposible toda esperanza (Gn 18–21); Israel es liberado de Egipto no por capacidad militar, sino por la intervención poderosa del Señor (Ex 12–14); el Siervo

prometido en Isaías actúa porque "el Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí" (Is 61:1). En cada caso, Dios actúa primero. La Encarnación constituye la culminación de este patrón, la redención comienza donde el poder humano es incapaz de producirla.

La concepción virginal no es, por tanto, un detalle periférico, sino una declaración teológica, la salvación pertenece enteramente al Señor. El nacimiento de Cristo no es fruto de voluntad humana ni de ascendencia meramente carnal, sino de la libre y soberana determinación divina. Aquí se afirma el principio que recorrerá todo el Evangelio, **lo que Dios inicia, Él mismo lo sostiene y lo lleva a cumplimiento**.

1.1. El cumplimiento de la promesa antigua.

El relato de Mateo no permanece en la descripción del hecho; inmediatamente lo sitúa dentro del marco de la promesa profética. En los versículos siguientes aparece la fórmula característica:

"ἵνα πληρωθῇ τὸ ῥηθὲν ὑπὸ Κυρίου διὰ τοῦ προφήτου…"
hína plērōthē tò rhēthèn hypò Kyríou dià toû prophḗtou
"para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta…"

El verbo **πληρωθῇ** (*plērōthē*, "sea cumplido") no implica simple coincidencia, sino plenitud, realización completa. En Mateo, el cumplimiento no es meramente predictivo, sino teológico: **lo prometido alcanza su sentido pleno en Cristo.**

La cita procede de Isaías 7:14:

"Ἰδοὺ ἡ παρθένος ἐν γαστρὶ ἕξει…"
Idoù hē parthénos en gastrì héxei
"He aquí, la virgen concebirá…"

El término griego **παρθένος** (*parthénos*) significa inequívocamente "virgen". La Septuaginta emplea esta palabra para traducir el hebreo **ʿalmáh**, que en su contexto apunta a una joven en edad nupcial, y que en la recepción judía y cristiana fue entendido como señal extraordinaria. Mateo, escribiendo en continuidad con la versión griega de las Escrituras, reconoce en el nacimiento virginal el cumplimiento de esa señal dada a la casa de David.

El contexto original de Isaías 7 es crucial. En medio de la amenaza siro-efraimita, el rey Acaz recibe la promesa de que Dios mismo dará una señal como garantía de la fidelidad del pacto davídico (2 Sam 7:12–16). Aunque Acaz vacila, el Señor asegura que la dinastía no será extinguida. Al aplicar esta profecía a Jesús, Mateo proclama que la esperanza davídica no fracasó; alcanza su realización definitiva en el Hijo nacido de María.

Además, el nombre anunciado —**Ἐμμανουήλ** (*Emmanouēl*)— traduce el hebreo *ʿImmānû ʾEl*, "Dios con nosotros". No es una simple designación simbólica, sino declaración de presencia activa. En el Antiguo Testamento, la promesa "Yo estaré contigo" (Ex 3:12; Jos 1:5) garantizaba la fidelidad divina en medio del peligro. En Cristo, esa promesa se encarna literalmente, **la presencia del Señor deja de ser únicamente acompañamiento providencial y se convierte en presencia personal y tangible.**

Así, la Encarnación no irrumpe como innovación desconectada del pasado, sino como la culminación coherente del pacto. El Dios que habló por medio de Isaías es el mismo que actúa en el seno de María. La línea que comienza en la promesa a Abraham (Gn 12:3), pasa por el trono de David (2 Sam 7) y atraviesa la esperanza profética (Is 9:6–7; 11:1–5), converge en este nacimiento.

Mateo, por tanto, presenta a Jesús no solo como cumplimiento de una predicción específica, sino como la consumación de toda la economía redentora anticipada en las Escrituras. La fidelidad de Dios se revela como constante inquebrantable, **lo que prometió, lo realiza; lo que anunció, lo lleva a plenitud.** En Cristo, las palabras antiguas encuentran su cumplimiento definitivo, y la historia de promesa y esperanza alcanza su centro vivo y personal.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco que la obra de Dios en Cristo es el cumplimiento fiel de sus promesas antiguas?
- ¿Confío en que Dios sigue siendo fiel a su palabra aun cuando sus caminos superan mi comprensión?

Aplicación práctica:

- Dedicar tiempo semanal a la lectura orante de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, reconociendo su cumplimiento en Cristo.
- Fortalecer la confianza en Dios manteniendo un diario espiritual donde se registren oraciones y la fidelidad de Dios al responderlas con el tiempo.

2. La justicia que brota de la fe: José como modelo de obediencia fiel (v. 19). "**19** José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. **20** Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es".

"Ἰωσὴφ δὲ ὁ ἀνὴρ αὐτῆς, δίκαιος ὢν…"
Iōsēph dè ho anḕr autês, díkaios ṓn
"José su marido, siendo justo…"

El evangelista emplea el adjetivo **δἰκαιος** (*díkaios*), término que en la Escritura no designa simplemente rectitud legal, sino fidelidad integral al pacto de Dios. En la Septuaginta, **δἰκαιος** traduce con frecuencia el hebreo *ṣaddîq*, palabra que describe al hombre que vive conforme a la voluntad divina, no solo en conducta externa, sino en disposición interior (cf. Sal 1:6; Pr 10:3). Noé es llamado "varón justo" (*îš ṣaddîq*, Gn 6:9), no por perfección sin pecado, sino por caminar con Dios en medio de una generación corrupta. De igual modo, José es presentado como alguien cuya relación con el Señor determina sus decisiones en una circunstancia particularmente dolorosa.

El texto añade que, "no queriendo infamarla" —**μὴ θἐλων αὐτὴν δειγματἰσαι** (*mē thélōn autḕn deigmatísai*)— resolvió dejarla en secreto. El verbo **δειγματἰζω** (*deigmatízō*) implica exponer públicamente, convertir en ejemplo de vergüenza. La Ley mosaica contemplaba consecuencias severas para la infidelidad durante el desposorio (Dt 22:23–24). Sin embargo, José rehúsa proceder de manera que destruya la honra de María. Su decisión de repudiarla "secretamente" —**λἀθρᾳ** (*láthrā*, "en privado")— revela que su justicia no es vindicativa, sino moderada por misericordia.

Este equilibrio recuerda la enseñanza profética, "Practicar la justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios" (Miq 6:8). La fidelidad al pacto no se reduce a aplicar sanciones, sino a discernir el propósito restaurador de la Ley. Los salmos celebran al justo como aquel que "se deleita en la Ley del Señor" (Sal 1:2), no como quien la instrumentaliza para imponer condena. José, sin comprender aún el misterio que se despliega ante él, actúa de manera coherente con el corazón de la revelación veterotestamentaria.

Cuando el ángel le habla, lo llama "hijo de David" —**υἱὸς Δαυἰδ** (*huiòs Dauíd*)—, expresión cargada de resonancias mesiánicas. Esta designación no es meramente genealógica; sitúa a José dentro de la promesa de 2 Samuel 7:12–16, donde el Señor garantiza la permanencia del trono davídico. El hombre justo participa así, sin saberlo, en la preservación de la línea real que culminará en el Mesías. Su obediencia privada tiene consecuencias redentoras para la historia entera.

El ángel le ordena: "no temas" —**μὴ φοβηθῇς** (*mē phobēthēs*)—, fórmula característica de las teofanías del Antiguo Testamento (cf. Gn 15:1; Jos 1:9). Allí donde Dios irrumpe, el temor humano es transformado por la promesa divina. José es invitado a confiar en que lo inconcebible procede del Espíritu. La justicia que lo caracteriza no consiste en autosuficiencia moral, sino en disponibilidad para someter su juicio a la palabra revelada.
Así, Mateo presenta en José una figura que anticipa la enseñanza apostólica acerca de la justicia que proviene de la fe. No se trata de mérito acumulado, sino de una

vida que responde con fidelidad a la iniciativa divina. La justicia auténtica nace de la confianza en Dios y se expresa en decisiones concretas que reflejan su carácter.

2.1. La obediencia que nace de escuchar la voz de Dios

La revelación llega en el ámbito del sueño: "κατ' ὄναρ" (*kat' ónar*). En el Antiguo Testamento, los sueños constituyen un medio legítimo de comunicación divina (Gn 20:3; 28:12; 37:5). El mismo nombre "José" evoca al patriarca que recibió dirección por medio de sueños en Egipto. Mateo establece así un sutil paralelismo tipológico, **como el antiguo José fue instrumento para preservar la vida del pueblo, el nuevo José coopera en la preservación del Redentor**.

El mandato culmina en una explicación teológica: "τὸ γὰρ ἐν αὐτῇ γεννηθὲν ἐκ Πνεύματός ἐστιν Ἁγίου"
tò gàr en autê gennēthèn ek Pneúmatós estin Hagíou
"porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo".

El participio **γεννηθέν** (*gennēthén*, "engendrado") recalca el origen de la vida concebida. José debe recibir a María no a pesar del misterio, sino precisamente por él. Su obediencia no se apoya en evidencia visible, sino en la fiabilidad de la palabra divina.

El versículo 24 resume su respuesta:
"ἐποίησεν ὡς προσέταξεν αὐτῷ ὁ ἄγγελος Κυρίου"
epoíēsen hōs prosétaxen autô ho ángelos Kyríou
"hizo como le había ordenado el ángel del Señor".

El verbo **ποιέω** (*poiéō*, "hacer") unido a **ὡς** (*hōs*, "como") indica conformidad exacta con el mandato recibido. No hay negociación ni dilación. Esta prontitud recuerda la obediencia de Abraham en Génesis 22, quien se levantó temprano para cumplir la palabra divina. En ambos casos, la fe se manifiesta en acción concreta.

José acepta un camino que implica posible descrédito social y renuncia a su propia comprensión de los hechos. Su silencio en el relato no denota pasividad, sino firmeza interior. La Escritura no registra palabras suyas; registra su obediencia. Así se cumple el principio reiterado en la historia de Israel: "Oír" (*šāma'*) implica obedecer (Dt 6:4). La escucha verdadera produce conformidad práctica.

Para la Iglesia, José encarna una espiritualidad profundamente bíblica, **la fe no se agota en asentimiento doctrinal, sino que se traduce en disposición obediente**. En él convergen la herencia del justo veterotestamentario y la anticipación del discipulado cristiano. Su vida testifica que la justicia que agrada a Dios florece cuando el corazón, atento a la voz del Señor, responde con confianza

activa, permitiendo que el propósito redentor avance incluso a través de decisiones aparentemente ocultas.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Escucho la voz de Dios con un corazón dispuesto a obedecer, aun cuando implica sacrificio personal?
- ¿Permito que la gracia de Dios transforme mi comprensión de la justicia y la misericordia?

Aplicación práctica:

- Practicar el discernimiento espiritual mediante la oración diaria y la lectura del Evangelio, buscando conformar las decisiones personales a la voluntad de Dios.
- Ejercer actos concretos de misericordia y reconciliación en situaciones de conflicto, siguiendo el ejemplo de José.

3. Emmanuel: Dios presente para salvar a su pueblo. "**21** Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. **22** Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: **23** He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. **24** Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. **25** Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS"

El anuncio del ángel alcanza su clímax en la revelación del nombre y de la misión del Niño:

"τέξεται δὲ υἱόν, καὶ καλέσεις τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦν·
αὐτὸς γὰρ σώσει τὸν λαὸν αὐτοῦ ἀπὸ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν"
téxetai dè huión, kaì kaléseis tò ónoma autoû Iēsoûn; autòs gàr sṓsei tòn laòn autoû apò tôn hamartiôn autôn
"Dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

El nombre **Ἰησοῦς** (*Iēsoûs*) es la forma griega del hebreo *Yehôšûa'* o *Yēšûa'* ("El Señor salva"). No se trata de una designación convencional, sino de una declaración programática. En el Antiguo Testamento, Josué —su homónimo— fue instrumento para introducir a Israel en la tierra prometida (Jos 1:6). Sin embargo, la liberación que él encabezó fue geográfica y política. En contraste, el ángel afirma que este Jesús "salvará" —**σώσει** (*sṓsei*, futuro de *sṓzō*, rescatar, librar, preservar)— a su pueblo **ἀπὸ τῶν ἁμαρτιῶν** (*apò tôn hamartiôn*), "de sus pecados". La preposición

ἀπό (*apó*) indica separación real: **no solo mitigación de consecuencias, sino liberación del dominio mismo del pecado**.

En el marco veterotestamentario, el pecado no es simple falta moral, sino ruptura del pacto y causa del exilio (Is 59:2). Los sacrificios levíticos ofrecían expiación provisional (Lv 16), pero aguardaban una intervención definitiva. Los profetas anunciaron un acto salvífico más profundo: "**Yo, yo soy el que borro tus rebeliones**" (Is 43:25). Mateo declara que esa promesa se cumple en este Niño. La salvación ya no consistirá en escapar de enemigos externos, sino en ser reconciliados con Dios mediante el perdón y la renovación interior.

El evangelista añade que todo ocurre "ἵνα πληρωθῇ" (*hína plērōthē*), "para que se cumpliese" lo dicho por el Señor. El verbo **πληρόω** (*plēróō*) implica plenitud consumada. No se trata simplemente de correspondencia predictiva, sino de la realización plena del designio divino anticipado en la historia de Israel.

La cita de Isaías 7:14 introduce el segundo nombre:

"καλέσουσιν τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἐμμανουήλ"
kalésousin tò ónoma autoû Emmanouḗl
"y llamarán su nombre Emanuel".

Ἐμμανουήλ translitera el hebreo *ʿImmānû ʾEl*: "Dios con nosotros". En el Antiguo Testamento, la presencia divina se manifestó en la nube del desierto (Ex 13:21), en el tabernáculo (Ex 25:8) y en el templo (1 Re 8:10–11). Aquella presencia, sin embargo, estaba mediada por símbolos y ritos. Ahora, la cercanía prometida asume forma personal. **La gloria que llenaba el santuario se hace carne**.

Así, los nombres "Jesús" y "Emanuel" no expresan ideas distintas, sino dimensiones complementarias de una misma realidad, **Dios está con su pueblo para salvarlo**. La presencia no es contemplativa, sino redentora. La Encarnación implica que el Señor entra en la condición humana para restaurarla desde dentro.

Los versículos finales confirman la obediencia de José:

"καὶ ἐκάλεσεν τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦν"
kaì ekálesen tò ónoma autoû Iēsoûn
"y le puso por nombre Jesús".

Nombrar al niño significa reconocer oficialmente su identidad y misión. El heredero davídico es acogido legalmente en la casa de José, asegurando la continuidad mesiánica. La fidelidad humana sirve al propósito eterno.

3.1. La presencia redentora de Dios en la vida cotidiana

La confesión "Dios con nosotros" articula una de las líneas maestras de toda la Escritura. Desde el llamado de Abraham (Gn 12:1–3), pasando por la promesa "Yo estaré contigo" dada a Moisés (Ex 3:12) y a Josué (Jos 1:5), hasta la visión escatológica de Ezequiel —"El Señor está allí" (Ez 48:35)—, la historia bíblica gravita en torno a la presencia fiel de Dios. En Cristo, esa presencia alcanza su forma definitiva y personal.

Vivir bajo esta verdad puede expresarse con la fórmula clásica *Coram Deo*: delante del rostro de Dios. No se trata de una experiencia mística reservada a momentos extraordinarios, sino de la conciencia permanente de que toda la existencia transcurre bajo la mirada y el señorío del Dios encarnado. La Encarnación santifica la cotidianidad, **trabajo, familia, incertidumbre y sufrimiento se convierten en ámbitos donde la gracia opera.**

El Antiguo Testamento anticipó un tiempo en que la Ley sería escrita en el corazón (Jer 31:33) y el Espíritu transformaría el interior del pueblo (Ez 36:26–27). La presencia de Emmanuel inaugura esa realidad. Dios no habita ya únicamente en un santuario geográfico; su obra redentora alcanza la interioridad humana y forma una comunidad que camina en comunión con Él.

Pastoralmente, esta verdad sostiene a la Iglesia en medio de un mundo fracturado. La presencia divina no elimina automáticamente la aflicción, pero garantiza que el sufrimiento no tiene la última palabra. El mismo que vino como Niño es quien promete: "**He aquí, yo estoy con vosotros todos los días**" (Mt 28:20). La narrativa que comienza con Emmanuel culmina con esa promesa misionera.

Por tanto, proclamar que Jesús es Emmanuel significa afirmar que Dios ha entrado en la historia para rescatar, reconciliar y acompañar a su pueblo hasta la consumación final. La Iglesia vive, sirve y espera bajo esta certeza, **la presencia del Señor no es símbolo transitorio, sino realidad activa que transforma la vida ordinaria en escenario de redención y esperanza.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo consciente de la presencia constante de Dios en cada aspecto de mi vida?
- ¿Anuncio con palabras y acciones que Cristo vino a salvar del pecado y a restaurar la comunión con Dios?

Aplicación práctica:

- Integrar momentos de oración consciente en la vida diaria, reconociendo la presencia de Emmanuel en el trabajo, la familia y la comunidad.

- Participar activamente en ministerios de acompañamiento pastoral y servicio social, representando, modelando y reflejando la presencia redentora de Cristo.

Conclusión:

Al recorrer Mateo 1:18–25 a la luz del significado de la navidad para nosotros hoy, hemos contemplado un misterio que no admite superficialidad, **el origen divino de la salvación, la justicia que brota de la fe y la presencia redentora de Emmanuel convergen en un mismo acto soberano de Dios**. La Encarnación no es un episodio aislado en la historia religiosa de la humanidad, sino el centro mismo del propósito eterno del Señor, anunciado desde antiguo y cumplido en la plenitud del tiempo.

En primer lugar, hemos visto que la salvación nace de la iniciativa absoluta de Dios. El Niño concebido "del Espíritu Santo" nos recuerda que la redención no surge de la capacidad humana, ni de la evolución moral de la historia, sino de la intervención libre y misericordiosa del Creador. El mismo Espíritu que dio vida al mundo en el principio inaugura ahora la nueva creación en Cristo. La Iglesia, por tanto, vive de la gracia que la precede, la llama y la sostiene. Nuestra fe descansa en la fidelidad del Dios que cumple lo que promete.

En segundo lugar, la figura de José nos ha mostrado que la justicia auténtica no es rigor sin compasión, sino fidelidad confiada a la palabra divina. Su obediencia silenciosa encarna la respuesta adecuada al obrar soberano de Dios, **escuchar, creer y actuar conforme a la revelación recibida**. Así como Abraham creyó contra toda esperanza y le fue contado por justicia, José confió cuando la explicación superaba su entendimiento. En él aprendemos que la fe verdadera se traduce en decisiones concretas, aun cuando impliquen renuncia, riesgo o incomprensión. La Iglesia es llamada a esa misma disposición, **una obediencia que no negocia con la verdad revelada, pero que se expresa con misericordia y humildad**.

Finalmente, el anuncio de los nombres del Niño —Jesús y Emmanuel— nos ha conducido al corazón del Evangelio. Jesús, "el Señor salva", declara que la raíz de nuestra liberación no es política ni circunstancial, sino espiritual, **Él vino a salvar a su pueblo de sus pecados**. Emmanuel, "Dios con nosotros", proclama que esta salvación no es distante ni abstracta, sino encarnada, cercana, personal. El Dios que habitó en el tabernáculo y cuya gloria llenó el templo ha asumido nuestra naturaleza para restaurarla desde dentro. La promesa antigua de la presencia divina encuentra aquí su realización definitiva.

En esta Primera Domínica después de la Natividad, la Iglesia es invitada a más que una memoria litúrgica, **es llamada a una renovación integral de su fe y de su vida**. Si la salvación proviene de Dios, debemos abandonar toda autosuficiencia

espiritual. Si la justicia se manifiesta en obediencia confiada, debemos ordenar nuestra existencia conforme a la palabra revelada. Si Emmanuel está con nosotros, entonces ninguna dimensión de nuestra vida queda fuera de su señorío redentor.

Dentro de la tradición anglicana confesamos que esta verdad es doctrinalmente sólida y pastoralmente viva. Cristo no es solo el cumplimiento de la profecía, sino el Señor presente que gobierna a su Iglesia por medio del Espíritu Santo. Su presencia consuela en la aflicción, corrige en el extravío y fortalece en la misión. Vivimos y servimos *Coram Deo*, delante del rostro de aquel que se hizo carne por nosotros.

Que la contemplación de este misterio no se reduzca a admiración intelectual. Que produzca adoración reverente, gratitud perseverante y obediencia concreta. Que, como José, respondamos con prontitud a la voz de Dios. Que, como pueblo redimido, proclamemos con palabras y obras que Jesús salva y que Emmanuel permanece con nosotros.

Y que el Dios que cumplió sus promesas en la Encarnación nos conceda permanecer firmes en la fe, constantes en la esperanza y abundantes en amor, hasta el día en que la presencia que ahora confesamos por fe se manifieste en gloria plena.

Amén.

Estación de Navidad

Día de la Circuncisión de Cristo
(1 de enero)



Lucas 2:15-21

LA CIRCUNCISIÓN DEL CORAZÓN Y LA OBEDIENCIA DEL HIJO
UNA DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO

(1 de enero)

Oración inicial:

Dios eterno y misericordioso, que en la plenitud del tiempo enviaste a tu Hijo unigénito para nacer bajo la Ley y redimir a los que estaban bajo esta: ilumina ahora nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, al meditar en el misterio de la Circuncisión de Cristo, seamos conducidos a una obediencia humilde y santa, conforme a tu perfecta voluntad; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

DIOS Todopoderoso, que permitiste que tu bendito Hijo fuese circuncidado, y sujeto a la ley de los hombres; Otórganos la verdadera circuncisión del Espíritu; para que teniendo nuestros corazones y cuerpos mortificados para todo deseo mundano y carnal, te obedezcamos en todo y por todo según tu santa voluntad; mediante el mismo Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Meditación:

En el marco luminoso y reverente de la Estación de Navidad, cuando la Iglesia aún canta el misterio de la Encarnación y se maravilla ante el Verbo hecho carne, se nos invita a contemplar un acontecimiento que, aunque humilde en su forma y silencioso en su realización, es profundo en su significado y decisivo para nuestra salvación, **el Hijo eterno de Dios se somete voluntariamente a la ley que Él mismo, como Dios, había establecido**. Aquel por quien fueron hechas todas las cosas no rehúsa colocarse bajo las ordenanzas humanas, sino que las asume plenamente para redimir desde dentro la condición caída del hombre. La Colecta del día nos guía con admirable sobriedad y profundidad teológica desde esta obra objetiva de Cristo —su obediencia real y concreta bajo la Ley— hasta su fruto subjetivo en nosotros, mostrando cómo la historia de la salvación se prolonga en la vida del creyente por la acción del Espíritu Santo.

En primer lugar, confesamos con humildad y gratitud que fue la voluntad soberana del Padre que su bendito Hijo fuese circuncidado, es decir, que asumiera sin reserva alguna la condición humana en su totalidad, viviendo bajo la Ley como verdadero miembro del pueblo del pacto. **Este acto no fue un simple cumplimiento ritual ni una concesión cultural o étnica, sino un acto cargado de sentido redentor por todo el mundo**, **Cristo entra en el pacto antiguo no como deudor, sino como fiel cumplidor, obedeciendo allí donde todos hemos fallado y llevando en su propia carne la señal de su consagración y**

perfecta obediencia a Dios. A partir de esta confesión, la oración se transforma en súplica ferviente, **pedimos que aquello que en Cristo fue un signo externo y perfecto se haga en nosotros una realidad interior y vivificante, la "verdadera circuncisión del Espíritu"**. Tal obra no es superficial ni simbólica, sino profundamente transformadora, pues implica la mortificación del viejo hombre, una muerte real y cotidiana al pecado y a los deseos mundanos y carnales que nos apartan de Dios. Finalmente, la Colecta señala con claridad el fin último de esta obra divina en nosotros, **no una obediencia fragmentaria o forzada, sino una obediencia plena, constante y amorosa, nacida de corazones renovados y rendidos**, que buscan conformarse en todo y por todo a la santa y perfecta voluntad de Dios.

Las lecturas del día confirman y enriquecen este movimiento espiritual. La Epístola a los Filipenses nos presenta al **Cristo exaltado por causa de su obediencia**, recordándonos que la gloria del Hijo es inseparable de su humillación voluntaria y fiel. El Evangelio, por su parte, nos muestra al **Niño Jesús que, al octavo día, es circuncidado y recibe el Nombre que está sobre todo nombre, un Nombre que proclama su misión salvadora desde el inicio de su vida terrenal**. Así comprendemos que la Navidad no se detiene en la dulzura del pesebre ni en la contemplación estática del Niño, sino que avanza con paso firme hacia la cruz y la resurrección. Desde el comienzo, la obediencia del Hijo anuncia el camino de nuestra redención y nos llama a seguirle en la misma senda de entrega confiada al Padre.

Lectura orante de la Palabra

La Epístola a los Filipenses nos ofrece una enseñanza necesaria sobre la relación inseparable entre humildad, obediencia y exaltación. El apóstol proclama con firmeza que Dios exaltó soberanamente a Jesús y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre, precisamente porque Él se humilló voluntariamente y permaneció obediente hasta la muerte, incluso hasta la muerte en la cruz. Este pasaje nos revela una verdad central del Evangelio, la gloria de Cristo no se opone a su humillación; al contrario, es el fruto inevitable de ella. **La obediencia del Hijo no es un acto pasajero ni un cumplimiento formal, sino una disposición activa, constante y deliberada que guía toda su vida**. Esta obediencia se convierte así en modelo y fuente para nuestra propia vida espiritual, si Cristo se humilla y se somete al Padre por nuestra salvación, nosotros somos llamados a responder con corazones dispuestos, permitiendo que su Espíritu nos enseñe a obedecerle en todo. Por ello, el apóstol exhorta a los creyentes a "**ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor**", no como quienes tratan de salvarse por sus propios esfuerzos, sino como aquellos en quienes Dios mismo obra, infundiendo el querer y el hacer conforme a su beneplácito. La epístola nos muestra que nuestra participación en la salvación es simultáneamente un llamado a la acción y un reconocimiento de la gracia activa de Dios en nosotros, **no somos simples espectadores, sino cooperadores en la obra del Espíritu**.

El Evangelio según san Lucas nos transporta a la sencillez y la humildad de los primeros días de la vida terrenal de Jesús. Los pastores, seres sencillos y atentos al mover de Dios, glorifican y alaban a Dios por lo que han visto y oído, testimoniando la maravilla de la Encarnación. Al cumplirse los ocho días, Jesús es circuncidado, cumpliendo la ley de Moisés, y recibe el Nombre que le había sido anunciado por el ángel, **Jesús, que significa "el Señor salva"**. Este acto, aparentemente silencioso y humilde, revela un misterio insondable, el Redentor se somete voluntariamente al signo de la Ley, indicando que su misión de salvación se realizará mediante la obediencia y el cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre. La Circuncisión no es ritualismo formal y vacío, sino una manifestación concreta de la identificación de Cristo con su pueblo y de su disposición a asumir plenamente la condición humana. En este evento convergen tres dimensiones fundamentales, la obediencia que Él practica desde el principio, la identidad que confirma al recibir su Nombre divinamente dado, y la misión salvadora que anuncia su propósito de redimir a los que estaban bajo la Ley. Así, incluso en la pequeñez del pesebre y la humildad del acto, se nos revela la grandeza del plan divino y el camino de obediencia y entrega que Cristo inaugura para todos los que le siguen.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Deseo verdaderamente la circuncisión del Espíritu, aun cuando implique la mortificación de mis deseos desordenados?
2. **Desde la Epístola:** ¿Vivo mi obediencia cristiana confiando en que Dios obra en mí el querer y el hacer, o la reduzco a un esfuerzo humano?
3. **Desde el Evangelio:** ¿Reconozco que el mismo Jesús que se sometió humildemente a la Ley es mi Salvador cuyo Nombre debo honrar y obedecer?

Aplicaciones devocionales:

1. **De la Colecta:** Practica una mortificación consciente y orante, ofreciendo a Dios aquello que sabes que debe ser rendido para una obediencia más plena.
2. **De la Epístola:** Cultiva una obediencia humilde, recordando que toda fidelidad cristiana es respuesta a la obra previa de Dios en ti.
3. **Del Evangelio:** Honra el Nombre de Jesús no solo con palabras, sino con una vida que refleje su obediencia y su mansedumbre.

Oración final:

Oh Dios fiel y santo, te damos gracias porque tu Hijo eterno se humilló por nosotros y fue obediente desde sus primeros días bajo la Ley. Concede que, por la obra de tu Espíritu, seamos verdaderamente circuncidados en el corazón, mortificando el pecado y viviendo para tu gloria. Haznos obedientes en todo, confiados en que tú

obras en nosotros según tu beneplácito, y que el Nombre de Jesús sea exaltado en nuestras vidas, hoy y siempre. Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

DEL PESEBRE A LA LEY: LA HUMILDAD Y MISIÓN DE JESÚS
UN SERMÓN PARA EL DÍA DE LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO

(1 de enero)

"Que Cristo, circuncidado en la carne, nos circuncide a nosotros con la circuncisión del corazón, para que seamos hechos santos en espíritu y acción". – San Agustín, *Sermones sobre el Evangelio de Juan*, 46.3

"**15** Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado. **16** Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. **17** Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. **18** Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. **19** Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. **20** Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho. **21** Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido" (Lucas 2:15-21).

Introducción:

Al comenzar un nuevo año civil, la Iglesia nos sitúa, con sabiduría pastoral y profundidad teológica, no en los grandes discursos ni en los milagros públicos de Jesús, sino en un acto breve, silencioso y aparentemente ordinario, **la circuncisión del Niño al octavo día.** Desde el pesebre de Belén hasta el cumplimiento de la Ley, el Evangelio nos conduce a contemplar cómo el Hijo eterno del Padre entra plenamente en la historia humana y se somete, en obediencia perfecta, a las exigencias del pacto.

El relato de Lucas (2:15–21) nos presenta primero la adoración sencilla de los pastores, testigos del anuncio celestial. Ellos ven al Niño acostado en el pesebre; María medita en su corazón; y la alabanza asciende a Dios. Sin embargo, la escena culmina no solo en la adoración, sino en la obediencia, "**Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS**". En esta transición —del asombro al cumplimiento de la Ley— se revela una verdad fundamental, el misterio de la Encarnación no es un acto aislado de condescendencia divina, sino el inicio consciente de una misión redentora enmarcada en la historia del pacto.

La circuncisión, instituida en Génesis 17 como señal del pacto con Abraham, marcaba en la carne la pertenencia al pueblo elegido. Era signo de consagración, identidad y promesa. Al someterse a este rito al octavo día, Jesús no lo hace como quien necesita purificación o incorporación, sino como quien asume solidariamente la condición de su pueblo. El Santo de Dios entra en la comunidad del pacto no por

necesidad personal, sino por fidelidad a la voluntad del Padre y por amor a aquellos a quienes ha venido a salvar. Desde el comienzo de su vida terrenal, Cristo se coloca bajo la Ley para cumplirla en su totalidad.

Este acto, aparentemente oculto, contiene una profundidad inmensa. Aquí se manifiesta la humildad del Verbo encarnado, **aquel por quien fue dada la Ley se somete a ella**. Aquí comienza visiblemente su obediencia activa, que culminará en la cruz. Aquí se proclama el Nombre anunciado por el ángel, Jesús, "el Señor salva". El Nombre no es mera designación, sino declaración de propósito. Cada gota de sangre derramada en este primer rito anticipa el sacrificio redentor por el cual establecerá el nuevo pacto.

La tradición anglicana, al conmemorar este día, nos recuerda que **no puede separarse el pesebre de la Ley ni la Encarnación de la obediencia**. Cristo no vino a abolir la historia de Israel, sino a llevarla a su plenitud. Su vida está tejida con los hilos de las promesas antiguas; su misión nace en el seno del pacto; su obra redentora brota de una fidelidad sin reservas al designio eterno de Dios.

Celebrar la Circuncisión de Cristo, por tanto, no es detenernos en un detalle ritual, sino reconocer que desde los primeros días de su vida terrenal el Salvador se consagra enteramente a nuestra redención. En este comienzo de año, la Iglesia es invitada a mirar al Niño que cumple la Ley, recibe el Nombre de Salvador y se identifica plenamente con su pueblo, para preguntarse: **¿cómo responderemos nosotros a tal humildad, a tal amor y a tal obediencia?**

Del pesebre a la Ley, de la promesa al cumplimiento, de la señal en la carne a la redención del corazón, así se abre ante nosotros el camino del Evangelio en este día santo.

1. La obediencia de Cristo como cumplimiento de la Ley.

El evangelista Lucas declara con sobriedad:

"Καὶ ὅτε ἐπλήσθησαν ἡμέραι ὀκτὼ τοῦ περιτεμεῖν αὐτόν…"
Kaì hóte eplḗsthēsan hēmérai oktṓ toû peritemeîn autón
"Y cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle…" (Lc 2:21).

El verbo **ἐπλήσθησαν** (*eplḗsthēsan*, "se cumplieron", "se completaron") proviene de *plēróō*, que indica llevar algo a su término establecido. Lucas no describe un simple transcurso cronológico, sino el cumplimiento preciso de lo prescrito por la Ley. La circuncisión no ocurre por iniciativa humana espontánea, sino conforme al mandato divino revelado siglos antes.

El rito de la circuncisión, instituido en Génesis 17:10–14, constituía la señal visible del pacto entre Dios y Abraham. El término hebreo *berît* (pacto) expresa una relación vinculante, sostenida por la promesa divina y marcada por un signo corporal permanente. La circuncisión al octavo día señalaba pertenencia, consagración e incorporación al pueblo del pacto. No era un simple distintivo étnico, sino una declaración teológica, **el niño circuncidado quedaba bajo la soberanía del Dios que había prometido bendecir a su descendencia**.

Cuando el Hijo eterno se somete a este mandato, acontece algo de profundidad insondable. Aquel por quien fue dada la Ley (cf. Jn 1:3) se coloca voluntariamente bajo ella. El apóstol Pablo lo expresará con precisión doctrinal: "γενόμενον ὑπὸ νόμον" (*genómenon hypò nómon*), "nacido bajo la Ley" (Gálatas 4:4). El participio **γενόμενον** (*genómenon*) subraya su verdadera inserción en la condición humana histórica; la preposición **ὑπό** (*hypó*) indica sujeción real. Cristo no aparenta obediencia, **la asume plenamente**.

Esta sumisión inicial inaugura lo que la teología clásica denomina su obediencia activa, **la vida entera del Señor vivida en conformidad perfecta con la voluntad del Padre**. La circuncisión constituye, en este sentido, el primer acto de esa fidelidad pública. A diferencia de Israel —que, aunque portaba en la carne la señal del pacto, muchas veces quebrantó sus estipulaciones (Jer 9:25–26)—, Jesús cumplirá la Ley sin desviación alguna. Donde el pueblo fracasó, el Hijo permanecerá firme.

Además, este episodio anticipa la dimensión redentora de su obediencia. La sangre derramada en el octavo día prefigura el sacrificio consumado en la cruz. La señal del pacto antiguo apunta hacia el establecimiento del nuevo pacto, sellado no con el signo de la carne, sino con su propia sangre (Lc 22:20). Así, la Ley no es anulada, sino llevada a su meta en la persona de aquel que la cumple desde dentro.

La obediencia de Cristo en su Circuncisión revela, por tanto, la armonía entre Ley y gracia. La Ley mostraba el camino de la fidelidad; la gracia provee al Hijo que la recorre sin falla en nuestro lugar. Lo que era mandato externo encuentra en Él realización interior y perfecta. En este acto humilde se manifiesta ya el principio que definirá toda su misión, **la redención acontece por medio de una obediencia amorosa y total al designio del Padre**.

1.1. Relación con la promesa de Abraham

La circuncisión de Jesús no solo responde al mandato legal, sino que se inscribe directamente en la promesa patriarcal. En Génesis 22:18, el Señor declara a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra". La palabra hebrea *zera'* (descendencia) posee un matiz colectivo, pero también puede referirse a un descendiente singular. El apóstol Pablo interpretará este pasaje

cristológicamente: "τῷ σπέρματί σου… ὅς ἐστιν Χριστός" (*τῷ spérmatí sou… hós estin Christós*), "a tu descendencia… la cual es Cristo" (Gá 3:16).

Al ser circuncidado, Jesús es reconocido oficialmente como miembro del linaje abrahámico. No es un Mesías desvinculado de la historia de Israel, sino el heredero legítimo de las promesas. La señal del pacto marca su pertenencia al pueblo elegido y, al mismo tiempo, lo identifica como el cumplimiento definitivo de la esperanza contenida en ese pacto.

Sin embargo, la promesa a Abraham siempre tuvo una proyección universal. Israel fue escogido no como fin en sí mismo, sino como instrumento de bendición para las naciones. La circuncisión de Cristo, lejos de restringir su misión a un ámbito étnico, confirma su arraigo en la historia de la salvación para luego expandirla a toda la humanidad. En Él convergen particularidad y universalidad, **es hijo de Abraham según la carne, pero Salvador del mundo por designio eterno**.

El octavo día posee también resonancia simbólica. En la tradición bíblica, el número ocho sugiere comienzo renovado después de un ciclo completo. Así como la creación culminó en siete días, el octavo apunta a una realidad que trasciende el orden antiguo. La circuncisión de Jesús, realizada en ese día señalado, puede contemplarse como signo anticipado de la nueva creación que Él inaugurará por su muerte y resurrección.

De este modo, el rito abrahámico alcanza en Cristo su significado pleno. La señal externa encuentra su consumación en la obediencia perfecta del Descendiente prometido. La bendición anunciada a los patriarcas comienza a desplegarse visiblemente en Aquel que llevará la redención más allá de los límites de Israel, abriendo el acceso al pacto a todos los pueblos.

Así, la Circuncisión del Señor no es un detalle marginal en el relato evangélico, sino la proclamación silenciosa de que la promesa hecha a Abraham ha entrado en su fase decisiva. El Niño marcado por la señal del pacto es el mismo que, mediante su obediencia fiel, hará que la bendición divina alcance a todas las generaciones.

Pregunta Escudriñadora:

¿Cómo refleja la obediencia de Cristo a la Ley la fidelidad de Dios a sus promesas?

Aplicación práctica:

Esta semana, revisa tu vida para identificar áreas donde puedes obedecer la voluntad de Dios en lo cotidiano, como Jesús obedeció la Ley; registra al menos una acción concreta que refleje tu fidelidad, ya sea en tu familia, trabajo o comunidad.

1.2. Obediencia activa y redentora.

La circuncisión de Cristo al octavo día no constituye un acto de simple formalismo, sino el inicio visible de una obediencia que será constante, consciente y plenamente orientada a la redención. La Escritura presenta esta obediencia como una sumisión interior y voluntaria al designio del Padre. El autor de Hebreos pone en labios del Hijo las palabras del Salmo 40:7–8:

"Ἰδοὺ ἥκω… τοῦ ποιῆσαι, ὁ Θεός, τὸ θέλημά σου"
Idoù hḗkō… toû poiêsai, ho Theós, tò thélēmá sou
"He aquí que vengo… para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Heb 10:7).

El verbo **ποιῆσαι** (*poiêsai*, "hacer", "cumplir") expresa acción deliberada; el sustantivo **θέλημα** (*thélēma*, "voluntad", "propósito") señala el plan soberano del Padre. La obediencia de Cristo no es reacción pasiva a circunstancias externas, sino ejecución consciente del querer divino. Desde su infancia, cada acto se integra en esta dinámica de fidelidad.

En el Antiguo Testamento, Israel fue llamado a amar al Señor con todo el corazón (Dt 6:5). Sin embargo, la historia bíblica muestra una constante tensión entre la señal externa del pacto y la disposición interior. Moisés exhortó: "**Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón**" (Dt 10:16), y Jeremías repitió el llamado (Jer 4:4). La obediencia auténtica debía trascender el rito para arraigarse en la voluntad transformada. Cristo encarna esa fidelidad interior perfecta, **en Él no existe disonancia entre mandato y deseo, entre Ley y afecto**. La señal que recibe en la carne es expresión de una entrega total del corazón al Padre.

El apóstol Pablo sintetiza esta dimensión cuando afirma que el Hijo fue:

"γενόμενος ὑπήκοος μέχρι θανάτου"
genómenos hypḗkoos méchri thanátou
"hecho obediente hasta la muerte" (Flp 2:8).

El término **ὑπήκοος** (*hypḗkoos*) proviene de *hypakoúō*, que literalmente significa "escuchar bajo", es decir, colocarse bajo la autoridad escuchada. La obediencia de Cristo implica una escucha perfecta y una sumisión plena. La circuncisión constituye el primer acto público de esta disposición que culminará en la cruz.

Esta obediencia posee carácter representativo y redentor. Pablo establece el contraste decisivo en Romanos 5:19:

"διὰ τῆς παρακοῆς τοῦ ἑνὸς… διὰ τῆς ὑπακοῆς τοῦ ἑνός"
dià tês parakoês toû henòs… dià tês hypakoês toû henós
"por la desobediencia de uno… por la obediencia de uno".

El sustantivo **παρακοή** (*parakoē*) denota escuchar mal o desoír; **ὑπακοή** (*hypakoē*) indica escucha sumisa. Adán quebrantó el mandato divino; Cristo lo cumple en plenitud. Donde la humanidad falló, el Hijo permanece fiel. **Así, su obediencia no es únicamente ejemplar, sino sustitutiva y eficaz, constituye a muchos en justicia**.

Desde esta perspectiva, la circuncisión del Señor anticipa toda su obra mediadora. Él asume la condición humana bajo la Ley para cumplirla en favor nuestro. No se limita a enseñar un ideal ético; realiza en su propia vida la obediencia que nosotros no hemos podido ofrecer. Cada precepto observado, cada tentación resistida y cada acto de fidelidad forman parte de la justicia que Él establece para su pueblo.

Para la vida cristiana, esta verdad tiene implicaciones profundas. Nuestra obediencia no busca producir mérito independiente, sino participar, por gracia, en la obediencia del Hijo. Pablo hablará de la "circunsición de Cristo" —**περιτομῇ τοῦ Χριστοῦ** (*peritomē̂ toû Christoû*)— como una realidad espiritual operada por Dios (Col 2:11), una transformación interior que sustituye el rito externo por una renovación del corazón. La fidelidad cristiana nace de haber sido unidos a Aquel que obedeció perfectamente.

Por tanto, la obediencia activa de Cristo, inaugurada en su Circuncisión y consumada en el Calvario, no solo corrige nuestra desobediencia, sino que abre un camino nuevo. Nos enseña que la verdadera conformidad a Dios surge de un corazón rendido y regenerado por el Espíritu. **No se trata de observancia farisaica ni de cumplimiento mecánico, sino de una vida alineada con la voluntad divina, sostenida por la gracia y modelada según el ejemplo del Hijo**.

En el Niño circuncidado contemplamos al Redentor que comienza, desde sus primeros días, a recorrer el sendero de una obediencia que salvará al mundo.

Pregunta Escudriñadora:

¿En qué aspectos de tu vida obedeces de manera formal y en cuáles puedes crecer hacia una obediencia activa y amorosa?

Aplicación práctica:

Practica la obediencia consciente durante la semana: al ayudar a alguien, hablar con integridad o cumplir tus responsabilidades, hazlo intencionalmente para honrar a Dios, recordando que tu obediencia puede ser un testimonio de su gracia.

2. El Nombre de Jesús y la identidad mesiánica

Lucas concluye el relato del octavo día con una afirmación de extraordinaria densidad teológica:

"καὶ ἐκλήθη τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦς"
kaὶ eklḗthē tò ónoma autoû Iēsoûs
"y fue llamado su nombre Jesús" (Lc 2:21).

El verbo **ἐκλήθη** (*eklḗthē*, "fue llamado") está en voz pasiva, lo que sugiere una acción que responde a una determinación previa. No se trata de una elección espontánea de María y José, sino del cumplimiento de la revelación celestial ya anunciada (Lc 1:31; Mt 1:21). El Nombre precede al nacimiento; la misión antecede a la manifestación histórica.

En la mentalidad bíblica, el nombre (*šēm* en hebreo; **ὄνομα**, *ónoma*, en griego) expresa identidad, carácter y vocación. **No designa simplemente; define**. Cuando Dios cambia el nombre de Abram a Abraham (Gn 17:5) o de Jacob a Israel (Gn 32:28), está revelando un nuevo papel dentro de su plan redentor. El Nombre otorgado a Jesús participa de esta misma lógica revelatoria: manifiesta quién es y para qué ha venido.

Ἰησοῦς (*Iēsoûs*) es la forma griega del hebreo *Yēšûa*ʿ, abreviación de *Yehôšûa*ʿ, que significa "**El Señor salva" o "YHWH es salvación**". Mateo explicita esta etimología:

"αὐτὸς γὰρ σώσει τὸν λαὸν αὐτοῦ ἀπὸ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν"
autòs gàr sṓsei tòn laòn autoû apò tôn hamartiôn autôn
"porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1:21).

El verbo **σώσει** (*sṓsei*, futuro de *sṓzō*) implica rescatar, liberar, restaurar. En el Antiguo Testamento, la salvación divina frecuentemente se manifestó como liberación de enemigos (Ex 14:13; Jue 2:16). Sin embargo, los profetas ampliaron la expectativa hacia una restauración más profunda, **perdón, purificación y reconciliación (Is 53; Jer 31:34)**. El Nombre Jesús declara que esta promesa alcanza ahora su realización definitiva.

Al recibir este Nombre en el contexto de la circuncisión —señal del pacto abrahámico—, **se unen identidad y misión**. El Niño pertenece verdaderamente a Israel y, al mismo tiempo, es el cumplimiento de su esperanza. No recibe autoridad por reconocimiento humano ni por hazañas futuras, sino por designio eterno. Su identidad mesiánica descansa en la voluntad soberana del Padre.

Para la Iglesia, proclamar el Nombre de Jesús no es un acto meramente devocional, sino confesional. Reconocemos en Él al Salvador prometido y afirmamos que nuestra identidad se halla vinculada a su Persona. **Ser cristiano es pertenecer al que lleva el Nombre que salva**.

2.1. Proclamación y reconocimiento del Mesías

En el Antiguo Testamento, el acto de nombrar implicaba autoridad y discernimiento espiritual. Dar nombre significaba reconocer el propósito divino sobre una vida. Cuando Dios renombra a Abram como Abraham —"padre de multitudes"— no solo modifica una designación, sino que establece públicamente su vocación dentro del pacto (Gn 17:5). De manera semejante, la imposición del Nombre Jesús en el octavo día constituye una proclamación solemne, **este Niño es el portador de la salvación prometida**.

La revelación angélica a María contiene la misma estructura declarativa:

"καὶ καλέσεις τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦν"
kaì kaléseis tò ónoma autoû Iēsoûn
"y llamarás su nombre Jesús" (Lc 1:31).

El verbo **καλέσεις** (*kaléseis*, "llamarás") está en futuro indicativo, subrayando certeza y mandato. El cielo determina lo que la tierra proclama. Así, el Nombre se convierte en confesión anticipada de su identidad mesiánica.

Los profetas habían anunciado un Niño cuyo nacimiento revelaría la intervención directa de Dios, **"Porque un niño nos es nacido… y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte" (Is 9:6)**. Miqueas habló del gobernante que saldría de Belén (Mi 5:2). Estas designaciones no eran títulos honoríficos vacíos, sino descripciones teológicas del carácter y la obra del Mesías. El Nombre Jesús sintetiza y concentra esas expectativas en una declaración concreta, **el Señor mismo actuará para salvar.**

El Nuevo Testamento reafirma esta centralidad. Pedro proclama:

"οὐκ ἔστιν ἐν ἄλλῳ οὐδενὶ ἡ σωτηρία"
ouk éstin en állō oudenì hē sōtēría
"No hay salvación en ningún otro" (Hch 4:12).

El Nombre no es fórmula mágica, sino expresión de autoridad divina y mediación única. **Confesarlo implica reconocer a Jesús como el Cristo, el Ungido esperado**.

Para la Iglesia, este reconocimiento no es simplemente doctrinal; es doxológico y misionero. El Nombre de Jesús se convierte en centro de adoración, fundamento de identidad y motor de testimonio. Al invocarlo, afirmamos que la salvación no se encuentra en estructuras humanas ni en méritos propios, sino en la Persona del Mesías prometido.

Pregunta Escudriñadora:

¿Reconoces en tu vida diaria la autoridad y misión de Jesús, y cómo influyen en tu identidad como cristiano?

Aplicación práctica:

Haz un acto concreto de proclamación de fe esta semana: comparte tu testimonio, enseña a alguien sobre Jesús u ora públicamente por un amigo, afirmando su Nombre en tu vida y en tu comunidad.

2.2. La circuncisión y la misión universal

La circuncisión de Jesús confirma su inserción plena en el pueblo del pacto, pero simultáneamente anticipa la expansión universal de su misión. La promesa dada a Abraham incluía una dimensión global: **"en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones" (Gn 22:18)**. La señal en la carne distinguía a Israel, pero el propósito de Dios nunca fue restringir su gracia a un solo grupo étnico.

El apóstol Pablo desarrolla esta tensión entre particularidad y universalidad. En Gálatas 3:8 afirma que la Escritura:

"προευηγγελίσατο τῷ Ἀβραάμ"
proeuēngelisato tō Abraám
"anunció de antemano el evangelio a Abraham".

El verbo **προευαγγελίζομαι** (*proeuangelízomai*) indica proclamar anticipadamente buenas nuevas. La promesa abrahámica ya contenía el germen del Evangelio. Cristo, como descendiente prometido, encarna ese anuncio.

Además, Pablo hablará de una "circuncisión no hecha por manos" —**περιτομὴ ἀχειροποίητος** (*peritomḗ acheiropoiētos*)— en Colosenses 2:11, refiriéndose a la transformación interior realizada por Cristo. Con ello muestra que el signo antiguo encuentra su plenitud en una obra espiritual que trasciende fronteras nacionales. La pertenencia al pueblo de Dios ya no depende de una marca física, sino de la unión con el Mesías.

Así, el mismo acto que afirma la fidelidad de Jesús a la Ley señala también el horizonte universal de su misión. El Niño circuncidado bajo el pacto antiguo es el Salvador destinado a todas las naciones. Desde sus primeros días, su vida anuncia que la gracia divina no se circunscribe a límites culturales o sociales, sino que se extiende a todo aquel que cree.

Para nosotros, esta verdad implica responsabilidad. Si el Nombre recibido en el octavo día declara salvación, y si esa salvación tiene alcance universal, entonces la Iglesia no puede encerrarse en sí misma. Nuestra identidad en Cristo nos impulsa hacia la proclamación, el servicio y la reconciliación. **El Mesías que asumió la señal del pacto para cumplirlo plenamente es el mismo que envía a su pueblo a anunciar que en su Nombre hay vida para el mundo entero**.

Pregunta Escudriñadora:

¿Cómo puedes participar en la misión universal de Cristo, llevando su mensaje de salvación más allá de tu círculo inmediato?

Aplicación práctica:

Esta semana, realiza un acto concreto de servicio o evangelización: visita a alguien necesitado, participa en una obra de caridad, o comparte el evangelio con una persona fuera de tu comunidad habitual.

3. La gloria en la humildad y la práctica devocional

El testimonio de Lucas presenta una escena de sobriedad elocuente: «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús» (Lucas 2:21). El texto griego dice: **καὶ ὅτε ἐπλήσθησαν ἡμέραι ὀκτὼ τοῦ περιτεμεῖν αὐτόν** (*kai hote eplḗsthēsan hēmérai oktṓ tou peritemeîn autón*), "cuando se cumplieron ocho días para circuncidarlo". El verbo **ἐπλήσθησαν** (*eplḗsthēsan*, "fueron completados") subraya la plenitud del tiempo establecido, evocando la fidelidad divina que rige la historia de la salvación. La **περιτομή** (*peritomḗ*, "circuncisión") remite directamente a Génesis 17:10-12, donde el Señor sella su pacto con Abraham mediante una señal corporal que distingue al pueblo elegido. Que el Hijo encarnado se someta a este signo revela que la gloria no irrumpe al margen de la Ley, sino en su cumplimiento perfecto.

La imposición del nombre —**καὶ ἐκλήθη τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦς** (*kai eklḗthē to ónoma autoû Iēsoûs*)— enlaza con la tradición veterotestamentaria en la que el nombre expresa identidad y misión. Ἰησοῦς (*Iēsoûs*) traduce el hebreo יֵשׁוּעַ (*Yēshúa*ʿ), "**El Señor salva**". Así, la escena doméstica de Nazaret contiene una afirmación teológica decisiva, **la salvación prometida a los patriarcas se concreta en la obediencia humilde de un niño**. Isaías 53:2-3 anticipa esta

paradoja al describir al Siervo como carente de apariencia majestuosa, pero portador del designio redentor. La **δόξα** (*dóxa*, "gloria"), lejos de identificarse con esplendor visible, se manifiesta como fidelidad perseverante al propósito divino.

Este principio atraviesa el Antiguo Testamento, Dios elige lo pequeño para realizar lo grande (cf. Miqueas 5:2; 1 Samuel 16:7). La tradición cristiana ha visto en esta economía divina un llamado permanente a reconocer que la grandeza auténtica no reside en la exhibición de poder, sino en la conformidad con la voluntad del Señor. La práctica devocional se inscribe en esta lógica, al ofrecer la vida ordinaria como servicio reverente, el creyente participa de la misma dinámica en la que la gloria se transparenta a través de la humildad.

3.1. Humildad como camino de obediencia

La humildad bíblica designa una disposición interior que reconoce la soberanía de Dios y la dependencia radical de la criatura. El término griego **ταπείνωσις** (*tapeínōsis*, "humillación" o "condición humilde") describe una actitud de sometimiento consciente, no una negación de la dignidad personal. En la Septuaginta, este concepto se vincula al clamor confiado del justo que espera en el Señor (Salmo 34:18 LXX). En Cristo, tal disposición se expresa en la aceptación voluntaria del marco legal del pacto.

La obediencia que brota de esta actitud encuentra su raíz en la exhortación de Deuteronomio 10:16: "**Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón**". El hebreo apunta a una transformación interior que trasciende el rito externo. Pablo retoma esta idea al hablar de la **περιτομὴ καρδίας ἐν πνεύματι** (*peritomḕ kardías en pneúmati*, "circuncisión del corazón en el Espíritu"; Romanos 2:29). La sumisión visible del Niño al mandato mosaico anticipa la obra interior que Él realizará en su pueblo mediante el Espíritu Santo.

Desde esta perspectiva, la humildad no es pasividad, sino apertura obediente al obrar divino. Reconocer la propia fragilidad permite acoger la gracia que restaura. Así, la obediencia deja de ser mera conformidad externa y se convierte en participación viva en el designio redentor. Cada acto realizado con esta disposición adquiere profundidad espiritual, pues se integra en la obediencia filial de Cristo al Padre.

Pregunta Escudriñadora:

¿En qué áreas de tu vida necesitas practicar la humildad para obedecer la voluntad de Dios?

Aplicación práctica:

Identifica una actitud de orgullo o auto-suficiencia esta semana y reemplázala por un acto de servicio o entrega: por ejemplo, ceder en una discusión, ayudar a alguien sin reconocimiento o buscar reconciliación donde haya conflicto.

3.2. La práctica devocional diaria

El "octavo día" posee resonancias simbólicas que apuntan a la nueva creación. Después del ciclo completo de siete días, el octavo inaugura un comienzo renovado. En este sentido, la circuncisión de Jesús señala la irrupción de una humanidad restaurada. El creyente entra en esa novedad mediante una disciplina espiritual constante que actualiza en la vida cotidiana la gracia del pacto cumplido.

El Salmo 1:2 describe al justo que "medita" en la Ley del Señor. La Septuaginta emplea **μελετήσει** (*meletēsei*, de *meletáō*, "ejercitarse, reflexionar con dedicación"), término que sugiere repetición atenta y asimilación profunda. No se trata de una lectura superficial, sino de una interiorización que modela el pensamiento y orienta la conducta. De modo semejante, Josué 1:8 vincula la meditación constante con la fidelidad práctica.

El Nuevo Testamento exhorta: **προσεύχεσθε ἀδιαλείπτως** (*proseúchesthe adialeíptōs*, "orad sin cesar"; 1 Tesalonicenses 5:17). La expresión no indica una actividad ininterrumpida en sentido literal, sino una disposición continua de comunión. Prácticas como el examen de conciencia, la confesión sincera y la gratitud cotidiana hallan eco en textos como Lamentaciones 3:40 y el Salmo 103. El ayuno, recordado por Jesús en Mateo 6:16-18, retoma la tradición profética que lo vincula al arrepentimiento genuino (Joel 2:12-13).

De este modo, la devoción diaria no constituye un formalismo, sino un medio por el cual el corazón es configurado conforme al Hijo. Así como Cristo asumió el signo del pacto en obediencia humilde, el creyente adopta disciplinas que lo disponen a la acción santificadora del Espíritu. En esa constancia silenciosa, la gloria de Dios continúa manifestándose, no mediante espectacularidad, sino a través de una vida transformada que responde con fidelidad agradecida.

Pregunta Escudriñadora:

¿Cómo integras la obediencia y la devoción a Dios en tu rutina diaria, de manera que tu vida sea un testimonio constante de su gracia?

Aplicación práctica:

Establece un hábito concreto: medita cada mañana 10-15 minutos en un pasaje bíblico, orando por la obediencia y la guía del Espíritu; registra tus insights y acciones de fe durante la semana.

Conclusión:

Al contemplar la Circuncisión de Cristo, comprendemos que no estamos ante un simple cumplimiento ritual, sino ante una revelación concentrada del misterio de la encarnación y de la fidelidad irrevocable de Dios. En ese acto, realizado conforme a la Ley dada a Abraham, el Hijo eterno se inserta plenamente en la historia del pacto y asume, desde los primeros días de su vida terrenal, la senda de la obediencia que recorrerá hasta la cruz. La señal que en Israel distinguía al pueblo escogido encuentra en Él su significado definitivo, **el Señor del pacto se somete al pacto para llevarlo a su plenitud**.

La obediencia activa de Jesús no es un acto aislado, sino el inicio visible de una vida enteramente consagrada al Padre. Él cumple la Ley no solo en su dimensión externa, sino en su intención más profunda, manifestando que la justicia verdadera brota de un corazón perfectamente alineado con la voluntad divina. Así, las promesas del Antiguo Testamento —anunciadas a los patriarcas, proclamadas por los profetas y anheladas por generaciones— se concentran en su persona. **Su Nombre, dado en el contexto de la circuncisión, proclama que la salvación no es privilegio exclusivo de un grupo étnico, sino don ofrecido a todas las naciones**.

Asimismo, su humildad ilumina el carácter auténtico de la gloria divina. En un mundo que identifica grandeza con poder visible y reconocimiento público, Cristo revela que la gloria de Dios resplandece en la fidelidad perseverante, en la obediencia silenciosa y en la entrega confiada. La circuncisión del octavo día, realizada en la discreción sin pompa visible, nos enseña que el Reino avanza muchas veces sin estruendo, pero con eficacia eterna.

Para la Iglesia contemporánea, este misterio constituye un llamado concreto. Reconocer la autoridad de Cristo implica someternos a su señorío en cada ámbito de la vida. Obedecer con humildad significa permitir que su Palabra examine nuestras motivaciones, purifique nuestros afectos y oriente nuestras decisiones. Participar en su misión demanda coherencia entre fe y conducta, entre confesión y testimonio.

La Circuncisión de Cristo revela de manera plena aquello que el rito antiguo anunciaba de forma anticipada. En Israel, la señal física indicaba pertenencia al pueblo del pacto y consagración al Señor; en Cristo, esa señal alcanza su consumación, pues Él cumple la Ley sin pecado y muestra que la verdadera circuncisión es obra interior de Dios. Lo que Deuteronomio y Jeremías proclamaban como exhortación —la circuncisión del corazón— se convierte, por la obediencia del Hijo y la acción del Espíritu, en realidad transformadora.

Por ello, nuestra identidad en Dios no descansa en formalismos ni en méritos propios, sino en la misericordia que nos incorpora a Cristo. No transitamos por el

camino del legalismo, que confía en el esfuerzo humano, ni por el del desprecio de la Ley, que ignora la santidad divina. Caminamos por la senda de una fe viva que se expresa en obediencia agradecida. Esta obediencia no busca justificarse a sí misma, sino que surge como fruto de un corazón renovado por el Espíritu, rendido a la voluntad de Dios.

Que la celebración de este día avive en nosotros el deseo de vivir con un corazón circuncidado en el Espíritu, **mortificando todo afecto desordenado, proclamando con reverencia el Nombre de Jesús y sirviendo con la misma humildad que Él manifestó desde sus primeros días**. En su obediencia fiel encontramos la norma de nuestra vida; en su entrega silenciosa, el modelo de nuestra misión; y en su gracia soberana, la certeza de que la obra que Él comenzó la llevará a su cumplimiento para gloria de Dios y salvación del mundo.

Amén.

Estación de Navidad

Segunda Domínica después de Navidad



Mateo 2:19-23

LA LUZ ENCENDIDA QUE RESPLANDECE EN LA VIDA
UNA DEVOCIÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DESPUÉS DE NAVIDAD

Oración inicial:

Dios eterno y misericordioso, fuente de toda luz verdadera, que en tu Hijo encarnado has disipado las tinieblas del mundo: ilumina ahora nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, al meditar en tu santa Palabra, seamos transformados interiormente y llevados a reflejar en nuestra vida la claridad de tu gracia; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

DIOS Omnipotente, que has derramado sobre nosotros la nueva luz del Verbo encarnado; Concede que esa misma luz encendida en nuestros corazones pueda también brillar en nuestras vidas; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

En la Estación de Navidad, la Iglesia no solo se detiene a contemplar con asombro y gozo el misterio inefable de la Encarnación del Verbo, sino que, guiada por la oración litúrgica, implora **que este misterio sea eficaz y transformador en la vida concreta del creyente**. La Colecta de este día expresa de manera diáfana este dinamismo espiritual, **primero, reconoce la iniciativa soberana de Dios**, quien ha derramado gratuitamente sobre nosotros la nueva luz del Verbo encarnado, luz que no surge del esfuerzo humano, sino que irrumpe desde lo alto como don de gracia. Luego, **la oración se torna súplica pastoral y profundamente práctica**, pidiendo que esa misma luz no permanezca como una verdad meramente confesada o celebrada externamente, sino que sea encendida en nuestros corazones y, desde allí, se manifieste de forma visible y coherente en nuestras vidas. De este modo, la Colecta establece un puente entre la revelación divina y la respuesta humana, recordándonos que la Encarnación no solo debe ser adorada, sino también vivida.

Esta relación entre revelación y transformación se hace patente en las lecturas del día. La luz de Cristo, como proclama el profeta Isaías, no es solo una verdad teológica, sino un poder vivificador que actúa en la historia y en la vida del pueblo de Dios. El Ungido del Señor es enviado para anunciar buenas nuevas a los pobres, sanar los corazones heridos, proclamar libertad a los cautivos y consolar a los que lloran, transformando el luto en gozo y la desesperanza en alabanza. Esta es la luz que Dios ha derramado sobre su pueblo, **una luz que restaura, levanta y renueva**. El Evangelio según san Mateo, por su parte, nos muestra cómo esta misma luz opera de manera discreta y obediente en medio de la fragilidad humana. El Niño Jesús, guiado y protegido por la providencia divina, regresa del exilio y crece

en la sencillez de Nazaret, cumpliendo las Escrituras no a través de actos grandiosos, sino mediante la obediencia fiel y silenciosa. Así, la Colecta encuentra su eco y su cumplimiento en las lecturas, **la luz revelada en Cristo se manifiesta tanto en la misión restauradora anunciada por Isaías como en la vida humilde y obediente del Hijo encarnado**, enseñándonos que la luz que viene de Dios está llamada a brillar en la vida del pueblo redimido aun en contextos de oscuridad, incertidumbre y fidelidad cotidiana.

Lectura orante de la Palabra:

La lectura de Isaías 61:1-3 proclama con solemnidad la misión del Ungido del Señor, aquel que ha sido revestido del Espíritu para anunciar buenas nuevas a los pobres, sanar a los quebrantados de corazón y traer consuelo a los afligidos. Este pasaje, cargado de esperanza y promesa, revela el carácter profundamente mesiánico de la obra de Dios, **la luz que Él derrama sobre su pueblo no es una idea abstracta ni una verdad distante, sino una realidad viva y eficaz que irrumpe en medio del sufrimiento humano para restaurar, sanar y renovar**. El profeta describe una transformación radical, el duelo es cambiado en gozo, la ceniza en corona, el espíritu angustiado en manto de alabanza. Así, el pueblo redimido es constituido como "plantío de justicia", no para su propia exaltación, sino para la gloria del Señor, mostrando que la luz divina produce frutos visibles de santidad, justicia y adoración en la vida comunitaria.

En el Evangelio según san Mateo (2:19-23), contemplamos cómo esta promesa comienza a cumplirse de manera silenciosa y humilde en la historia concreta de Jesús. Dios guía a José mediante su Palabra, protegiendo al Niño de la violencia de los poderosos y conduciéndolo de regreso a la tierra de Israel, para que las Escrituras sean cumplidas. No hay aquí proclamaciones públicas ni manifestaciones espectaculares de poder; la luz del Verbo encarnado avanza por el camino de la obediencia fiel, del cuidado providente y de la sumisión a la voluntad de Dios. El establecimiento de Jesús en Nazaret, un lugar sin prestigio ni reconocimiento, subraya que la obra de la salvación no se edifica sobre la grandeza humana, sino sobre la fidelidad constante a la Palabra divina. De este modo, ambas lecturas convergen en una misma enseñanza, **la luz de Dios actúa tanto en la proclamación profética que anuncia restauración y justicia, como en la obediencia silenciosa que encarna esa promesa en la vida diaria**, formando un pueblo transformado que vive no para sí mismo, sino para la gloria de Dios.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Permito que la luz del Verbo encarnado transforme no solo mi fe interior, sino también la manera en que vivo y actúo cada día?
2. **Desde la Epístola (Isaías):** ¿De qué manera la luz de Cristo me llama a ser instrumento de consuelo, restauración y esperanza para otros?

3. **Desde el Evangelio (Mateo):** ¿Estoy dispuesto a obedecer a Dios aun cuando su guía me lleve por caminos humildes, ocultos o inesperados?

Aplicaciones devocionales:

1. **Desde la Colecta:** Dedica tiempo diario a la oración y a la Palabra, pidiendo explícitamente que la luz de Cristo no solo ilumine tu entendimiento, sino que se refleje en tus decisiones, palabras y actitudes.
2. **Desde la Epístola:** Practica un acto concreto de misericordia esta semana —escucha, consuela o ayuda a alguien que esté afligido— como expresión visible de la luz restauradora de Dios.
3. **Desde el Evangelio:** Ejercita la obediencia fiel en lo cotidiano, aceptando con humildad las responsabilidades presentes, confiando en que Dios obra su propósito aun en lo aparentemente pequeño y silencioso.

Oración final:

Oh Dios de luz y salvación, te damos gracias porque en tu Hijo encarnado has derramado sobre nosotros la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Concede que esa luz, encendida por tu Espíritu en nuestros corazones, resplandezca también en nuestras vidas, para que seamos testigos fieles de tu gracia en medio del mundo. Haznos instrumentos de consuelo, restauración y esperanza, y concédenos un espíritu obediente y confiado, aun en los caminos humildes que tú dispongas. Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

LA LUZ QUE REGRESA DEL EXILIO: OBEDIENCIA, PROVIDENCIA Y ESPERANZA EN EL CRISTO HUMILDE
SERMÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA NATIVIDAD

"Él vino humildemente para que nosotros, sanados de nuestra soberbia, pudiéramos volver a Dios". *San Agustín de Hipona, Sermón 185, sobre la Natividad del Señor.*

"19 Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños
a José en Egipto, **20** diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra
de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño. **21** Entonces él
se levantó, y tomó al niño y a su madre, y vino a tierra de Israel. **22** Pero oyendo
que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, tuvo temor de ir allá;
pero avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea, **23** y vino y
habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que fue dicho
por los profetas, que habría de ser llamado nazareno". (Mateo 2:19-23)

Introducción:

Al acercarnos al cierre de la Estación de Navidad, la Iglesia no abandona el misterio de la Encarnación, sino que es conducida a contemplarlo con mayor profundidad. Después del resplandor del pesebre y de la adoración de los magos, el Evangelio nos muestra que la gloria del Verbo hecho carne no se despliega en escenarios de seguridad y triunfo visible, sino en la vulnerabilidad de la historia humana. La Segunda Domínica después de la Natividad nos sitúa en un momento decisivo, **el retorno del Niño desde el exilio en Egipto, guiado por la voz de Dios y custodiado por la obediencia fiel de José (Mateo 2:19-23)**.

San Agustín nos recuerda que Cristo "vino humildemente para que nosotros, sanados de nuestra soberbia, pudiéramos volver a Dios". Esta afirmación ilumina el pasaje que hoy meditamos. El Hijo eterno, que no necesitaba huir ni temer, aceptó compartir la condición de los desplazados y perseguidos. La Sagrada Familia conoció la inseguridad del exilio, la fragilidad del destierro y la incertidumbre del regreso. Así, el Señor no redime desde la distancia, sino desde dentro de nuestra historia herida.

El texto de Mateo describe un nuevo movimiento providencial: **"Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel"**. Estas palabras evocan el antiguo éxodo. Israel había salido de Egipto por el poder liberador de Dios; ahora, el verdadero Israel, el Hijo amado, retorna de Egipto para cumplir en sí mismo la historia del pueblo. No se trata de un simple traslado geográfico, sino de un acto cargado de resonancias redentoras. El evangelista percibe en este retorno el cumplimiento de las Escrituras y la confirmación de que nada escapa al gobierno soberano del Señor.

Sin embargo, el camino no conduce a Jerusalén, centro político y religioso, sino a Galilea, región periférica y menospreciada. La mención de Nazaret —"para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno"— subraya nuevamente la lógica divina, **la salvación florece en lo pequeño, lo oculto y lo aparentemente insignificante**. La luz que regresa del exilio no se impone por la fuerza; se establece en la sencillez de un hogar, preparando silenciosamente la obra futura.

Desde la tradición anglicana, este pasaje nos invita a discernir tres realidades inseparables, la obediencia que escucha y responde, la providencia que gobierna aun en medio de la incertidumbre, y la esperanza que brota cuando la promesa parece amenazada. La Navidad no concluye con una escena estática de ternura; continúa en el caminar confiado de quienes, como José, se levantan cuando Dios habla y avanzan aunque el horizonte no esté del todo claro.

Así, al iniciar esta predicación bajo el título "La Luz que Regresa del Exilio", somos llamados a reconocer que Cristo no solo entra en nuestra historia, sino que la conduce hacia su restauración. En tiempos de temor, desplazamiento o aparente oscuridad, la Iglesia aprende que la luz del Verbo encarnado no se extingue. Por el contrario, brilla con mayor claridad en la obediencia humilde y en la confianza perseverante, formando un pueblo que vive atento a la voz de Dios y firme en la esperanza de sus promesas.

1. La providencia fiel de Dios que guía la historia.

El relato de Mateo nos introduce en una afirmación breve pero cargada de significado: «Muerto Herodes…» (Mateo 2:19). El texto griego comienza con la expresión **τελευτήσαντος δὲ τοῦ Ἡρῴδου** (*teleutḗsantos de tou Hērṓdou*), participio aoristo que puede traducirse "habiendo muerto Herodes". No se trata simplemente de un dato cronológico; el aoristo subraya un hecho consumado que marca un cambio decisivo en la escena histórica. El poder que parecía inamovible ha sido limitado por el juicio soberano de Dios. Así, el evangelista afirma implícitamente que ningún trono humano puede frustrar el designio eterno del Señor.

Esta convicción hunde sus raíces en el Antiguo Testamento. El Faraón que oprimía a Israel, los reyes cananeos que resistieron la entrada en la tierra prometida, los imperios que condujeron al pueblo al exilio, **todos fueron instrumentos temporales dentro de un plan mayor que jamás perdió su rumbo**. El Salmo 2 proclama que las naciones se levantan en vano contra el Ungido, porque el Señor "se sienta en los cielos" y afirma su decreto. La muerte de Herodes, por tanto, no es solo el fin de un tirano, sino la confirmación de que la historia está sujeta a la providencia divina.

Mateo añade: «He aquí, un ángel del Señor aparece en sueños a José en Egipto». La fórmula **ἰδοὺ ἄγγελος Κυρίου φαίνεται** (*idoù ángelos Kyríou phaínetai*) introduce una intervención directa de Dios en el curso de los acontecimientos. El verbo **φαίνεται** (*phaínetai*, "aparece, se hace visible") sugiere manifestación reveladora. En el momento oportuno, el Señor actúa y habla. La salida de Egipto, que evoca el éxodo antiguo (cf. Oseas 11:1), no es casualidad geográfica, sino cumplimiento de una trama salvífica que enlaza pasado y presente. Así como Dios oyó el clamor de su pueblo esclavizado (Éxodo 3:7-10), ahora preserva al verdadero Hijo y lo conduce conforme a su propósito.

La providencia que guía este retorno no elimina la incertidumbre, pero sí asegura el resultado. El plan redentor avanza con precisión, aun cuando los caminos parezcan frágiles. Para la Iglesia, esta escena constituye un llamado a confiar en que la soberanía divina no es abstracta ni distante, sino activa y fiel. El mismo Dios que condujo a Israel y protegió al Mesías continúa gobernando la historia y sosteniendo a su pueblo en medio de circunstancias cambiantes.

1.1 Dios habla y conduce a los suyos.

El núcleo del pasaje radica en la iniciativa divina. El mensaje dirigido a José comienza con una serie de imperativos: **ἐγερθεὶς παράλαβε τὸ παιδίον καὶ τὴν μητέρα αὐτοῦ καὶ πορεύου** (*egertheìs parálabe to paidíon kai tēn mētera autoû kai poreúou*), "levántate, toma al niño y a su madre, y vete". El participio **ἐγερθείς** (*egertheìs*, "habiéndote levantado") seguido del imperativo **παράλαβε** (*parálabe*, "toma contigo") transmite prontitud y decisión. No hay espacio para la dilación. La revelación exige respuesta.

Esta dinámica refleja un patrón constante en la historia bíblica. Abraham escuchó el mandato divino y salió "sin saber a dónde iba" (Génesis 12:1-4). Moisés fue enviado desde la zarza ardiente con una comisión específica (Éxodo 3). Los profetas recibieron la palabra del Señor y la proclamaron aun frente a la oposición. En cada caso, la fe nace de la escucha atenta y se confirma en la obediencia concreta. El Salmo 25:9 declara que Dios encamina a los humildes por el juicio y les enseña su senda. José se inscribe en esta línea de los justos que confían en la palabra revelada más que en la seguridad visible.

El medio elegido —el sueño— no debe interpretarse como fantasía subjetiva, sino como recurso frecuente de revelación en la tradición bíblica (cf. Génesis 28:12; 37:5). El evangelista utiliza el término **κατ' ὄναρ** (*kat' ónar*, "en sueño"), indicando una comunicación divina que trasciende el cálculo humano. La obediencia de José, por tanto, no descansa en evidencias tangibles, sino en la certeza de que quien habla es fiel.

Para la Iglesia, este testimonio subraya que la dirección de Dios no se impone por estruendo, sino que se discierne en la escucha reverente de su Palabra. El Señor continúa hablando mediante las Escrituras y por la obra del Espíritu. La respuesta adecuada no es la especulación ansiosa, sino la obediencia confiada. Así como José se levantó y actuó conforme al mandato recibido, la comunidad cristiana es llamada a caminar bajo la guía del Dios que revela, orienta y sostiene.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco que Dios sigue guiando a su Iglesia incluso cuando los acontecimientos parecen inciertos o amenazantes?
- ¿Discierno la voz de Dios a través de su Palabra con la misma prontitud y reverencia que José?

Aplicación práctica:

- Establecer un tiempo diario de lectura orante de la Escritura, pidiendo discernimiento para reconocer la guía de Dios.
- Practicar la obediencia inmediata en decisiones concretas que estén claramente alineadas con la Palabra revelada.

2. Cristo, el verdadero Israel que regresa del exilio.

Al considerar este segundo eje del relato, el evangelista Mateo nos invita a leer la infancia de Jesús dentro del gran marco narrativo de la historia de Israel. La salida de Egipto no constituye un detalle circunstancial, sino un acto deliberadamente presentado como cumplimiento. Cuando Mateo cita al profeta Oseas —«De Egipto llamé a mi Hijo» (Oseas 11:1)— utiliza la fórmula característica **ἵνα πληρωθῇ** (*hína plērōthê*, "para que se cumpliera"), donde el verbo **πληρόω** (*plēróō*) no significa meramente "predecir y realizar", sino "llenar", "llevar a su plenitud". El pasado no queda anulado; es colmado de sentido en la persona de Cristo.

En Oseas, el término "mi hijo" se refiere a Israel, liberado por gracia y llamado a la fidelidad. El hebreo **בְּנִי** (*benî*, "mi hijo") expresa elección y relación de pacto. Sin embargo, la historia posterior mostró que aquel hijo respondió con infidelidad. Mateo, al aplicar este texto a Jesús, **afirma implícitamente que Él encarna y representa al verdadero Israel**. Cristo revive la trayectoria del pueblo, desciende a Egipto, es llamado de allí, atraviesa el desierto y enfrenta la tentación. **Pero donde Israel murmuró, Él obedece; donde el pueblo quebrantó la alianza, Él la honra perfectamente**.

Este paralelismo no es alegórico ni forzado, sino profundamente teológico. El éxodo antiguo fue el acto fundacional de la identidad israelita, Dios rescató a su pueblo de la esclavitud para hacerlo suyo. Ahora, el retorno de Jesús desde Egipto señala el

inicio de una liberación mayor. El verbo griego **καλέω** (*kaléō*, "llamar") empleado en la cita subraya la iniciativa soberana de Dios que convoca a su Hijo para cumplir su misión. Así como el Señor "llamó" a Israel para constituirlo como nación santa, **ahora llama a su Hijo amado para restaurar lo que había sido fracturado**.

En Cristo, por tanto, la historia del exilio y del retorno adquiere una dimensión nueva. El exilio, que en el Antiguo Testamento representaba la consecuencia del pecado y la pérdida de comunión, comienza a revertirse en Él. Jesús no solo revive la memoria del éxodo; la transforma en anuncio de redención definitiva. El camino que recorrió Israel como pueblo es asumido y perfeccionado por el Hijo, quien se convierte en cabeza de una humanidad renovada.

2.1 Cumplimiento de las Escrituras y fidelidad al pacto.

El cumplimiento de las Escrituras en la vida de Cristo no responde a coincidencias literarias, sino a la fidelidad constante de Dios a su pacto. La expresión **ἵνα πληρωθῇ τὸ ῥηθὲν ὑπὸ τοῦ Κυρίου διὰ τοῦ προφήτου** (*hína plērōthê̂ to rhēthèn hypò tou Kyríou diá tou prophḗtou*), frecuente en Mateo, recalca que lo dicho por el Señor a través de los profetas alcanza su realización concreta. El sustantivo **ῥηθέν** (*rhēthén*, "lo hablado") destaca la autoridad de la palabra divina, que no cae en vacío ni queda suspendida en la incertidumbre.

El pacto con Abraham (Génesis 12:1-3) prometía bendición para todas las naciones; el pacto en el Sinaí estableció una relación particular basada en la obediencia; las promesas proféticas, especialmente en Isaías 40–55, anunciaron consuelo y restauración tras el exilio. En Jesús, estos hilos convergen. Su retorno de Egipto evoca el primer éxodo; su establecimiento en la tierra señala el inicio de una restauración más profunda que la meramente territorial. La liberación que Él trae no consiste en la expulsión de un poder extranjero, sino en la reconciliación del ser humano con Dios.

Isaías proclama: «Consolad, consolad a mi pueblo» (Isaías 40:1). El consuelo prometido incluía el regreso del exilio y la manifestación de la gloria del Señor. En Cristo, ese consuelo se hace carne. Él no solo anuncia el fin del destierro espiritual; lo inaugura mediante su obediencia. La fidelidad divina, puesta en duda tantas veces por la fragilidad humana, se revela inquebrantable. Dios cumple su palabra no porque el pueblo haya sido constante, sino porque su gracia permanece firme.

Para la Iglesia, esta verdad tiene consecuencias profundas. Si Cristo es el verdadero Israel y el cumplimiento del pacto, nuestra pertenencia al pueblo de Dios no descansa en genealogía ni en mérito, sino en unión con Él. El tiempo del exilio espiritual llega a su término en la medida en que somos incorporados a su vida. Las promesas antiguas se convierten en esperanza presente, y la fidelidad que sostuvo la historia bíblica continúa sosteniendo a la comunidad creyente. Así, el retorno del

Hijo desde Egipto no es solo memoria del pasado, **sino anuncio de la restauración definitiva que Dios realiza en Cristo.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Veo mi propia historia a la luz de la historia redentora que Dios ha revelado en las Escrituras?
- ¿Reconozco a Cristo como el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y fundamento de mi esperanza?

Aplicación práctica:

- Leer el Antiguo Testamento cristológicamente, buscando cómo apunta a Cristo y fortalece la fe.
- Recordar en oración personal cómo Dios ha sido fiel en el pasado para renovar la confianza en el presente.

3. La humildad de Nazaret y la formación del pueblo de Dios.

Al llegar a este tercer momento del relato, el Evangelio dirige nuestra mirada hacia un detalle que, a primera vista, podría parecer secundario: «y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno» (Mateo 2:23). El texto griego emplea el verbo **κατῴκησεν** (*katṓkēsen*, "estableció su morada, se asentó"), término que indica permanencia y arraigo, no una estancia pasajera. La elección de Nazaret no fue circunstancial; forma parte del designio providencial que modela la identidad del Mesías en el silencio de lo ordinario.

La fórmula **ὅπως πληρωθῇ τὸ ῥηθὲν διὰ τῶν προφητῶν** (*hópōs plērōthê̂ to rhēthèn diá tōn prophētōn*) —"para que se cumpliera lo dicho por medio de los profetas"— no remite a un texto aislado, sino a una convergencia temática. El plural "los profetas" sugiere una síntesis de testimonios que describen al Enviado de Dios como humilde y desestimado. La posible conexión con Isaías 11:1 resulta significativa: «Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago (en hebreo **נֵצֶר**, *nétser*, "renuevo, brote") retoñará de sus raíces». Algunos han visto en la semejanza fonética entre *nétser* y "Nazaret" una alusión teológica más que etimológica, **el Mesías es el "Renuevo" que surge de un linaje aparentemente cortado, creciendo lejos de los centros de poder.**

Asimismo, Isaías 53:2-3 presenta al Siervo como «sin atractivo ni hermosura», despreciado y desechado. La residencia en una aldea sin prestigio encarna esa expectativa profética. En el Evangelio de Juan, la pregunta de Natanael —«¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Juan 1:46)— refleja el desprecio asociado al

lugar. De este modo, el Mesías no solo proclama la humildad; la asume como condición formativa.

Nazaret se convierte así en el escenario donde el Hijo eterno, verdadero Israel, crece "en sabiduría y en estatura" (Lucas 2:52). La historia de la salvación avanza en la discreción de un hogar, en la obediencia cotidiana y en la fidelidad perseverante. Este proceso recuerda cómo Dios formó a Moisés en el desierto antes de enviarlo a liberar al pueblo, o cómo David fue preparado en el anonimato del pastoreo antes de ser ungido rey. **La pedagogía divina privilegia el crecimiento silencioso sobre la exaltación prematura**.

Para la Iglesia, Nazaret constituye una lección permanente. La santidad no se fragua únicamente en acontecimientos extraordinarios, sino en la constancia del deber, en la vida familiar, en el trabajo honesto y en la obediencia diaria. Allí, donde el mundo no percibe relevancia, Dios forja instrumentos de su gracia. **La comunidad creyente aprende que el Reino se edifica con paciencia y fidelidad, no con espectacularidad**.

3.1 La gloria de Dios revelada en la sencillez.

La permanencia de Jesús en Nazaret revela un principio central de la economía divina, la gloria de Dios se manifiesta en lo que el mundo considera pequeño. El término griego **δόξα** (*dóxa*, "gloria, esplendor") en la Escritura no alude únicamente a magnificencia visible, sino a la manifestación del carácter santo de Dios. En Cristo, esa gloria no se impone mediante ostentación, sino que se transparenta en la obediencia perseverante y en la vida íntegra.

El Antiguo Testamento ofrece múltiples precedentes. El Señor eligió a David, el menor de los hijos de Isaí, cuando aún cuidaba ovejas (1 Samuel 16:11-13). Escogió a Gedeón, perteneciente a la familia más débil de su tribu (Jueces 6:15), y manifestó su poder a través de instrumentos humanamente insuficientes. Esta lógica culmina en la encarnación, **el Hijo de Dios crece en un entorno sencillo, santificando la vida común y dignificando las tareas ordinarias**.

El verbo **αὐξάνω** (*auxánō*, "crecer, desarrollarse"), utilizado por Lucas para describir el crecimiento de Jesús, implica un proceso gradual y real. La redención no irrumpe como espectáculo, sino que madura en el tiempo señalado por el Padre. Así, la sencillez de Nazaret no contradice la gloria; la revela bajo una forma accesible y transformadora.

En continuidad con esta enseñanza, la tradición cristiana ha subrayado que la santidad se cultiva en la disciplina diaria, **oración constante, trabajo fiel, servicio discreto**. Allí donde la obediencia se vive sin búsqueda de reconocimiento, la gracia actúa con eficacia profunda. La Iglesia, formada a la imagen de su Señor,

está llamada a reflejar esta misma dinámica, glorificar a Dios no solo en actos extraordinarios, sino en la coherencia perseverante de una vida rendida a su voluntad.

De este modo, Nazaret se convierte en símbolo y escuela. En su humildad se revela la grandeza del plan divino; en su silencio se escucha la voz de una gloria que no necesita imponerse, porque procede del Dios que exalta a los humildes y cumple sus promesas con fidelidad inquebrantable.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Valoro los lugares y momentos ordinarios como espacios donde Dios obra mi santificación?
- ¿Busco la gloria de Dios en la fidelidad diaria más que en el reconocimiento visible?

Aplicación práctica:

- Vivir la vocación cristiana con fidelidad en el trabajo, la familia y la comunidad local.
- Practicar disciplinas espirituales constantes —oración, lectura bíblica, participación sacramental— como medios ordinarios de gracia.

Conclusión:

Al concluir esta meditación en la Segunda Domínica después de la Natividad, el relato de Mateo 2:19-23 nos deja ante una visión más sobria y profunda del misterio que hemos celebrado. La Navidad no termina en el resplandor del pesebre, sino que continúa en el camino del retorno, en la obediencia silenciosa y en la formación paciente del Hijo en Nazaret. **El Cristo que adoramos es el mismo que fue conducido por la providencia del Padre a través del exilio, la amenaza y la incertidumbre**. Su historia nos enseña que la Encarnación no es una escena estática, sino una obra dinámica en la que Dios gobierna cada etapa del tiempo con fidelidad inquebrantable.

Hemos contemplado, en primer lugar, la providencia fiel de Dios que guía la historia. La muerte de Herodes no fue un simple relevo político, sino la confirmación de que ningún poder humano puede frustrar el propósito eterno. El Señor habla, dirige y cumple su palabra. Así como sostuvo a Israel en el éxodo y en el exilio, así preservó al Niño y así continúa guiando a su Iglesia. Nuestra fe descansa en esta certeza, **la historia no avanza al azar, sino bajo la mano soberana del Dios del pacto.**

En segundo lugar, hemos reconocido a Cristo como el verdadero Israel que regresa del exilio. En Él se recapitula la historia del pueblo antiguo; en Él las promesas

alcanzan su plenitud. El llamado desde Egipto no solo evoca el pasado, sino que inaugura una restauración más profunda, **la liberación del exilio espiritual y la reconciliación con Dios**. Jesús no repite la infidelidad de Israel; la redime mediante su obediencia perfecta. De este modo, abre un camino de retorno para todos aquellos que, unidos a Él por la fe, son incorporados al pueblo renovado.

Finalmente, hemos visto que la morada en Nazaret revela el modo en que Dios forma a su pueblo. La gloria divina no se manifiesta según los parámetros del prestigio o la espectacularidad, sino en la fidelidad cotidiana, en la obediencia perseverante y en la humildad que acepta los procesos ocultos. Nazaret se convierte en escuela de santidad, recordándonos que el Señor prepara sus grandes obras en el silencio y que la gracia madura en la constancia.
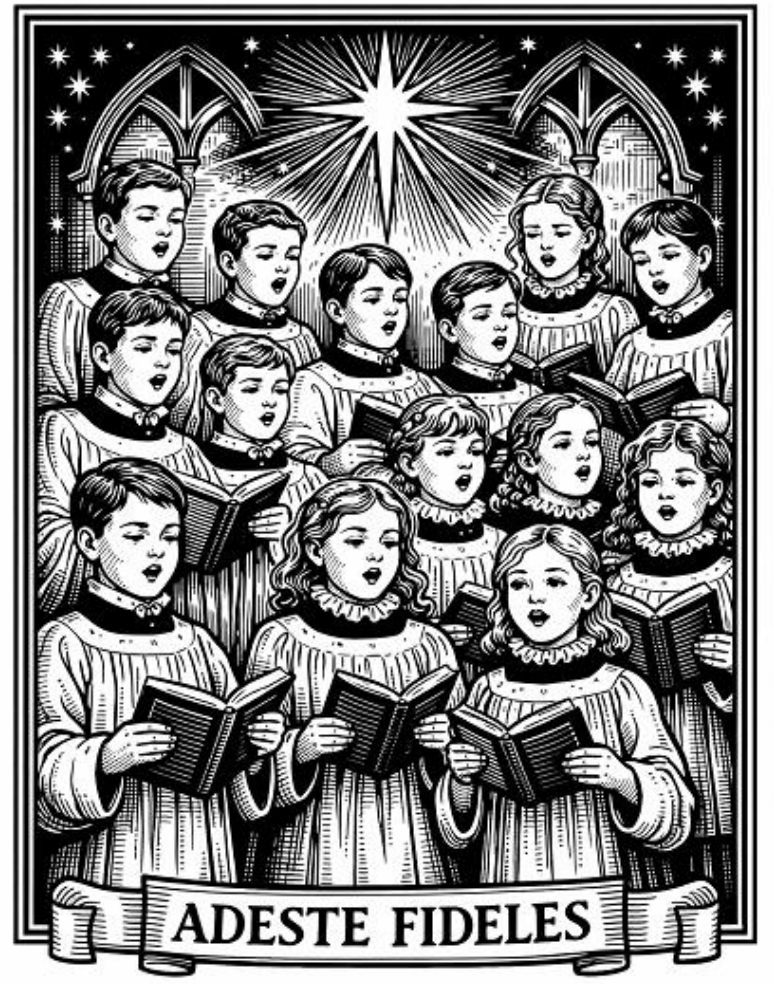
Por tanto, al cerrar la Estación de Navidad, la Iglesia es llamada a una respuesta concreta. Confiar en la providencia cuando los tiempos parecen inciertos. Escuchar la voz de Dios con atención reverente y responder con prontitud obediente. Abrazar la humildad como camino de formación espiritual. **Y vivir en esperanza firme, sabiendo que el retorno del exilio ha comenzado en Cristo y que su obra no quedará inconclusa**.

Que aprendamos a caminar en la luz del Verbo encarnado, no guiados por la ansiedad del momento ni por las apariencias del poder, sino por la certeza de las promesas divinas. **Que en nuestras propias "Nazaret" —en lo ordinario, en lo oculto, en lo perseverante— descubramos que el Señor continúa obrando su salvación**. Y que, formados por su gracia, seamos un pueblo que vive de la fe, obedece con humildad y espera con confianza el día en que la gloria que ahora se revela en sencillez resplandezca plenamente ante todas las naciones.

Amén.

CANTO EN BELÉN, CANTO EN LAS TRINCHERAS: LA ADORACIÓN QUE VENCE LA HOSTILIDAD

ADESTE FIDELES



Al concluir este itinerario teológico y espiritual por la Estación de Navidad, la Iglesia es convocada no únicamente a una reflexión intelectual, sino a una adoración consciente y reverente. La teología auténtica, cuando alcanza su madurez, desemboca necesariamente en doxología; la contemplación del misterio divino encuentra su expresión más plena en la alabanza. En este sentido, pocas composiciones han logrado integrar con tanta densidad doctrinal y profundidad devocional como el himno **"Adeste Fideles"**, conocido en lengua castellana como **"Venid, fieles todos"**.

Este canto no constituye un simple adorno litúrgico, sino una síntesis confesional que articula cristología, soteriología y escatología en forma poética. En él, la Iglesia no solo recuerda un acontecimiento pasado, sino que proclama una verdad eterna,

el Dios trascendente ha entrado en la historia humana, y su entrada reclama adoración.

Venid, fieles todos

Adeste, fideles, laeti, triumphantes,
Venite, venite in Bethlehem:
Natum videte Regem Angelorum:

Venite adoremus, venite adoremus
Venite adoremus Dominum.

En grege relicto, humiles ad cunas,
vocatis pastores approperant.
Et nos ovanti gradu festinemus.

Venite adoremus, venite adoremus
Venite adoremus Dominum.

Aeterni Parentis splendorem aeternum,
Velatum sub carne videbimus
Delum Infantem, pannis involutum.

Venite adoremus, venite adoremus
Venite adoremus Dominum.

Pro nobis egenum et foeno cubamtem,
Piis foveamus amplexibus: Sic nos amantem quis nos redamaret?

Venite adoremus, venite adoremus
Venite adoremus Dominum.

1. Venid, fieles todos, a Belén marchemos,
de gozo triunfantes, henchidos de amor,
y al Rey de los cielos humilde veremos.

CORO:
Venid adoremos,
venid adoremos,
venid adoremos a
Cristo el Señor.

2. El que es Hijo eterno, del eterno Padre, y Dios verdadero que al mundo creó, del seno virgíneo nació de una madre.

3. En pobre pesebre yace reclinado, al hombre ofreciendo eternal salvación, el santo Mesías, el Verbo humanado.

4. Cantad jubilosas, celestes criaturas; resuenen los cielos con vuestra canción ¡Al Dios bondadoso, gloria en las alturas!

5. Jesús, celebramos tu bendito nombre con himnos solemnes de grato loor; por siglos eternos adórete el hombre.

La autoría del himno es comúnmente atribuida a John Francis Wade (1711–1786), músico y copista católico inglés que vivió en el exilio en Francia tras las convulsiones políticas vinculadas a la causa jacobita. Su vida estuvo marcada por la marginalidad y el desplazamiento, circunstancias que confieren al himno un trasfondo existencial significativo, **quien invita a los fieles a marchar hacia Belén conocía personalmente la experiencia de vivir lejos de su patria**. La llamada a contemplar al Rey humilde surge, pues, desde la conciencia de la fragilidad histórica.

La melodía, asociada tradicionalmente a Wade, fue posteriormente difundida y armonizada en contextos anglicanos, adquiriendo notable expansión en el siglo XIX gracias a la traducción inglesa realizada por Frederick Oakeley bajo el título *"O Come, All Ye Faithful" (Venid, fieles todos)*. Desde entonces, el himno ha trascendido fronteras confesionales y nacionales, convirtiéndose en patrimonio común de la cristiandad occidental.

Particular relevancia histórica alrededor de este majestuoso himno adquiere el episodio ocurrido durante la tregua de Navidad de 1914, en el contexto de la Primera Guerra Mundial. En medio de un conflicto devastador, soldados alemanes iniciaron el canto de villancicos; pronto se unieron tropas británicas y escocesas, y juntos entonaron "Adeste Fideles". En aquella noche, las trincheras fueron atravesadas no por proyectiles, sino por himnos. Combatientes que horas antes se enfrentaban con violencia intercambiaron saludos, alimentos y gestos de humanidad. Una fotografía publicada por *The Daily Mirror* bajo el título *"An historic group: British and German soldiers photographed together"* (Un grupo histórico: soldados británicos y alemanes fotografiados juntos) testimonia aquel acontecimiento singular.



Este hecho no debe idealizarse ingenuamente, pero sí puede interpretarse como una parábola histórica, el misterio de la encarnación posee una fuerza reconciliadora que trasciende identidades nacionales y antagonismos ideológicos. El Niño de Belén convoca a una comunión que precede y supera las divisiones humanas.

En coherencia con la tradición anglicana —caracterizada por la centralidad de la Escritura, la fidelidad a los credos ecuménicos y una espiritualidad sobria y profundamente cristocéntrica— cada estrofa del himno puede comprenderse como una escuela de oración doctrinalmente fundada.

I. "Venid, fieles todos, a Belén marchemos…"

El imperativo inicial no constituye una mera exhortación poética, sino una convocación litúrgica con profundas implicaciones eclesiológicas. El "venid" presupone la existencia de un pueblo llamado eficazmente por la Palabra**. No se trata de una invitación individualista ni de una experiencia religiosa privada, sino de una respuesta comunitaria al anuncio del evangelio (Romanos 10:17).** La Iglesia es, ante todo, la congregación de aquellos que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9), y este himno recoge esa dimensión corporativa del culto cristiano.

La marcha hacia Belén simboliza el movimiento obediente de la fe hacia la revelación histórica del Verbo encarnado. Como afirma el prólogo joánico: **"Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14)**. La fe cristiana no se dirige a una idea abstracta ni a un principio metafísico, sino a un acontecimiento histórico en el cual Dios se ha dado a conocer de manera objetiva y definitiva (Hebreos 1:1–2). En este sentido, la peregrinación a Belén es paradigma del itinerario espiritual de la Iglesia, **avanzar hacia el lugar donde Dios ha decidido revelarse**.

Belén, por tanto, no es un simple escenario geográfico, sino el cumplimiento de la promesa profética: **"Pero tú, Belén Efrata… de ti me saldrá el que será Señor en Israel" (Miqueas 5:2).** En esta localidad insignificante se manifiesta la paradoja constitutiva del cristianismo, **el Rey de los cielos se revela en humildad**. La grandeza divina se oculta bajo forma de pobreza; la majestad eterna se reviste de fragilidad humana. La teología reformada ha insistido con razón en que el verdadero conocimiento de Dios no se alcanza por especulación ascendente, sino por revelación descendente. Dios se da a conocer donde Él ha querido revelarse, y ese lugar es Cristo.

El estribillo —"Venid adoremos a Cristo el Señor"— articula el fin teleológico del ser humano. Según la clásica formulación catequética reformada, **el propósito supremo del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.** La Navidad, por consiguiente, no puede reducirse a una celebración cultural ni a una evocación sentimental; constituye un acto de adoración cristocéntrica. El Niño de

Belén no es objeto de ternura simplemente afectiva, sino de adoración reverente, pues es **"Cristo el Señor" (Lucas 2:11)**.

II. "El que es Hijo eterno, del eterno Padre…"

Esta estrofa formula con claridad la fe cristológica de la Iglesia universal. Cristo no es simplemente un maestro moral elevado ni un profeta excepcional; es el Hijo eterno, consustancial con el Padre, "Dios verdadero de Dios verdadero". El prólogo de Juan afirma sin ambigüedad: **"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1:1)**. La eternidad del Hijo excluye cualquier interpretación subordinacionista o adopcionista de su identidad.

La confesión del Hijo eterno encuentra eco en las definiciones doctrinales que, a lo largo de los siglos, protegieron la integridad del evangelio frente a errores cristológicos. Pero esta precisión doctrinal no es mero ejercicio académico; es fundamento de adoración. Solo si el Niño nacido en Belén es verdaderamente Dios puede ser legítimamente adorado.

La referencia al nacimiento "del seno virgíneo" reafirma la concepción virginal anunciada proféticamente: **"He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo" (Isaías 7:14)**, cumplimiento proclamado en Mateo 1:23. La encarnación no implica disminución de la divinidad ni absorción de la humanidad; **en Cristo subsisten ambas naturalezas, divina y humana, unidas en una sola persona sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación**.

El misterio de la encarnación protege así la realidad de nuestra salvación. Solo quien es verdaderamente Dios puede redimir; solo quien es verdaderamente hombre puede representar a la humanidad caída (Hebreos 2:14–17). La ortodoxia cristológica no es accesorio doctrinal, sino cimiento de la esperanza cristiana.

III. "En pobre pesebre yace reclinado…"

El pesebre constituye un signo teológico de extraordinaria densidad. Aquel por medio de quien fueron creadas todas las cosas (Colosenses 1:16) asume la vulnerabilidad radical de la condición humana. El Creador del universo es colocado en un lugar destinado a animales. Aquí resplandece la lógica paradójica del reino de Dios.

El término "Verbo humanado" traduce fielmente la afirmación joánica del Logos hecho carne (Juan 1:14). No se trata de una apariencia, sino de una verdadera asunción de nuestra naturaleza. En esta escena se anticipa toda la economía de la salvación, **el descenso del Hijo prefigura su humillación hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:6–8).**

La soteriología, por tanto, no comienza en el Calvario, sino en Belén. Desde el instante de la encarnación, el Hijo entra en la condición de siervo. La tradición reformada subraya con fuerza que la redención es obra soberana de la gracia divina. El pesebre proclama que la iniciativa pertenece exclusivamente a Dios, "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros" (1 Juan 4:10).

IV. "Cantad jubilosas, celestes criaturas…"

La alabanza terrenal se integra en la liturgia celestial descrita en Lucas 2:13–14, donde una multitud de las huestes celestiales proclama: **"¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz!"**. Cuando la Iglesia canta, participa anticipadamente en la adoración eterna. El culto cristiano es, en este sentido, una irrupción escatológica, **une el cielo y la tierra en una sola doxología**.

El "Gloria en las alturas" no es fórmula ornamental, sino proclamación del reinado soberano de Dios sobre la historia. La encarnación revela que el gobierno divino no es abstracto ni distante, sino comprometido con la redención del mundo.

Esta dimensión cósmica recuerda que el acontecimiento de Belén no concierne solo a un grupo particular, sino a la totalidad de la creación. En Cristo, Dios se propone reconciliar consigo todas las cosas (Colosenses 1:20). La Navidad tiene, por tanto, alcance universal: **anuncia la restauración final del orden creado bajo el señorío de Cristo.**

V. "Jesús, celebramos tu bendito nombre…"

La culminación del himno orienta la mirada hacia la exaltación del Nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9–11). El Niño del pesebre es el Señor exaltado ante quien toda rodilla se doblará. La Navidad no se agota en la memoria anual de un nacimiento, sino que se proyecta hacia la eternidad y hacia la consumación del reino.

Celebrar su Nombre implica obediencia concreta (Juan 14:15), proclamación fiel (Mateo 28:19–20) y perseverancia en santidad. La Iglesia vive en la tensión fecunda entre la humildad de la encarnación y la gloria de la consumación.

El episodio de la tregua navideña de 1914 ofrece una ilustración histórica del poder reconciliador del evangelio. En medio de una guerra devastadora, el canto compartido de "Adeste Fideles" permitió que soldados enfrentados se reconocieran como hermanos en una fe común. Aunque aquella tregua fue efímera, evidenció que la identidad cristiana puede interrumpir, aunque sea momentáneamente, la lógica destructiva del odio.

La encarnación revela que la paz anunciada por los ángeles no es una simple utopía, sino promesa fundada en la obra redentora de Cristo, quien hizo la paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20). El evangelio trasciende fronteras nacionales y culturales; convoca a un pueblo cuya ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3:20).

Conclusión: El verdadero sentido de la Navidad

Al cerrar este libro y la Estación que lo inspira, comprendemos que el misterio de la encarnación está destinado a ser simultáneamente contemplado, confesado y proclamado.

La Navidad afirma que Dios es fiel a sus promesas (2 Corintios 1:20); que el Hijo eterno asumió nuestra naturaleza para redimirla (Hebreos 2:17); que la gloria divina se manifestó en humildad; y que la paz anunciada en Belén tiene fundamento ontológico en la reconciliación obrada por Cristo.

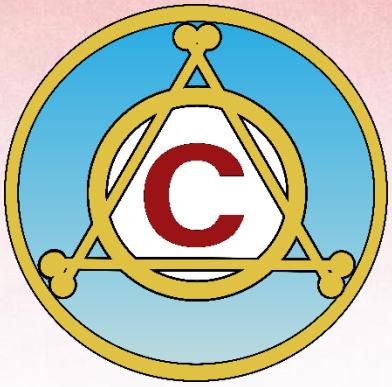
Adorar al Señor encarnado significa reconocer que la historia se halla bajo el gobierno soberano de Dios, que la salvación es por gracia sola y que la verdadera paz comienza en la restauración de la comunión con Él (Romanos 5:1).

Que al entonar "Venid, fieles todos" no perpetuemos una costumbre vacía, sino que renovemos nuestra confesión viva: **el Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros y reina eternamente.**

Y que, así como en una noche de 1914 el canto cristiano suspendió por un instante la violencia de las armas, el evangelio del Dios encarnado transforme de manera duradera nuestras vidas, conformándonos como un pueblo que vive para la gloria de Dios, proclama su gracia soberana y camina en la paz de Cristo, Señor de la historia y Rey eterno.

Venid adoremos.
Venid adoremos.
Venid adoremos a Cristo el Señor.

Amén.



Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

-Isaías 9:6-7-